

Dos Años en la Sombra

Rafael Moreno

*A todos los que me acompañaron
estos dos maravillosos años*

Rafael Moreno Guerrero

Dos años en la Sombra

Libro Primero

Comienza la aventura

Sumergidos en un profundo aburrimiento tras un intenso día de calumnias, a Meyba y a mí se nos ocurrió comenzar a redactar este diario. En él pretendemos contar al mundo las terribles atrocidades y las extrañas experiencias que aquí estamos viviendo...

La idea de redactar estas misteriosas e intrigantes historias llegó a nuestras mentes en el ya famoso “*día de las ambulancias*”. Aquel veintitrés de noviembre se convirtió en una fatídica eternidad cuando, en un inesperado momento de la tarde, los gritos desesperantes y aterradores provenientes de la segunda planta dejaron en discordia nuestros tímpanos. En un alarde de valentía y sangre fría, tragamos saliva y subimos hasta la habitación de donde provenían tales alaridos. Encontramos allí algo que nunca olvidaremos: el Tuning, revolcándose en su cama, entre dolor y rabia gritando, llevándose la mano a su dolorido estómago, reclamaba aire mientras nuestra monitora Magdalena buscaba una solución a aquella barbarie...

Minutos más tarde, nuestras miradas atónitas observaron el hecho que todos ansiábamos: apareció por fin la ambulancia, y en el momento en que se llevaban al enfermo Tuning, los demás compañeros creíamos finalizada la dura jornada en la residencia... Pero poco

tiempo después, algo sucedió. Paula, nuestra más nueva compañera – y la que primero abandonaría el internado –, sufría un ataque epiléptico. Tras difundirse la noticia por los pasillos, la calma de la noche se quebrantó. Las sirenas de la ambulancia volvían a sonar, mientras nadie podía conciliar el sueño y Magdalena corría nerviosa por los pasillos sin imaginarse lo que le esperaba. En un momento de tensión, sus gemelos la traicionaron, dejándole un agudo y peligroso dolor que se extendía por toda su frágil pierna. Después de desmentirse las creencias de que un residente le hubiera dado una patada para vengarse vilmente de sus voces nocturnas, nuestra monitora era la próxima en visitar el hospital aquella fatídica noche. Los médicos le diagnosticaron una rotura fibrilar, algo que parecía indicar que no volveríamos a verla en este primer e intenso trimestre...

Ya han pasado algunos días de aquella noche, y las cosas se han ido normalizando, si bien cabe decir que un par de días después de aquellos hechos Ana Belén sufría un ataque de ansiedad que dejó nuestras almas intranquilas durante toda la tarde.

Por estas y más razones, Meyba me sugirió escribir este diario. Comenzamos así nuestra crónica del primer día como redactores de esta historia.

Primeros Relatos

Martes, 30 de noviembre

Fue este un feliz día para uno de los personajes más carismáticos del Felipe Solís, el conocido Casimiro, también llamado Smeagol (y Oscar por los más incultos). Casimiro nunca olvidará la tarde de este martes, cuando vio por fin la foto de la tal *Vero* de Baena. Sobre esta misteriosa chica hablaremos más adelante para aclarar ciertas “cualidades” sobre ella y sobre cómo conoció a Casimiro. Pero por ahora solo diremos que Casi, admirado por la foto de su amor platónico, concertó una cita con ella dentro de una semana, aprovechando que viajaríamos a Baena para las competiciones deportivas.

Frente a la noticia positiva de este día, también hubo alguna más violenta, en la que Sergio se vio infiltrado por atacar psicóticamente a su amiguita Ana. Uno de los testigos, Meyba, va a contarnos lo que ocurrió en aquella violenta escena:

“ Yo estaba hablando con Carmen en la puerta de la residencia cuando Ana se acercó a nosotros. Ella, de

acuerdo con su especial personalidad, se interpuso entre nosotros dos a hablar de esas historias que solía contar cada día, esas que era capaz de contar miles de veces (de hecho lo hacía) sin darse cuenta de que era algo pesada. Carmen, en un aire de sabiduría e inteligencia, ideó una estrategia para deshacerse de aquella intrusa que nos había quitado la intimidad. Para llevar a cabo su propósito dijo:

- Sergio, Ana te llama, ven corriendo que te necesita.

Ana desmintió sus comentarios, lo que desató la ira de Sergio...y ahí empezó todo. Él, con los ojos ensangrentados, con espuma entre sus dientes y sed de venganza, se abalanzó sobre el cuello de la pobre e indefensa Ana, desahogándose por fin de todo lo que sentía por ella:

- ¡Eres la más chula de la residencia, ya estoy harto de tí, ahora te vas a enterar, vas a ver de lo que soy capaz!

Ana se mostraba impotente mientras el que hasta entonces creía su amigo la atacaba desesperadamente, descargando toda su furia en cada puñetazo, en cada golpe cruel, destripándola a sangre fría y saciando su sed de sangre. Mientras tanto, yo estaba aterrorizado, e impotente observaba como Sergio cometía aquel brutal crimen. Por fortuna para la víctima, la puerta de la residencia se abrió y el acosador, de forma inteligente, cesó sus ataques para poder desarrollar su próxima estrategia.”

Los rumores de aquella cruel barbarie llegaron a oídos de la monitora María Dolores, quien fue inmediatamente a interrogar a aquel sádico niño... Pero Sergio ya lo había pensado todo: testificó que había sido Ana la que lo había agredido, y que él solamente trató inútilmente de defenderse. Tras un intenso interrogatorio, Sergio, entre llantos, y ante la cegadora luz de un foco, veía las tenues sombras de tres de nuestras monitoras, que después de utilizar todos los métodos – morales e inmorales – que tenían a mano, consiguieron hacer confesar al presunto agresor, quien admitió además su culpabilidad en todos los hechos que acaecieron en nuestra misteriosa residencia.

Estos acontecimientos nos ayudaron a conocer mejor al que creíamos un niño pacífico pero que, por esos y otros sucesos que después acontecieron, pudimos descubrir que guardaba en su interior unos satánicos pensamientos.

Miércoles, 1 de diciembre

En este aburrido día, no tuvimos una cosa mejor que hacer que reírnos durante toda la jornada del ya mencionado Casimiro. Este individuo descubrió antes de lo previsto la misteriosa realidad sobre su amada, la tal *Vero* de Baena.

Esta chica empezó sus días de existencia cuando a Eduardo, más conocido en el lugar como *Zapatones (ZP)*, se le ocurrió una ideal venganza contra nuestro querido Smeagol. Todo consistía en hacerle conocer a una chica

que en realidad no existía, para enamorarlo y después reírnos de su inocente pubertad. Así nació Vero.

Cuando Eduardo me contó el estratégico plan, yo accedí a darle al desesperado sujeto el número de teléfono de la supuesta chica, lo que en realidad era el teléfono móvil del mismo Eduardo... A partir de ese momento, todos fuimos testigos de una apasionada historia de amor. Con estas románticas experiencias, nosotros pudimos conocer los ocultos sentimientos de aquel individuo que, aunque parecía sacado de la Tierra Media, tenía su corazoncito.

Y de ahí en adelante su historia de amor transcurrió apasionadamente hasta este fatídico día de diciembre, cuando Patricio, comportándose como un ser despiadado y sin ninguna clase de escrúpulos, le contó a Casimiro toda la trama, partiéndole a sangre fría su sensible corazón. Fue este un duro momento en la vida de este muchacho, hecho que marcaría su existencia en el internado y, probablemente, el resto de su vida.

Martes, 14 de diciembre

Tras un período oscuro de incesantes exámenes, tratábamos de volver al mundo real para disfrutar de los últimos días que íbamos a vivir en la residencia en lo que quedaba de año...

Pero no todos terminaríamos en la fecha prevista, algunos de nuestros compañeros nos abandonaron durante esta semana. Fue precisamente este martes el día en que

dijimos adiós a Meyba, quien partía hacia Córdoba supuestamente para someterse a unas pruebas médicas, sin imaginarse lo que allí le esperaba. Al día siguiente nos enteramos de que iban a operarlo por culpa de una especie de mutación en sus aposentos. Meyba se fue sin hacer mucho ruido, mientras la acción se centraba en el aula 36 de nuestro instituto:

La niña carteyana que quería volar

En esta sala tan odiada por todos se hacía un examen más, en este caso de Biología, una chica revolucionaria, la carteyana Mayka, quiso librarse de aquella pesadumbre y volar como pájaro que abandona su jaula... Pero su vuelo no tuvo éxito como tal, aunque si causó furor entre sus compañeros cuando, en mitad de su examen, vieron atónitos como Mayka olvidaba su pie entre los hierros traidores de una silla, surcando el aire desde ese mismo lugar hasta el suelo que pronto vio acercarse a sus ojos. Al levantarse, se sorprendió al ver como después de acabar su efímero vuelo, sus compañeros la presenciaban, impresionados por tan tremendo espectáculo, y dejando a un lado aquel insignificante examen de biología.

El adiós a la 107

Nuestros “queridos” amiguetes de la habitación 107, Luis, Schevchenko y Chori, estaban a punto de pasar su última noche en la resi por este primer trimestre, y

quisieron tener una agradable noche de fiesta... Lo que no imaginábamos es que la fiesta sería de espuma, y el escenario principal de tan alegre espumerío, fue la amplia zona craneal del escritor de este diario.

Por este y otros actos vandálicos que manifestaron estos tres individuos contra mi persona, mis compañeros de habitación y, mayoritariamente, contra nuestros vecinos de la 108, planeábamos nuestra venganza, que será relatada con detalle más adelante.

Miércoles, 15 de diciembre

Operación “El Mono” - Episodio I

Desafortunadamente, no tuve la oportunidad de participar en este acto, pero aquí informaré de lo que pude presenciar en algunos de mis amigos, entre ellos Patri y José Merino, que cataron bien al protagonista de la operación del Mono: el Anís.

Todo comenzó cuando, para celebrar el fin de sus exámenes, los alumnos de Grado Superior fueron acompañados de algunos insensatos profesores a “tomar una copita”- Me informaron de aquel acto por la mañana, pero no volví a saber de ellos hasta la tarde de aquel mismo día, cuando apareció Patri con una sonrojada cara de felicidad que relataba por sí misma lo que su estómago guardaba. La alegría de aquel muchacho le impedía imaginar lo que estaba a punto de descubrir.

Estalló la guerra

Cuando Patri y Chubesky llegaron a su habitación, observaron espantados como los de la 107 habían dejado su recuerdo de despedida...

Habían abandonado la residencia, pero no sin antes entrar a la habitación contigua para dejar su mencionado regalo de navidad: las camas de nuestros dos compañeros estaban mojadas con un extraño y oloroso líquido que ocupaba un gran círculo en las sábanas de los habitantes del *agujero Hobbit*. En nuestra inmediata investigación descubrimos el vaso utilizado para el delito, así como un bote de champú abierto, causante del olor de aquellas manchas. Fue entonces cuando Patri recordó que, horas antes, un compañero de clase le había informado sobre la sospechosa entrada al internado de los traidores de la 107. No cabía duda: eran ellos.

En aquel momento los hubiéramos atacado ferozmente, pero ya estaban a muchos kilómetros de allí, y lo único que pudimos hacer fue informar de aquella atrocidad a Vicente, nuestro apreciado educador. Este acto de traición por parte de esos tres maléficos mosqueteros solo nos sirvió para confirmar que, de acuerdo con nuestros planes, necesitaban un escarmiento.

Tuning brazo de acero

Si hay algo que me sorprende en esta residencia, son los poderes ocultos que voy descubriendo en mis compañeros. El Tuning, por ejemplo, en su otra vida fue

lanzador en un relevante equipo de béisbol. Esto lo demostró mientras jugaba con Peter lanzando una pequeña pero peligrosa pelota a lo largo del pasillo de la segunda planta.

En un instante de concentración y rebeldía, el Tuning concentró toda su fuerza en su brazo derecho para lanzar la bola a tu compañero. Pero Peter, sintiéndose impotente y viendo imposible el atrapar la veloz bola, que iba proyectada como bala de cañón hacia él, no pudo más que apartarse y observar como los cristales de la puerta de emergencia se quebrantaban tras el violento impacto de la bola, quedando completamente destruidos.

No hubo testigos de aquel acto, razón por la que ambos se metieron presto en sus respectivas habitaciones, y la historia del lanzador *SuperTuning* no llegó a oídos de autoridades de la resi.

Operación E.T.A. 1ª víctima: Jorge

Sobre esta historia no puedo extenderme mucho, puesto que la información que pude recopilar no fue de primera mano. Pero lo poco que supe he de contar aquí, porque será relevante para conocer más a fondo la segunda parte de esta historia, y nos ayudará a comprender por qué estuvo tan poco tiempo aquí Paula, *la etarra*. Esta chica con mirada asesina tuvo el valor de pedir el amor del malagueño Jorge, no en sagrado matrimonio, pero sí en efímero *rollo*. Ante la sorpresa de que el chico se negó a mantener una relación con ella, la etarra comenzó a idear su plan para vender una exclusiva.

Jueves, 16 de diciembre

Operación E.T.A- 2ª víctima: Parrilla

Y es que la desesperada Paula necesitaba otro Romeo y, ante su fracaso con Jorge, decidió hablar de amor con Parrilla. Para su desencanto, cuando trataba de seducir a mi compañero de habitación, él la miro fijamente a sus falsos y oscuros ojos y dijo rotundamente... Pues va a ser que no.

Parrilla se despidió así, sin cruzar una sola palabra más con su Julieta, pero ella ya tenía algo en su cabeza. Algo que llegamos a descubrir al día siguiente, cuando toda la residencia rumoreaba que había sido Parri quien declarase su platónico amor a la orgullosa Paula, quien lo había rechazado porque, según ella, mi compañero era un ser inferior. Y quizás fuera un ser inferior, no puedo negarlo, pero no inferior a aquella mentirosa compulsiva, por lo que me vi en la obligación de ayudar a Parrilla a desmentir y aclarar aquellos sucesos ante la multitud. Aún así, muchos residentes siguen dudando sobre los sentimientos ocultos entre Parrilla y la etarra.

Lunes, 20 de diciembre

Operación “El Mono” - Episodio II (Corrupción en Rute)

Quizás por mi temprana edad, tampoco pude

participar en esta segunda jornada del año. Sucedió en Rute, durante una excursión que realizaron los alumnos de Riesgos Laborales. De hecho, creo que fueron ellos los que experimentaron el hecho de llegar a la residencia algo *subidos de tono*.

Julián, *el Baenero*, fue el encargado de relatarme como, una vez más, Patri – que se había colado en la excursión, ya que el no estudiaba Riesgos Laborales - y José fueron los protagonistas de esta movida, aunque esta vez no pude entrevistarlos hasta la hora de la cena, y todavía sus caras reflejaban el gesto de alegría que caracteriza a esas brillantes botellas que utilizamos en navidad para acompañar a los villancicos...

La furia de Arturito

Desde que conocí a Arturo en los albores de nuestra llegada a la residencia – comparte habitación con Parrilla y conmigo – jamás pude imaginar que guardara tanta rabia contenida como la que liberó aquella tarde.

Todo aconteció cuando a Casimiro se le ocurrió la brillante idea de hacernos una visita en nuestra concurrida habitación. Pero el pobre Smeagol desconocía que mis dos compañeros dormían mientras yo perdía el tiempo con mis amigos imaginarios. Y ese fue su fatal error.

En el momento en que Casimiro atravesó la puerta para hablar conmigo de un tema que nunca llegué a conocer, Parrilla le pidió amablemente que abandonara su lecho de sueños y lo dejara disfrutar de su placentera

siesta, pero el sujeto tardó demasiado en salir... Arturito despertó de su sueño, y al levantarse observé su rostro de furia, sus ojos enrojecidos, sus venas exaltadas, casi a punto de estallar por encima de sus ojos, que representaban al mismo infierno. Yo sentí, por primera vez en este lugar, el verdadero miedo que helaba mi cuerpo. Afortunadamente para mí, su objetivo era bien distinto.

Sin pronunciar una sola palabra, agarró a Casimiro por el jersey, arrastrándolo rápidamente a través del pasillo y llevándolo a un choque mortal contra la puerta de nuestro cuarto. Impresionado por aquel ser lleno de ira, pude ver como abría la puerta y descargaba toda su maldad expulsando a Casimiro fuera de nuestro territorio. Tras cerrar la puerta, noté satisfactoriamente como el rostro de mi amigo se tranquilizaba y, sin decir nada, volvió a su cama.

A partir de ese día Arturo ha evolucionado como un chico explosivo, capaz de concentrar su furia durante semanas para luego descargarla en cuestión de segundos. Siempre tendré grabado en mi memoria aquel terrorífico gesto.

Miércoles, 22 de diciembre

Creo que este fue uno de los mejores días que pasamos en este tenebroso lugar. Quizás porque la lotería nos agració con cien euros – a repartir entre 54 personas –

fue un día de fiesta sin final. Fiesta que comenzó cuando acabaron las clases. Como cada día, todos nos dirigíamos hacia el comedor o *alimentódromo* para repostar, pero al asomarnos por las ventanas de la preciada sala, observamos como ese miércoles, el carburante iba a ser de mayor calidad que los rutinarios macarrones que tantos dolores de estómago nos daban.

Las mesas, adornadas con baratos manteles dorados, estaban ocupadas por alegres e innumerables platos llenos de variada comida que reflejaba fielmente la gastronomía que añorábamos en la residencia. Y para pagar a ese favor con otro favor de nuestra parte, decidimos ahorrar a las cocineras el trabajo de limpiar los platos... De inmediato, cogimos todos asiento y, tras un breve reportaje fotográfico, comenzamos a devorar los exquisitos manjares. Todo transcurrió sin problemas, exceptuando una sutil y disimulada guerra de alimentos voladores, en la cual mi participación activa como teniente de las fuerzas aéreas fue castigada con una tortura a mi oreja derecha a mano de la sargento Pili.

Acabado el maravilloso almuerzo, el postre no podía ser menor. Aconteció en el mismo comedor la gala Miss Residente 2004. En la dudosa elección de miss y mister veteranos, los ganadores resultaron ser Inma Mediavilla y Migueles, que no quisieron ofrecer su entrevista a la prensa, aunque si participaron activamente en el posterior baile. Como ya era de esperar, el badolatosense Roberto obtuvo el premio mister novato, acto que causó gran sorpresa para él, pero no para el resto de los presentes, que lo esperábamos desde el primer sondeo tras las votaciones.

Y si antes hablábamos de una chica soñadora que un día quiso volar, esta vez consiguió un sueño menos ambicioso, pero a la vez digno de su orgullo. Fue elegida como miss novata de la residencia. Mayka, que días antes fracasó en el intento por alzar el vuelo, ahora compartía baile con Roberto. Al salir del comedor, lo mejor estaba aún por llegar...

Me enteré por casualidad, y gracias a mis fiables contactos, de que se estaba maquinando algo grande para aquella intensa tarde. Aprovechando el día libre del que gozábamos por haber terminado las clases, los residentes habían organizado un gran botellón a espaldas de las autoridades. Al conocer aquella gratificante noticia, no dudé un momento y me acerqué en seguida al lugar en que se estaban previstos los hechos.

Llegado al lugar acordado, el cual se situaba en uno de los campos de fútbol del instituto, verifiqué la fidelidad de mis contactos. La hoguera ardía mientras el Sol comenzaba a perderse en el horizonte, llenando el cielo de Cabra de una paleta de colores rojizos. Pero, lejos de querer calentarme cerca del fuego, me acerqué al lugar donde se custodiaban unas botellitas de vidrio, las cuales me dieron muy buena impresión... y así comenzó todo. Para alegrar la tarde, me acerqué a mi incondicional amigo Julián para arrebatarle un vaso que guardaba entre sus dedos con gran aprecio y cariño. Al probar aquel brebaje – el cual estaba compuesto de Ron y algún ingrediente secreto de Julián – mi ánimo subió y decidí apropiarme de tan preciado tesoro. Mi amigo, hombre de gran solidaridad, accedió a dárme la, ya siempre tenía la

posibilidad de prepararse otra de aquellas mágicas pociones.

Sintiéndolo mucho por mis intrigados lectores, no puedo contar mucho más de aquella tarde de magia y pasión, pues debido a mi estado no pude concentrarme en recordar lo que después escribiría. Lo último que recuerdo es que a medida que la noche caía, mis compañeros y yo nos hallábamos reunidos alrededor de un incandescente fuego, recordando viejas canciones que antaño cantábamos en esos viajes de la escuela o, simplemente, cuando estábamos felices. Y de hecho, creo que así terminamos uno de los días más felices de los muchos que vivimos en la bitácora del Felipe Solís.

Jueves, 23 de diciembre

La tristeza de un adiós

Siempre nos es difícil una despedida aunque, digamos la verdad, a veces vale la pena. Pero sin tener en cuenta nuestras felices fiestas de navidad, nuestro primer adiós lleno nuestras almas de tristeza y marcó huella en el corazón de todos nosotros, sobre todo en el de los que tuvieron que despedirse del escritor de este relato.

Ese jueves de resaca abandonamos nuestra resi para irnos unas semanas con nuestras familias a pasar las fiestas de navidad. Tras recoger nuestros boletines de notas, los padres de muchos residentes llegaron con rostros de furia y maldad concentrada gritando a sus hijos algo que no quiero recordar, al parecer por los resultados que esos traidores boletines recogían. Después de estos gritos, nos cargamos de nuestras maletas, llenas de recuerdos, y tras tristes abrazos de despedida, abandonamos el internado.

Enero

Lunes, 10 de enero

Lunes. Empieza la semana. Semana en la que comenzaba el segundo trimestre de nuestras vivencias en aquel lugar de las tierras de Cabra, al cual nuestros padres nos mandaban para estudiar...

Lunes soleado y melancólico que se presentaba lleno de besos y abrazos por parte de los amigos que llevábamos tres semanas sin ver. Acto seguido, el panorama era un puñado de jóvenes haciéndose fotos con los teléfonos móviles de última generación que les trajeron los reyes desde Oriente y que tan de moda estaban por ese tiempo.

Martes, 11 de enero

Acomodados todos en nuestros aposentos, el martes decidimos hacer una pequeña “operación”, para lo cual empleamos la tarde en comprar provisiones del Lidl, aquel hipermercado que tan estratégica posición tenía, justo al otro lado de la calle del internado, y del Mercadona, en el centro de Cabra.

Sin más dilaciones cayó el Sol por el horizonte y, llegada la hora acordada, acudimos todos los miembros de la planta baja, pasillo izquierdo – y Chapi –, los cuales formábamos el grupo de novatos aquel año, y en los

cuales se centra este diario, a la habitación 108, también llamada “*agujero Hobbit*”, donde Patri, Chubesky y su compañero Meyba nos esperaban ansiosos por degustar los manjares que se habían comprado para la ocasión. Patri no estaba de acuerdo en que la operación fuese en su habitáculo, si bien lo aceptaba como último recurso; pero yo, para complacer a mi maestro, ya lo tenía todo pensado.

Esa misma tarde, mientras se planeaba nuestra primera operación de enero, yo entré sigilosamente en el despacho del siempre desaparecido Vicente, nuestro educador, y cogí con gran disimulo la llave de la habitación 107, la cual no tardé en llevar a una de las ferreterías del centro de Cabra para hacerle una copia privada – llave que guardo con mucho aprecio desde entonces, por lo útil que me ha sido –. Copia en mano, pude devolver, sin testigos, la llave a su casillero. De nuevo, Vicente no estaba en su despacho.

El primero en saber de mi hazaña fue Tomás, al que di la llave para que fuera el primero en entrar en la habitación de los tres mosqueteros. De ese modo, cuando estábamos todos reunidos en el agujero Hobbit dispuestos a comenzar con la comida, dije a mis compañeros que el plan había cambiado, y que la operación se realizaba en la habitación de Chori y sus compañeros. Patri acogió la noticia con gusto, cogió los alimentos y no dudó en seguirme hasta la habitación de sus *queridos* vecinos. Allí estaba el fiel Tomás, tumbado en la cama de Luis. Preparamos rápido el escenario y comenzamos a comernos las bolsas de comida basura del Mercadona. No tardamos mucho en oír a Schevchenko y Chori llegar a la

habitación. Sin esperar lo que encontrarían dentro, giraron la llave en la cerradura y, al abrir, se quedaron atónitos. A punto estaba Schevchenko de descargar su furia contra nosotros, pero Chori vio la comida y sus nervios se apaciguaron. Los dos amigos tuvieron que resignarse y alimentarse con nosotros; lo mismo hizo Luis al llegar, aunque este último cometió un fallo imperdonable... Dejó la puerta abierta.

En el momento en que Julián vio abierta la 107, no dudó en entrar, y para quedarse. El tal Juliancito no había colaborado económicamente para el evento, pero llegó a arrebatarnos violentamente la comida. Impotentes ante aquella bestia devoradora de patatas fritas, no tuvimos otra opción que resignarnos y dejarlo comer con nosotros.

Y acabadas las bolsas de patatas y frutos secos, terminaba nuestra primera operación del 2005, que fue demasiado tranquila comparada con la que nos esperaba más adelante...

Martes, 18 de enero

Tensión y esperanza convivían en los cuerpos de todos los residentes en este martes de meditación. La razón: Baena.

Ya estuvimos allí una vez allá por el mes de noviembre, pero en aquel entonces la cosa no fue muy venturosa ni bien recordada para los jugadores de nuestro equipo de baloncesto, en el cual yo tenía el honor de participar. Fueron muchos los entrenamientos que nos

llevaron a configurarnos como un equipo lleno de esperanzas y ansias de victoria. Pero al entrar en el campeonato, todo se torció. Y como en el deporte de élite, la culpa fue de los árbitros y su desfachatez para descalificarnos. Sin entrar en críticas profundas que no merecen la pena discutir después de tanto tiempo, solo diré que aquellos seres despreciables nos llenaron de ira y dejaron muy bajo el verdadero significado del deporte. Como he dicho, estas críticas no tienen ya ningún sentido, así que me vuelvo a remitir a este martes de enero en el que nuestro compañeros del equipo de fútbol juraron vengarnos. Con la sed de ganar que en ellos habitaba, la tarde transcurrió con los últimos entrenamientos y preparativos para tan importante evento.

Miércoles, 19 de enero

La suerte estaba ya echada. Nuestros tres equipos de fútbol habían partido temprano hacia el pueblo de Baena. Y mientras nuestros esperanzados deportistas se jugaban la vida en tan hostil municipio, mis compañeros y yo estábamos a punto de consumir una guerra que ya había comenzado hace bastante tiempo. Como habrá podido deducir el lector de este diario, los implicados eran los traidores guerrilleros de la habitación 107.

Estos inmorales especímenes aprovecharon una de mis incursiones en su cueva para hacerme pagar la fiesta

secreta que había organizado días atrás en su lugar de sueños. Para tan cruel acto utilizaron un arma letal: el talco. Esos asesinos polvos blancos, que pronto se convertirían en su peor enemigo, llenaron mi cuerpo mientras yo trataba de escapar de aquel lugar. Pero, no contentos con tal barbarie, me arrebataron el salchichón de Parrilla que me acompañaba y lo arrojaron a ese lugar donde las personas humanas realizan sus necesidades más íntimas. Fue en ese momento cuando llegó la monitora Maribel para intentar inútilmente imponer la ley ante aquel tremendo desorden. Accedí a regresar a mi habitación, no sin antes jurarles mi venganza, y esta sería fuerte...

Triunfo en Baena

Ocho y media de la tarde. Llega un autobús a Cabra, y al momento ondeaban a las puertas del Felipe Solís las banderas que habían confeccionado semanas antes los componentes del equipo de fútbol. Tal y como prometieron, habían ganado. Los dos equipos masculinos, así como el femenino, lograron la victoria. Próximo destino: Huelva, 23 de febrero.

La noche transcurrió llena de alegría, aunque algo muy extraño se preparaba en la mente de Arturito. Esa madrugada iba a experimentar uno de sus extraños sueños...

Jueves, 20 de enero

La mañana fría de enero comenzó con la revelación del extraño sueño de Arturito. Según palabras textuales del carteyano, “soñé con los hombre de las boinas tiesas, ellos me buscaban, venían hacia mí”. Tales declaraciones crearon un gran interés para nuestra cultura personal. Tras fracasadas investigaciones, Patri y Chubesky lograron descubrir la identidad de los seres que habitaban en los sueños de mi amigo. En realidad él llamaba “boinas tiesas” a los turbantes, y aquellos seres malignos que venían en busca del reencarnado rey Arturo eran árabes con sus respectivos ropajes moros. Arturito no dio información sobre el medio de transporte de estas personas, aunque supuse que se acercaban en camellos.

Fueron muchos los intentos de descubrir el verdadero significado de aquel sueño, aunque diversos actos de mi compañero me llevaron a la hipótesis de que tenía relación directa con la Yihad islámica. Meses después Arturo consiguió una beca escolar para viajar a Reino Unido. Partió hacia las islas británicas el 29 de Junio, y el día 7 de Julio todo el mundo se conmocionó con los atentados islámicos ocurridos en Londres. Ese día, Arturo estuvo allí. ¿Nos encontrábamos nosotros inmersos en una amenaza terrorista el tiempo que pasamos con Arturito? ¿Estaba yo seguro durmiendo en la misma habitación que él? Son dudas que aún me planteo y que no pocas veces me han producido un descontrolado insomnio.

Operación: Cagada total

Dejando atrás las dudas sobre la identidad oculta de Arturo, ocupamos la tarde a organizar una nueva operación. Para el acto, que se produciría esa misma noche, compramos las provisiones necesarias. El acontecimiento parecía ser uno de los mejores organizados hasta el momento, ya que no hubo ni tan siquiera discusiones sobre el lugar del crimen. Tomás y Merino se comprometieron a ofrecer su habitación para la fiesta.

Y de acuerdo con lo previsto, a la hora acordada comenzó la operación. Esta vez, el intrépido Julián había formado parte activa en la compra de los productos, lo cual provocó que fuera el primero en llegar. Todo transcurrió sin contratiempos hasta el momento en que a Chori se le fue la mano con la ingestión de Coca-Cola. Fue en ese mismo instante cuando comenzaron los gritos a interrumpir el silencio de la noche. Reconozco que la mezcla de bebidas gaseosas y gominolas habían provocado la pérdida parcial de mi sentido de la orientación y el equilibrio, aunque al llegar Maribel a la 106, no tardé lo más mínimo en recuperar la orientación y colarme de incógnito en la cama de Tomás. De haber estado solo, jamás me hubiera encontrado, gracias a mi habilidad para esconderme, pero no fue así. Había una docena de personas más, y no cabían todos en la cama de Tomás. Al percatarse la monitora del estado de los muelles de aquella pobre y desgraciada cama, se atrevió a levantar la sábana, lo que motivó la salida de cuatro individuos, entre los cuales estaba yo. Otros dos fueron

expulsados de la cama de Fran, y a los otros seis inquietos los sacó Maribel a patadas del cuarto de baño.

Sería la última operación que organizamos ese año, esta fue la decisión que tomamos tras escuchar la charla que nos iba a dar el señor director la próxima semana.

Lunes, 24 de enero

El lunes venía precedido de un fin de semana de alto rendimiento en cuanto al estudio intensivo debido a un macroexamen de física que estaba concertado para la cuarta hora de este lunes gris. Con el estudio no había tenido tiempo de planear la venganza para los villanos de la 107. Estudio que no había sido suficiente, por lo que Parrilla, Arturo y yo decidimos saltarnos las tres primeras horas de clase para reforzar nuestros conocimientos. Y después de hora y media repasando física y más física, me vino la inspiración. Fue así, de repente, pero fue perfecto. Me levanté de mi silla y pedí a Parrilla que me acompañara; sin cruzar una palabra, siguió mis pasos mientras yo lo guiaba hasta la habitación donde cometeríamos el crimen. Al llegar a la 107, la llave estaba puesta, por lo que no tuve más que girarla y entrar con mi cómplice. Entonces él lo comprendió, me miró a los ojos y, sin decir nada, asintió con la cabeza. Automáticamente Parrilla fue a buscar los polvos de talco al cuarto de baño mientras yo quitaba sigilosamente, una a una, las tablas de la cama de Luis. Hecho esto, las metí en una de las duchas y ayudé a Parrilla con su tarea: todo consistió en empolverar

las camas de Luis y Schevchenko y dejarlo todo como estaba. No hicimos nada en la cama de Chori, hasta el momento no nos había hecho nada que no se pudiese perdonar.

Salimos disimuladamente de la habitación y regresamos a la nuestra para terminar nuestra preparación de física. La venganza estaba hecha y mi conciencia, tranquila.

Martes, 25 de enero

Todos los delincuentes tienen que correr riesgos, y al día siguiente de nuestra venganza, el señor director parecía haberse fusionado a la vez con el demonio de Tasmania y con una garrapata asesina del Amazonas (o algo parecido, la verdad es que no puedo explicar bien la combinación). Greyson esperó paciente a que acabásemos de comer, sabía que si hablaba antes le hubiera sobrado bastante más comida. Acabado el postre, ordenó a todos que permaneciéramos en nuestras respectivas sillas. A continuación, comenzó su discurso; Greyson empezó por recordarnos la reunión clandestina de la semana anterior en la que Maribel nos sorprendió llevando a cabo la que sería la última operación del año. Después de hacer algunas amenazas relacionadas con estas reuniones nocturnas, miró hacia nuestra mesa. Sin decir nombres, preguntó quien había sido el intrépido y anónimo vengador que había entrado sin permiso en la habitación

107 el día anterior. Fieles a nuestra siempre limpia conciencia, Parrilla y yo nos miramos, y decidimos telepáticamente callarnos y pasar olímpicamente de nuestro señor director. Aunque le habían llegado nuestros nombre por fuentes no muy fiables, no quiso ponernos en evidencia en aquel momento, pero prohibió para los restos de la existencia del Universo que permaneciera gente en la residencia en horario de clases, a excepción de enfermedades con peligro de muerte. Por un momento todos los residentes sintieron en su interior que el régimen interno de la residencia cambiaría a partir de entonces por una cruel y firme dictadura: ¡Heil Greyson!

Después de salir del comedor algo confundidos por el cambio de régimen, el dictador se acercó a nosotros para preguntarnos directamente si éramos nosotros los culpables de los hechos; por supuesto, yo no fui, y sigo con la conciencia limpia.

Miércoles, 26 de enero

Aaaaghh! Aaaaghh! Los gritos alarmantes de mis compañeras de la tercera planta llegaron a crear en mi interior unos desafiantes escalofríos que recorrieron mi estómago para después subir por mi garganta cortándome en dos, como espadas de fuego que recorrían mi cuerpo hasta llegar a mi cabeza y hacerla explotar. Eran las dos de la madrugada y yo me encontraba sentado en mi escritorio escribiendo mientras mis dos compañeros dormían. Los

gritos de las dos mellizas realmente me asustaron, y rápidamente abrí la ventana para oír mejor lo que gritaban. Nieve! Nieve!

Efectivamente, estaba nevando. Como si me hubieran contagiado mis compañeras desde la última planta, yo comencé a gritar empedernidamente y a todo lo que daban mis cuerdas vocales: Nieve! Está nevando! Arturito y Parrilla saltaron de sus camas, y tras asomarse a la ventana, los tres salimos en pijama hasta el pasillo donde la gente comenzaba a salir con los ojos hinchados y a la última moda de peinados estrambóticos. Juntos emprendimos el camino hasta la puerta de salida, donde la gente se agolpaba por sentir en su piel el frío hielo que caía lentamente sobre el internado. Cuando por fin conseguí salir al exterior, de repente sentí dos golpes seguidos en mi espalda. Fueron unos golpes tan fríos que me quemaron hasta atravesar mi cuerpo y, tras superar el shock, me di la vuelta y vi como las mellizas, que tanto gritaron al ver nevar, disfrutaban como niñas tirando bolas de nieve a discreción, mientras otros temerarios personajes corrían en pijama por entre los árboles. Fueron diez minutos de confusión en los que pude comprobar el estado mental de la mayoría de mis compañeros, hasta el punto en que llegué a plantearme que nuestra residencia no era realmente para gente que podríamos considerar “normal”. De hecho, al día siguiente algunos de mis compañeros no estaban totalmente concientes. Sobre todo, noté una actitud algo rara durante todo el día en mi amigo Parrilla. Tras un día de continuos despistes en el instituto y serie de extraños comentarios hechos en el comedor, lo primero

que dijo al llegar de nuevo a la habitación fue: “lo noto en el aire, huele a naranja y a fuego”. Desde ese momento lo supe; en la residencia experimentaban con nosotros. Tras comentar esto con Chubesky, ambos coincidimos en lo extraño que nos parecían las altas temperaturas que manaban de los calefactores durante la noche, la extraña composición del agua, los productos utilizados en la cocina, y un largo etcétera que nos llevó a la conclusión de que estaban realizando experimentos químicos con los residentes.

Febrero

Jueves, 3 de febrero

La noche del jueves fue una de las más sangrientas y temerarias de las muchas que vivimos en aquel campo de concentración. Tras un rutinario día de estudios, a horas posteriores a la cena, algo me alarmó. Mientras me dirigía como cada noche a la biblioteca un grupo de niñas venían desesperadas al despacho de Vicente. Al ver su cara supe que algo pasaba, y fue entonces cuando me enteré de lo sucedido. Todo había comenzado la tarde anterior, durante la hora de salidas, cuando la pandilla de desgraciados que rondaba el internado diariamente puso sus falsos ojos en la novia de Migueles; pero el venía tras ella y plantó cara a aquellos temerarios adolescentes.

Pero justo después de cenar, la pandilla regresó, y esta vez acompañados de un amplio grupo de skinheads en busca de nuestro compañero Migueles, que fiel a su orgullo, no les dio la espalda. Pero nuestro amigo no se había percatado de que el skin que se iba acercando lentamente llevaba consigo una cadena de dimensiones considerables para dejar unas duraderas marcas en su espalda, de las cuales existen pruebas fotográficas. Afortunadamente para Migueles, apareció de la nada su salvador, Peter, que logró separar al agresor con una vil y cruel patada en su abdomen después de algunos forcejeos.

Sin perder más tiempo, ambos lograron llegar salvos a las puertas del internado, mientras Vicente trataba de expulsar al grupo de rebeldes.

Miércoles, 9 de febrero

Podríamos calificar este día como día de aniversarios, que fueron dos los celebrados este soleado miércoles. Uno de ellos, el de la mención Rocío Urbano, ofreció sus primeros comentarios la madrugada del martes al miércoles, en el momento en que el reloj dio medianoche. Fue justo a esa hora cuando realicé una llamada telefónica a mi compañera de clase con la intención de felicitarla, aunque el resultado fue algo distinto. Me encontraba en la habitación 107 cuando marcaba el número de la tal Rocío, lo que provocó el interés de los tres mosqueteros que la habitaban. Tras cantarle a coro el típico cumpleaños feliz, la tecnología manos libres de mi teléfono móvil permitió que mis compañeros pudiesen mantener una relación telefónica simultánea con la chica. Tras un intenso y erótico cuestionario a mi compañera de clase, que acababa de cumplir los 17 años, noté como uno de ellos se interesaba algo más que los demás. Como habría podido deducir cualquiera que los conociera, el más interesado fue Chori. Comenzó a hacer preguntas ya un poco más personales e íntimas que las realizadas por Luis y Schevchenko, y a medida que pasaban los minutos en el contador del móvil, sus ojos se iban iluminando cada vez más, asemejándose

al cielo de un anochecer de verano, que a medida que pasan las horas va llenándose de brillantes estrellas. Estoy seguro de que esa noche durmió con el recuerdo de su acaramelada voz, aunque la brillantez total de los ojos de Chori no se alcanzó hasta la mañana del miércoles, cuando por fin vio el rostro de su dama telefónica. Cuando le presenté personalmente a Rocío, parecía como si Chori estuviera maldiciendo a los dioses por no habérsela mostrado hasta los 17 años, pensando en los tantos que había derrochado con vanas esperanzas y amores platónicos. Aunque bien distinta fue la reacción en ella que, por decirlo de buena manera, pasó olímpicamente del enamoradizo Chori. Nada más supo el mundo de aquel amor que nunca llegó a consumarse, puesto que fue tan efímero como una pompa de jabón al borde de un abismo, que apenas tiene tiempo de reflejar con recelo un abrir y cerrar de ojos.

Ese mismo día, mi vecino de habitación Patri, cumplía los 22 años, siendo el segundo en la lista de los más viejos de la residencia; por supuesto la edad no se correspondía con el grado de madurez. Aunque ya hacía algún tiempo yo había planeado una macro-operación en la habitación de Patri para celebrar su vigesimosegundo cumpleaños, los altercados ocurridos en la anterior reunión clandestina no lo permitieron, así que no hubo fiesta para mi compañero. Aunque su aniversario conllevó a un acontecimiento inédito que supuso la llegada de un nuevo compañero al internado: Bill Emule.

Se trataba de un burro de peluche, de dimensiones extremadamente reducidas, cuya compañía devolvería a

Patricio su sonrisa y sus ganas de vivir.

Viernes, 11 de febrero

Se acercaba el día de San Valentín, donde el mundo entero se llena de flores y corazoncitos de todos los materiales posibles. Bombones, peluches, ramos de rosas y una infinidad de olorosas cartas románticas inundan el planeta el 14 de febrero. Y solo faltaban 3 días...

Sin más demora, había que planear la unión sentimental de dos cracks mediáticos: Vera y Mari Carmen. Patri, que había sido el cabecilla de este romántico plan desde el principio, decidió que este soleado viernes sería el día idóneo para que ambos personajes se conocieran. Para ello necesitó la ayuda de algunos de sus compañeros de clase y de nuestras dos compañeras de Carcabuey, Ana y Bea. Ellas dieron el empujoncito a Mari Carmen, la residente más pensativa y solitaria que encontramos en el internado. Proveniente del pueblo de Almedinilla, era un privilegio para nosotros escuchar su voz, dado que rara vez movía los labios, y cuando lo hacía, la gente de alrededor guardaba siempre un respetuoso silencio por saber en qué pensaba aquella extraña chica. Por otro lado estaba Manuel Vera, compañero de clase de Patri, Chubesky, Meyba y los tres mosqueteros. Este insólito muchacho, de compleción pensadora y filosófica, tampoco era un buen orador, propiamente dicho, pero su mirada podía traspasar el alma de las personas e, incluso, las del mundo animal, según

creen algunos de los que le conocen.

Estaba claro, eran tal para cual, y había que unirlos. El primer paso era que se conocieran, y de eso es de lo que se encargaron mis amigos. El encuentro sucedió justo a la hora del recreo, y me consta que a partir de ese momento, la vida cambió radicalmente para ambos.

Lunes, 14 de febrero

Por fin había llegado. El amor podía palpase en el aire y los tonos rosas se alternaban con un tul de rosas y claveles para tapizar un ambiente romántico que culminaba con un sinfín de cartas y peluches para conmemorar el día internacional del amor. No importaba lo estúpidos que fueran los poemas, ni las tonterías que cada uno hiciera por la amada o el amado, lo importante era, simplemente, sentirse enamorado mientras todos a tu alrededor piensan que eres estúpido, sin darse cuenta de las estupideces que ellos mismos estaban haciendo.

Aprovechándose de la situación, los alumnos de 2º de Bachillerato habían organizado días antes una venta masiva de rosas y peluches para financiar su viaje de estudios. Sorprendentemente, y bajo el asombro de todos los presentes, una de esas rosas estaba destinada a Arturito, y para su sorpresa, no tenía dedicatoria. ¿Tenía Arturito una amante secreta? ¿Representaba la figura de mi amigo un símbolo sexual para las adolescentes del Felipe Solís? Si esta segunda pregunta fuese afirmativa, podríamos verificar la hipótesis de que en la residencia

experimentaban nuevas armas biológicas con nosotros, y además, podríamos suponer que estas nuevas armas tendrían la capacidad de manipular la mente humana de tal forma que responda a un comportamiento antinatural.

La verdad, es que nunca se supo el nombre de la misteriosa chica que envió la rosa para el ilusionado Arturo.

Pero dejando a un lado este misterio sin resolver, hablaremos de otras dos rosas que llegaron a manos de sus destinatarios por medio los intermediarios del amor – Patri y compañía –. Gracias a la colaboración económica de un amplio grupo de personas, entre las que tuve el honor de incluirme, se compraron rosas para Vera y Mari Carmen que, acompañadas por morbosas dedicatorias, despertaron los más fervorosos sentimientos en estos dos adolescentes que apenas estaban empezando a descubrir el verdadero amor.

A las 11 de la mañana, llegó el momento más esperado: Vera, presionado por sus compañeros de clase, fue en busca de Mari Carmen para agradecerle el haberle enviado un rosa, mientras que ella, ignorando que todo se trataba de un broma, creía inocentemente que había sido el propio Vera quien le había mandado tal regalo. Fueron unos apasionantes momentos para todos los que tuvimos el privilegio de contemplar como se acercaban el uno al otro, como a medida que Vera se acercaba lentamente con su mirada de tigre, el corazón de Mari Carmen palpitaba tan activamente que era capaz de transmitirnos sus pulsaciones a todos los que la rodeábamos, ansiosos de oír las palabras de ambos. Pero en cuanto uno de ellos tomó la

iniciativa de hablar, todo se acabó. La pasión desembocó en catástrofe y todos nuestros planes se fueron a la deriva. Fue un completo desastre, pero fue bonito mientras duró.

Martes, 15 de febrero

Cuando en los albores del curso académico Chubesky trajo unos misteriosos anillos que cambiaban de color dependiendo del estado de ánimo de las personas, no le di mucha importancia. De hecho, no fue hasta este martes de febrero cuando me percaté de lo que estaba sucediendo. Fue una compañera de clase, llamada Abigail, quien me abrió los ojos para que comprendiese que, en realidad, estábamos en la Tierra Media. Quizá ninguno de nosotros pudo haberse dado cuenta antes debido a los gases manipuladores de mentes que nos sueltan cada noche a través de los calefactores, pero Abigail no estaba en la residencia, por lo que pudo darse cuenta de la realidad. En el momento en que me dijo que ella era realmente una elfa y que su verdadero nombre era Arwen, pensé que su estado mental había ido decreciendo progresivamente durante su adolescencia, pero poco a poco me fui dando cuenta de que el mundo que yo había conocido hasta entonces era un vano engaño. Una vez lo asimilé, seguí preguntando a mi compañera sobre lo que ella sabía acerca de ese otro plano de existencia del que formábamos parte; pero ella solo conocía a Legolas, que se encontraba bajo el sutil disfraz de hombre en un chico al que todos llamábamos Sergio Maillo.

Esa noche estuve meditando hasta que, repentinamente, la inspiración me iluminó entre las tinieblas de mi mente. Desde que Chubesky trajo los anillos de su pueblo, Priego – cuyo nombre real es Mordor –, el comportamiento de un grupo reducido de personas había cambiado de una forma extraña; estaba claro que esos cambios eran provocados por los anillos de Mordor. Pero, por suerte o por desgracia, ya todas las personas de ese grupo de privilegiados habían perdido su anillo o se habían deshecho de él, todos menos uno: yo, que sorprendentemente y sin imaginarlo, me había convertido en el portador del único anillo de poder, me había convertido en Frodo. El conocerme a mi mismo me permitió ver de una forma mucho más clara a los demás. Comprendí que Patri era, al igual que yo, un hobbit. Su nombre, Sam, y Bill era su inseparable y fiel asno. La retorcida y oscura mente de Chubesky me ayudó a saber que él era el malvado y maquiavélico Sauron, el señor oscuro. En cuanto a Casimiro, él también formaba parte de este mundo fantástico, bajo el sobrenombre de Smeagol.

Los lectores de la literatura tolkieniana estarán imaginando al mismo Smeagol que pudimos ver en el Señor de los Anillos, donde éste era un ser despreciable con dos personalidades: Smeagol y Gollum. Explicaré que, en realidad, no era un ser esquizofrénico, sino que en realidad el ser que pudimos ver en los libros y películas de la Tierra Media era la fusión de dos seres distintos. Pero el tiempo había pasado y para el año que nos tocó vivir a nosotros, Smeagol y Gollum ya habían vuelto a ser dos seres independientes, aunque creo que siempre se

necesitaron el uno al otro. Y el verdadero Gollum de la residencia era, indiscutiblemente, nuestro querido Sergio, aquel polémico chaval que tantas peleas tuvo con Casimiro. Fue precisamente en uno de esos altercados cuando, al verlos juntos, me di cuenta de que en otra vida fueron los dos una sola carne, y me consta que, aunque sigan luchando entre ellos, en realidad se quieren y se necesitan mutuamente.

Miércoles, 23 de febrero

Todo estaba listo para la siguiente misión de los deportistas del Felipe Solís. Los partidos de Huelva eran decisivos en sus carreras futbolísticas. Nuestros tres equipos salieron temprano con destino a la capital onubense para cumplir sus sueños.

No puedo relatar con detalle lo ocurrido en Huelva debido a que tuve que quedarme en la residencia, pero al llegar la noche, las banderas volvieron a ondear a las puertas del internado. Los dos equipos masculinos habían vuelto a ganar, consiguiendo así su clasificación para la final de Cádiz. Sin embargo, el equipo femenino había tenido que abandonar su carrera futbolística en Huelva. Ahora todos apoyábamos a nuestros dos equipos clasificados para la final, que se jugaría en Cádiz a mediados de abril.

Marzo

Miércoles, 2 de marzo

Tras dos semanas de profunda meditación, vuelvo a remitirme a este diario. Y lo hago para hacer un llamamiento al personal de cocina del Felipe Solís: por favor, dejad los macarrones; no volváis a hacerlos y, en caso de que fuera necesario incluirlos en el menú semanal, haced el favor de, por lo menos, cambiar la receta, porque la actual es realmente patética. Espero que mis súplicas se escuchen y se pongan en práctica en años posteriores, para que las generaciones que nos sucedan puedan disfrutar de exquisitos platos en esta residencia. Este es mi legado, por favor, háganme caso. Gracias

Jueves, 3 de marzo

Chori vs Caperujita

Fue uno de los combates más violentos hasta la fecha, después del que mantuvieron Sergio y Ana a principios de curso, por supuesto. El altercado sucedió poco después de la merienda, cuando tuve la desgracia de encontrarme frente a Chori en el pasillo, justo a la altura

de la 109. Aunque no recuerdo bien el motivo de la disputa, ambos comenzamos a discutir, lo que alarmó a sus compañeros de habitación, que junto con Parrilla, acudieron al lugar. La lucha verbal se iba haciendo cada vez más intensa, hasta que en un alarde de valor y furia desenfrenada, Chori descargó contra mí la ira de sus violentos puños y me hizo caer al suelo ante los impotentes ojos de mis compañeros.

Tras un período de tiempo que desconozco, logré levantarme con ayuda de Parrilla, y al abrir los ojos noté como el tiempo pasaba lentamente, demasiado bajo mi punto de vista, y mi cerebro no podía asimilar bien lo que estaba pasando realmente en aquel lugar. Los recuerdos me fueron llegando poco a poco hasta que pude centrarme. Fue entonces cuando quise abalanzarme sobre Chori, pero mis compañeros y mi fuerza de voluntad me permitieron contener mi ira. Debía hacer justicia por el atentado contra mi persona, pero en aquel momento no tenía ganas.

Martes, 8 de marzo

Si de verdad queríamos vengarnos de los tres mosqueteros, antes teníamos que prepararnos física y espiritualmente. Así que decidí hacerlo, y mientras trataba de purificar mi alma, algo extraño me sucedió...

Parrilla y Arturo me ayudaron a preparar nuestra habitación para el ritual. Mediante el fuego, pretendía purificar mi alma para poder prepararme después físicamente y estar plenamente preparado la próxima vez

que intentasen agredirme; hicimos un pasillo de combustible casero que iba desde la puerta del cuarto de baño hasta mi cama y, una vez le prendimos fuego, empezó el ritual. Para purificarme, debía recorrer el incandescente pasillo velozmente mientras emitía el grito ibérico – similar al del cerdo ibérico, servía para invocar al dios del fuego y purificar así el cuerpo y la mente –, pero mientras realizaba el rito, la espuma empleada para avivar las llamas hizo que resbalara y cayera de lleno a las infernales llamas. Por si fuera poco, quedé semiinconsciente al golpearme en la cabeza con la mesita de noche. Fue una crueldad para mis dos compañeros el verme allí, desfallecido entre las llamas, pero observaron atónitos como, a semejanza del fénix, logré resurgir de entre mis propias cenizas y levantarme aún con más vitalidad que antes; el fuego no pudo más que fortalecerme, y mi caída fortuita me había convertido en un ser ignífugo, en el Mesías del Fuego. Ahora sí estaba preparado.

Miércoles, 9 de marzo

SuperCollección: el atentado que cambió la historia

Desgraciadamente para Arturito, él no había recorrido el pasillo de fuego, y no estaba espiritualmente preparado para el ataque que recibiría la tarde del miércoles. Comportándose como un aplicado estudiante,

Arturo se encontraba realizando sus ejercicios de dibujo técnico en la biblioteca, en la que nos encontrábamos unas diez personas. Mientras él se concentraba en su obra, los otros nueve presentes en la sala nos percatamos de la entrada en la misma de un nuevo individuo: el carteyano Tomás.

Aprovechando la concentración extrema de mi compañero, Tomás se acercó lentamente a él, sin saber exactamente lo que pretendía; pero cuando vio la blanca y despejada piel de la zona posterior de su cuello – lo que Chubesky había denominado *colleja áurea* por su proporción 3/4 –, lo tuvo claro. Estiró silenciosamente su brazo hacia atrás y durante diez eternos segundos concentró toda su fuerza corporal y mental en la palma de su mano derecha, la cual mantenía abierta y con los dedos juntos. Mientras todos los presentes observábamos atemorizados el gesto de ira de Tomy, junto al rostro de inocencia y despiste de su hasta entonces amigo Arturo, nos temíamos ya lo peor, e incluso en un instante de creatividad creí ver el futuro próximo a aquella acción, en el que imaginé a un Arturito sin cabeza, la cual se había desintegrado tras recorrer la biblioteca y estamparse contra la pizarra. Mientras yo seguía vagando en mi mundo, Tomás descargó toda la tensión acumulada en su brazo y de repente el tiempo se aceleró: el impacto de la severa mano de Tomy contra el cuello del desgraciado Arturo se pudo oír en toda la sala como un brutal golpe, que se asimilaba a los tablillazos en las puertas que daban los vándalos por las noches, solo que al poder verlo en directo, parecía aún más violento. Acto seguido Tomás comenzó a correr

desenfrenadamente mientras el casi aniquilado Arturo se levantaba rápidamente y le trataba de lanzar inútilmente todo lo que tenía a mano, pero el cerebro no le funcionaba lo suficientemente bien en aquel momento para poder acertar con su puntería.

Desde aquella violenta tarde, nada volvió a ser igual para Arturo y, por supuesto, menguaron sus relaciones con Tomás, así como con todo aquel que intentaba acercársele por detrás, temiendo siempre el peligro que le propinaba su particular *colleja áurea*, que fue el objetivo de muchos discípulos de Tomy.

Jueves, 10 de marzo

Cuando Patricio entró en mi habitación para darme la noticia no lo creí. Por una parte su cara de felicidad me incitaba a pensar que era verdad, pero la lógica me impedía creerlo. Para asegurarme, Patri me propuso acompañarlo a su habitación para verlo con mis propios ojos. Cuando lo vi, me quedé atónito, era algo que nunca pude imaginar; y es que nadie podría haber pensado jamás que un burro pudiera ser capaz de hacer puenting, un arriesgado deporte incluso para el ser humano, pero el recién llegado Bill Emule, que apenas llevaba un mes en la residencia, fue el primer asno en lograrlo. Al igual que todos los testigos, me quedé alucinado cuando observé como Bill saltaba desde lo alto del altavoz de su dueño – que se encontraba colgado del tubo de calefacción con hilo de pescar – para quedarse suspendido en el aire sin ni

tan siquiera parpadear. No había duda: Bill Emule era el mejor asno del que tuve noticia, mucho mejor que el de Sancho Panza, e incluso mejor que el burro de Shrek, y Patri debió sentirse muy orgulloso de él.

Y este fue el último gran suceso del segundo trimestre en la cárcel del Felipe Solís, puesto que a la semana siguiente nos dieron nuestras merecidas vacaciones para que disfrutásemos de la Semana Santa. El día 16 nos despedimos sin llantos, dentro de pocos días estaríamos de nuevo juntos para continuar con estas extrañas e intrigantes experiencias.

Martes, 29 de marzo

A finales de marzo volvíamos a entrar por las puertas de la residencia sin apenas haber tenido tiempo de descansar lo suficiente como para emprender el período de intensos estudios que nos esperaba. El más madrugador fue Meyba, que fue el primero el regresar al internado tras las vacaciones de Semana Santa. Yo llegué el segundo y lo vi solo y desamparado en la puerta, antes incluso de que llegase el nuevo conserje, Antonio, el cual no estaba mentalmente cualificado para desarrollarse plenamente en su ambiente de trabajo, pero pronto se convertiría en un compañero más, gracias a su humildad y buen hacer.

Emprendíamos el último tramo de nuestro primer año como residentes y algunos de los estudiantes de ciclos superiores ya nos habían abandonado. Otros lo irían haciendo a lo largo de estos tres meses, dejando el

internado más vacío cada semana que pasaba.

Miércoles, 30 de marzo

Aprovechando que aún no habían comenzado los exámenes, pasé la tarde junto a Parrilla, Patri y Chubesky para jugar a esas partidas de rol que nos sumergían en un mundo que resultaría sumamente extraño para cualquiera fuera de nuestro cuarteto de fanáticos por la fantasía. La partida se alargó más de lo debido, hasta el momento en que mi cuerpo ya no era capaz de mantener las fuerzas suficientes para seguir de pie, por lo que decidí tumbarme en la cama de Meyba, que no se encontraba en la habitación. Inconscientemente, me quedé dormido y no me di cuenta del paso efímero de las horas hasta el momento en que caí al suelo. Abrí los ojos y me encontré entre tres personas que me miraban con ojos extraños. Eran los habitantes del agujero Hobbit. Amiba se había sorprendido al verme dormido en su cama y, en un alarde de furia descontrolada había tirado de mi cuerpo hasta arrojarme de la litera de arriba hasta el duro y frío suelo que ahora provocaba un desmesurado dolor en todo mi cuerpo y me dejaba sin energías para realizar ninguna acción de venganza. Todavía me encontraba aturdido cuando el mismo Meyba me ayudó a levantarme y me invitó a salir de su cuarto. Quizás en otra situación me hubiese negado rotundamente y habría intentado partirlle las piernas y, seguidamente, haberlo quemado vivo mientras le arrancaba poco a poco finas tiras de piel al

tiempo que echaba sal en sus heridas; pero el estado de shock en que me encontraba me impedía pensar y, sin que tuvieran que obligarme, abandoné la habitación y seguidamente entré en la mía para continuar durmiendo. A la mañana siguiente, tras pensar fríamente el altercado, decidí olvidar el asunto y perdonar a mi amigo Meyba.

Abril

Lunes, 4 de abril

Como cada lunes, a las seis horas y cuarenta y cinco minutos de la mañana cogí el autobús con destino a Cabra para regresar al internado. Pero este viaje sería mucho más provechoso, ya que la residente Gloria iba a dejarnos un legado muy importante con sus enseñanzas más interesantes, entre las cuales podemos destacar tres:

¿Qué es la papafobia?

Según nuestra compañera Gloria, la papafobia es una nueva enfermedad desarrollada por la información masiva sobre la muerte del Papa Juan Pablo II. Según la chica de Jauja, los medios de comunicación habían hecho tanto hincapié en la muerte del pontífice que el mundo se había plagado de esta nueva enfermedad mental, que causaba trastornos en la sociedad cristiana.

¿Cuál es el verdadero mensaje de los camiones de correos?

Hasta el momento no me había percatado de los mensajes subliminares de esos camiones amarillos que reparten las cartas y correspondencias cada día, pero Gloria nos lo hizo ver. Según ella, la palabra “correos”,

impresa en letras gigantescas y muy vistosas por los laterales del inmenso camión amarillo, no se corresponde precisamente con la empresa de correo española, sino que es la forma imperativa del verbo vulgar *correrse*, que en la jerga callejera es sinónimo de eyacular. Según Gloria, el gobierno español pone este tipo de mensajes obscenos en lugares que vemos cada día con frecuencia para intentar aumentar el índice de natalidad en el país, que en las últimas generaciones va en descenso.

Ana no tiene rayas en las manos

La explicación de Gloria ante este fenómeno genético fue que las rayas de las manos representan las facultades mentales de todo ser humano. Según su teoría, las personas que no están suficientemente desarrolladas mentalmente no tienen todas las líneas manuales de las que disponemos la mayoría de las personas. Para la demostración, Gloria comprobó que Ana tenía un número menor de líneas que el resto de los voluntarios de la investigación.

Martes, 5 de abril

Hasta este día, yo pensaba que en la sala de informática de la residencia solo estaban censuradas las páginas obscenas y de pago, pero la realidad era bien distinta. Esta censura me trajo un verdadero problema

cuando, en un intento de ampliar mi bagaje cultural, me descargué desde internet el libro *Mein Kampf* (Mi Lucha), de Adolf Hitler, con la intención de tener un conocimiento más amplio de la ideología nazi durante el siglo XX. Pero cuando José Manuel y Vicente se percataron de la descarga del libro, sus miradas apuntaron hacia mí, que me encontraba aún delante del ordenador, y se acercaron. En ese preciso momento, yo me encontraba leyendo un artículo sobre religión en la página oficial de la *Red Satánica* en España, lo que aumentó la furia de Vicente, quien inmediatamente me expulsó de la sala de ordenadores. Más tarde, y más tranquilo, se dispuso a interrogarme para descubrir las causas que me llevaban a leer la obra del dictador alemán, como si de un delito se tratara. Yo tenía constancia de que Vicente era profesor de historia, por lo que le reclamé que, lo quiera o no, el nazismo fue una época de gran relevancia en la historia del mundo, y por lo tanto no había nada de malo en que yo tratara de informarme de todos sus fundamentos, por el mero hecho de aumentar mis conocimientos culturales. Pero con Vicente no pude razonar, lo que me llevó a plantearme algunas dudas: ¿Había tenido Vicente relación directa con el nazismo y por eso trataba de apartarme de él? ¿Pertenece Vicente a un grupo neonazi, o por el contrario formaba parte de una red de desmantelamiento de estos grupos?

Son dudas que aún no he logrado resolver, pero estoy seguro de que Vicente no me contó todas sus razones para impedirme leer el libro, quizás porque ese libro podría haberme desvelado algo que Vicente no

quería que supiera...

Los increíbles

Olvidando el tema del libro prohibido, después de la cena los tres mosqueteros me propusieron ver la recién estrenada película de *Los Increíbles*, a lo que Chapi y yo accedimos gustosos, de modo que llevé mi ordenador portátil a la habitación 107 para poder visualizar la película. Cuando llegué a la habitación, sus tres habitantes ya se encontraban sentados en la cama de Luis, en la que no quedaba mucho espacio libre, pero con un poco de esfuerzo, conseguí sentarme con ellos. La situación era bastante incómoda, ya que nos encontrábamos densamente apretados en aquella pequeña cama intentando ver aquella película. La temperatura subía por segundos y ya lo podía aguantar aquella situación tan apretada. Poco a poco fuimos adaptándonos y, cuando parecía que estábamos medianamente cómodos, llegó el quinto invitado. Ninguno de nosotros pudo decir una sola palabra antes de que Chapi saltara a la cama, y antes de que nos diésemos cuenta, estábamos los cinco en el suelo. La cama, sin tablas, había cedido ante el sobrepeso que representábamos, ante todo, Chapi y yo, ya que Schevchenko no representaba un excesivo peso para la débil cama.

Para cuando logramos conseguir unas posiciones medianamente cómodas, la película estaba ya a punto de acabar, así que vimos los últimos quince minutos y luego nos fuimos todos a dormir, aunque el dolor de espalda no

nos permitiera hacerlo muy bien esa noche...

Lunes, 11 de Abril

Como cada tarde que no teníamos nada importante que hacer, Arturito y yo decidimos ir al centro. Como siempre, recorrimos el kilómetro que separa el internado del centro criticando a toda la gente que se nos ponía por delante. Mientras recorríamos las calles de Cabra, íbamos analizando a todos y cada uno de sus habitantes. Una vez en el centro, como era ya usual en nuestras salidas, fuimos a la heladería valenciana a comprar un helado de queso y, seguidamente, a hacerle una visita nuestra compañera de clase Rosa.

Esas cosas, junto con una pizza, eran el tópico de cada tarde que salíamos al centro a pasear. Pero por una vez, nos propusimos hacer algo diferente: entramos en una tienda llamada *Buenos Aires*, sin saber lo que nos esperaba dentro. Los dueños, Argentinos, nos recibieron gratamente y nos atendieron. Como era normal, compramos algunas golosinas, pero de repente, un rayo iluminativo me llevó a comprar un donut... Pero ese maléfico donut no me traería precisamente un día redondo. En el maldito momento en que le hiqué el diente, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, helando mis venas y haciendo que mi sangre se paralizara por unos eternos segundos. Para cuando me di cuenta que el donut estaba congelado, mi dentadura ya no era la misma, y un trozo helado de ese diabólico dulce recorría mi esófago para llegar a helar mis jugos gástricos

y provocarme un cambio radical de metabolismo, al mismo tiempo que mi corazón latía desenfrenadamente y a un ritmo vertiginoso para tratar inútilmente de movilizar mi gélido flujo sanguíneo. Desde aquel momento, no volví a comprar un donut en esa tienda, pero me pregunto: ¿Los propietarios de ese establecimiento congelan los dulces, o es una costumbre argentina? Lo que estaba claro, es que ese extraño donut iba a propinarme un día redondo justo una semana después – supongo que al estar congelado sus efectos eran retardados –.

Lunes, 18 de abril

El día redondo

Comenzó nada más bajar del autobús. Como de costumbre, debíamos ir desde el hospital hasta el internado a pie, con todo lo que eso conlleva; pero justo al bajar la maleta del autobús, un extraño ruido me hizo temer lo peor, y estaba en lo cierto: las ruedas de la maleta habían dado su última vuelta. Me encontraba a un kilómetro de la residencia y con un equipaje de unos cincuenta kilos. Para cuando llegué al internado, mis piernas ya no respondían, no sentía los brazos y estaba sudando como un verdadero cerdo. Por si fuera poco, llegué tarde a clase, lo que supuso una bronca adicional por parte de mi profesor de matemáticas.

Al salir de clase, decidí acostarme a dormir la siesta,

con la intención de despejarme un poco de la carga mental que suponen las clases, pero antes fui a deshacer la maleta. Al abrirla, me llevé una ingrata sorpresa. Durante el trayecto desde el hospital, uno de los zumos de melocotón se había roto, expandiendo íntegramente su contenido entre mis ropas. Después de media hora maldiciendo mi mala suerte, decidí meter la poca ropa que quedaba limpia en el armario, y cuando fui a hacerlo, descubrí que no tenía la llave del candado que guardaba mis pertenencias. La única solución fue proceder a la destrucción del candado, para lo cual recurrimos al cocinero, Paquito, que en un instante me dejó sin candado.

Más tarde, para relajarme un poco, intenté hacer uno de los rituales de fuego que solíamos hacer en mi habitación, conocida como el *Templo del Fuego*, que ese día dejó de arder. Nada más encender el mechero, la placa metálica del mismo saltó por los aires, dejando el mechero indispuesto. Irritado por la maldición que se cernía sobre mí, arrojé el mechero roto por la ventana de mi habitación, con la mala suerte de que en ese preciso momento la monitora Nani estaba pasando justo por debajo de mi ventana...

Cuando creía que nada podía ser ya peor, llegó la inundación. De repente, como ya había pasado otras veces, comenzó a salir agua del retrete. Pero esta vez, el agua era aún más abundante, y no paraba de salir. Cuando todo el cuarto de baño estaba ya inundado, el agua se expandió por el resto de la habitación, convirtiendo el *Templo del Fuego* en un improvisado parque acuático.

Pasaron las horas, y después de cenar ya me

encontraba algo más tranquilo. Me di una buena ducha y me dispuse a coger mi pijama para acostarme y así terminar con el día redondo que había tenido. Mientras abría el armario, algún desgraciado cuyo rostro no llegué a ver abrió la puerta de la habitación y me estrelló contra mi armario, que se encontraba justo al lado de la puerta. Afortunadamente mi dura cabeza hizo que el golpe no me afectara gravemente, así que después de unos instantes, por fin me puse el pijama y me acosté. La noche hubiera sido perfecta si no hubiera sido por el olor a zumo de melocotón que desprendía mi pijama azul.

Miércoles, 20 de abril

Después de ganar en Huelva, los dos equipos clasificados estaban ya preparados física y psicológicamente para conseguir su merecida victoria en la capital gaditana. Los dos equipos, junto con Chubesky y Ana como pareja de animadores oficiales – algo que me hizo suponer que Chubesky tampoco tenía rayas en las manos –, partieron temprano para conseguir su ansiado sueño. Fue un día de tensión para todos los que nos quedamos, ya que los deportistas no regresarían hasta el día siguiente, aunque algún villano intentó aprovechar la ausencia de algunas monitoras para intentar hacer algo que estaba en contra del reglamento interno...

El delincuente fue Meyba, que aprovechando que algunas de las monitoras estaban en Cádiz, quiso alcanzar la ascensión. Y no hablo precisamente de ascensión

mística, sino corporal, ya que subió sigilosamente hasta la tercera planta, donde se encontraban los habitáculos de las chicas. Meyba consiguió su objetivo y se adentró en la habitación de Inmaculada, con la que mantenía una relación sentimental. Desgraciadamente para mi amigo, no tuvo la misma suerte a la hora de salir la habitación; lo hizo acompañado de la monitora María Dolores, que haciendo uso de su sexto sentido, abrió violentamente la puerta de Inma para decapitar al sorprendido Meyba.

En los días siguientes al altercado se discutió mucho sobre el caso Meyba, aunque finalmente, gracias al apoyo incondicional de sus compañeros, y ya que no tenía antecedentes, se le concedió el indulto.

Jueves, 21 de abril

Tras una mañana llena de tensión, pensando en el posible resultado de nuestros compañeros en Cádiz, llegó la tarde... A medida que el Sol iba acercándose más al horizonte, la tensión se hacía mayor, y nuestro corazón palpitaba más vertiginosamente a cada segundo que pasaba. Alrededor de las nueve de la noche, llegó el autobús. Ya todo estaba hecho, y todos ansiábamos la llegada de nuestros futbolistas. Cuando el equipo juvenil entró por las puertas del internado, ya me temía lo peor: el gesto de desolación en sus caras, junto con las miradas que le propinaban a su portero Casimiro, lo decía todo. Su resultado había sido un 5-0, en el cual Casimiro se había tragado literalmente los cinco tantos.

Todas las ilusiones estaban pisoteadas, pero entonces, algo sucedió. De nuevo, la gran bandera verde y blanca de nuestro equipo adulto, portada por Paniagua, volvía a ondear. Lo habían conseguido. Eran los mejores, y se habían hecho con el trofeo de Andalucía. Las lágrimas de decepción del equipo de Casimiro se volvieron alegría y júbilo con nuestro equipo ganador. Desde el principio habían sido los favoritos, y habían conseguido terminar el torneo como único equipo imbatido. Eran los héroes del Felipe Solís, y siempre los recordaremos por ello.

Martes, 26 de abril

Haciendo una excepción extraordinaria en este diario, voy a relatar una de tantas historias que sucedieron no en el internado, sino entre mis compañeros de clase en el instituto. Sucedió que el 26 de abril fuimos de excursión. Pasamos el día recorriendo el paraje natural que separa Cabra con un pequeño pueblo de montaña llamado Zuheros. En este grupúsculo de personas que tenía como compañeros de clase había gente muy variada, entre los que estábamos incluidos también algunos residentes, como las Mellis, Mayka, Carmen, el Sevi, Arturito, Parrilla y yo. Los ocho, junto con otra veintena de compañeros, comenzamos la excursión. En este ameno viaje Arturito y yo pudimos darnos cuenta de muchas cosas que ignorábamos, como la poca fiabilidad que podíamos tener en nuestro supuesto amigo Arévalo,

además de otras muchas deidades más que descubrimos en nuestros compañeros. Pero lo más sorprendente fue, quizás, la segunda personalidad de nuestra amiga y compañera Abigail. Esta insólita chica, que aseguraba haber pertenecido a una raza élfica en su anterior vida, tenía en realidad una personalidad oculta: la de tanga-girl.

La fecha de la excursión coincidía con el cumpleaños de Abi, por lo que en la tarde del día anterior Arturo y yo fuimos a una de las muchas tiendas del centro de Cabra con la intención de comprarle un regalo. Y así lo hicimos cuando le compramos una figura de escayola cuya imagen representaba a un extraño personaje fantástico. Pero mientras pasábamos el regalo por el cajero de la tienda, visualicé por casualidad unos tangas con motivos florales y festivos, y rápidamente me vino a la cabeza la picaresca idea de incluirlo en el regalo. Así lo hicimos, sin imaginar la sensación que causaría en nuestra amiga. Cuando destruyó con delicadeza el adornado papel de envolver – que representaba un sinfín de figuras geométricas imposibles – y vio el verdadero regalo, nos miró a los dos y nos agradeció el habernos acordado del evento; pero cuando sacó por completo la figura de escayola y se dio cuenta de que había algo más, su monótono rostro cambió. Al ver aquella prenda de tonos rojizos y rosas, sus ojos se iluminaron de tal forma que parecía que gozaran de luz propia. Abi giró la cabeza hacia nosotros, y por un momento nos miró de tal forma que parecía atravesar nuestras almas mientras nosotros, aturdidos, mirábamos expectantes a una Abigail en apogeo. No puedo explicar con palabras la felicidad que

desprendía aquella chica al ver ese regalo adicional, pero sí puedo asegurar, que nunca olvidaré esa intensa mirada.

Jueves, 28 de abril

Vuelvo a relatar las intrigantes historias del internado donde, aprovechando que el día anterior no habíamos tenido clases, nuestro amigo Tomás había hecho una larga visita al peluquero... Era algo insospechado que Tomy, que se había ganado a pulso el sobrenombre de *Ricitos de oro*, apareciera por la puerta de la residencia con aquel extraño look. Su peluquero, en un acto de vandalismo y furia descontrolada, había acabado con los rizos de Tomy, convirtiéndolo en un inusual espécimen de extraño tupé. Comenzaba para Tomás la era gitana.

Mayo

Martes, 3 de mayo

Es sabido por todos que en mayo, mes de las flores, la sangre humana corre el riesgo de alterarse desenfrenadamente haciendo que el comportamiento de las personas se haga aún más temperamental y descontrolado. Y fue justo a la entrada de mayo cuando un hecho insólito hizo alterarse nuestra sangre y llenó nuestro corazón de júbilo y alegría sin fin que fue acompañada de una espléndida fiesta en la habitación 102. El motivo: Eduardo “Zapatones” había abandonado la residencia.

Todo comenzó el viernes de la semana anterior, en la última luna de abril, cuando el también llamado ZP tuvo una violenta discusión con algunas personas procedentes del pueblo de Santaella. La discusión llegó a mayores cuando apareció el padre de Zapatones, con lo que la situación se agravó y un sinfín de amenazas provenientes de ambas partes rodearon el tenso ambiente. Para evitar un violento ataque de furia, ZP y su padre entraron a la residencia, y dentro continuó la lucha. Nada más supe de aquel altercado hasta este tres de mayo, cuando la familia de Eduardo, al completo, entró en el despacho de Vicente. Pronto se reunieron allí todos los directivos del internado, junto con los padres del susodicho, para intentar aclarar el asunto, ya que, al parecer, las personas implicadas en

aquella barbarie ya habían tenido problemas con ZP el año anterior, cuando vivían también en la residencia. Después de más de una hora de vocerío dentro del despacho, el padre de Eduardo salió furioso para dar la noticia: su hijo abandonaba la residencia. Media hora después, tan solo quedaba allí el difuso recuerdo de nuestro más extraño compañero.

La noticia fue acogida con gran agrado por todos los residentes, especialmente por su compañero de habitación, Juan Manuel “el Sevi”, el cual se encontraba estudiando en la biblioteca cuando Molina, Chapi y yo le dimos la noticia. Su rostro alegre repartía felicidad por toda la residencia, y a partir de esa noche, el Sevi pudo dormir feliz.

Miércoles, 11 de mayo

Fue un día de vital importancia para el transcurso de la guerra que manteníamos con los tres mosqueteros de la 107, ya que libramos nuestra última batalla del año escolar. Aunque más que una batalla, fue un ataque unilateral por mi parte. Todo aconteció al salir de clase. Como cada día, yo iba tranquilamente a dejar mi mochila en el internado antes de pasar al comedor. Pero sucedió que Schevchenko se encontraba sentado en el banco situado en la fachada de la residencia; vestía una sudadera totalmente blanca, lo cual me hizo caer en la tentación. Sin cruzar una palabra, me situé justo en frente de él, que estaba estratégicamente sentado delante de un charco de

barro que habían dejado las incesantes lluvias de la noche anterior. Reconozco que no reparé en pensar las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer, pero haciendo uso de mi instinto animal, y para hacerle pagar todo lo que aún me debía, alcé mi pierna derecha hacia atrás y, cargándome de toda la fuerza muscular que tenía, descargué toda mi ira contenida sobre aquel charco, haciendo que casi la totalidad del barro que contenía llegara a impregnar la reluciente sudadera de mi *querido* compañero de pasillo.

Después de observar impotente como su sudadera cambiaba repentinamente de color, para pasar a tener un original estampado de tonos pastel, Schevchenko se levantó furioso del banco metálico en el que se encontraba, e instintivamente yo comencé a correr desenfrenadamente. Para cuando mi furioso perseguidor logró alcanzarme y propinarme un severo golpe, la monitora Pili se encontraba justo al lado mía, por lo que se abalanzó rápidamente sobre mi enemigo, lo agarró de la oreja izquierda, y lo llevó a su despacho. Todo había terminado, y yo había logrado vencer en la última batalla.

Lunes, 16 de mayo

Pero el último gran enfrentamiento del año no fue de nuestra guerra, sino de la que mantenían constantemente Vicente y Sergio. Todo pasó en la sala e informática, y pudimos verlo mientras trabajábamos con los ordenadores. Para este tiempo, Sergio ya había batido todos los récords

en el famoso “*juego del pingüino*”, y precisamente, el error de nuestro educador Vicente fue cuestionar la forma de jugar del experto Sergio, que, de repente, dejó el teclado del ordenador para dirigirse lentamente hacia Vicente. A medida que se acercaba, su rostro de furia y coraje se iba haciendo cada vez más intenso. Entonces Vicente se levantó de su silla y comenzó la lucha entre titanes. Mientras el educador trataba de usar su fuerza bruta para sujetar los puños de Sergio, éste usaba su potente dentadura para acabar con su enemigo. Muchos eran los que dudaban entre quién de los dos era el menos diplomático, pero al ver esta lucha me hice una pregunta: ¿Tiene Vicente rayas en las manos?

Tengo que añadir que, mientras Vicente luchaba con Sergio, el educador de la segunda planta, José Manuel, dejaba de controlar sus dominios para asistir al encuentro. Mientras él disfrutaba del combate, el hermano menor de mi compañero Parrilla, Aarón, fulminaba, de un golpe y sin testigos, el cristal de una de las puertas de emergencia, imitando quizás a su compañero de pasillo Andrés, *el Tuning*, que antaño acabó con el cristal de la misma puerta mientras jugaba a béisbol con Peter.

Miércoles, 18 de mayo

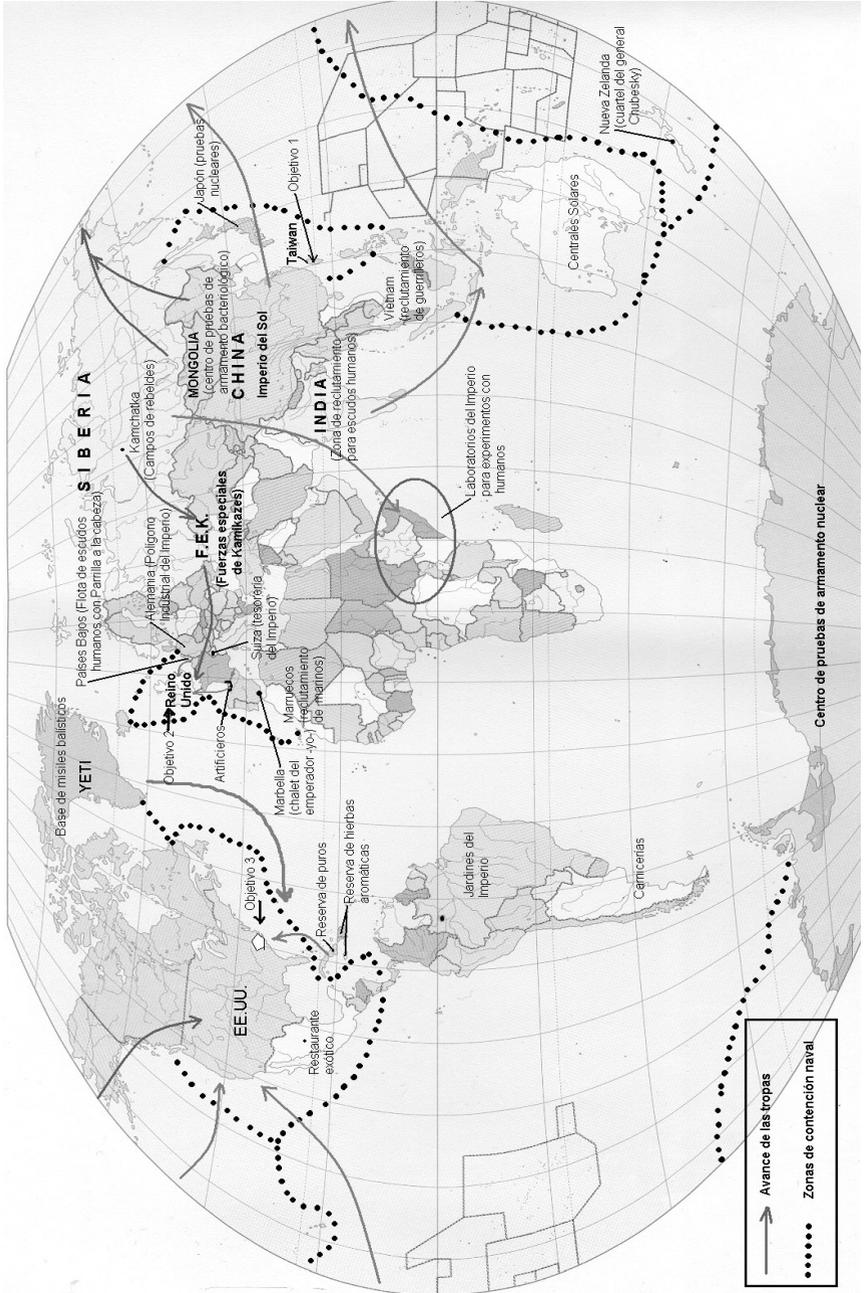
Muchas fueron las ocasiones en las que Chubesky había presumido de tener la cabeza más dura del internado, e incluso aseguraba que estaba hecha de adamantium, el metal más duro del universo – del cual no

se tiene constancia científica -. Pero no fue hasta mediados de mayo cuando descubrí uno de los entrenamientos secretos de Chube. Pude verlo gracias a Patri y Meyba, sus compañeros de habitación, que grabaron en vídeo como su amigo entrenaba su cabeza propinando severos golpes a la mesa de estudio, en la que iba partiendo pipas de girasol y otros frutos secos a cabezazos. En otra ocasión, grabaron como Chubesky golpeaba con un tremendo golpe de cabeza la esquina de la mesita de noche, de madera contrachapada. En el vídeo, se aprecia la deformidad causada en la superficie de madera, mientras la cabeza del salvaje Chube permanece intacta. Estaba claro que Chubesky llevaba ya bastante tiempo entrenándose para algo, pero no tenía ni la más remota idea de lo que podía tratarse. ¿Nos ocultaba Chubesky información confidencial? ¿Se estaba preparando este muchacho de Priego para una guerra? Y si era así, ¿era nuestro aliado o nuestro enemigo?

Lunes, 23 de mayo

Tras varios días de interrogatorios, Chubesky me lo confesó todo. Basándose en las últimas profecías bíblicas, mi amigo se estaba preparando ya para la Tercera Guerra Mundial, la cual suponía que llegaría pronto. Al saberlo, le propuse unirme a su causa, ya que Chube no tenía vocación política, pero sí un gran sentido estratégico y bélico. Con vistas a la futura guerra, ambos creamos el Plan de Conquista Global (PCG). En él, nos hacemos con

el control de China para convertirlo en la principal potencia mundial, donde yo sería el futuro emperador y Chubesky, mi mentor. Hecho esto, comenzaríamos a hacernos con el control de todo el planeta, emprendiendo así una gran guerra que tendría como principal objetivo la paz. No puedo desvelar más secretos sobre nuestro plan de conquista planetaria, pero para los que estén interesados en el tema, aquí encontrarán un mapa que resume nuestros principales planes estratégicos.



Martes, 24 de mayo

Olvidando un poco el control del mundo, y aprovechando la tregua de exámenes de la que disfrutábamos esta semana, Parrilla, Arturo y yo volvimos a reavivar la llama del Templo del Fuego. Mechero en mano, nuestra habitación volvía a convertirse en la antesala del infierno en el momento en que camas, armarios y mesitas de noche ardían al son de la música de un viejo grupo de rock que sonaba en la radio de Parrilla.

Pero ese día, un nuevo personaje se unió a la danza del fuego. Fue Tomás, que desde hacía ya algún tiempo se estaba configurando como un posible pirómano, incluso llegando al extremo de competir con nosotros, aunque de momento no llegaba a tener la experiencia de los habitantes del Templo del Fuego; no obstante, al ver a Tomy disfrutando al tiempo que ardían algunas láminas de dibujo técnico, me di cuenta de que sería un buen compañero con el que celebrar los rituales del fuego.

Lunes, 30 de mayo

Nos encontrábamos ya en la recta final de nuestro primer años de estudios en el Felipe Solís. Muchos de nuestros compañeros ya nos habían abandonado, como era el caso de los tres mosqueteros, además de Chubesky y Juliancito.

Como he mencionado antes, estábamos ya en la recta

final, con la agenda plagada de exámenes, por lo que decidí, con la ayuda de mis dos compañeros de habitación, montar una cafetería. Y así lo hicimos. Montamos la cafetería durante la tarde del lunes, justo después del almuerzo. He de reconocer que lo más complicado fue el primer café, debido a los problemas técnicos de la cafetera que, añadidos a nuestra falta de experiencia, hicieron demorar unas horas para degustar la primera taza; no obstante, estaba deliciosa. La voz se corrió rápidamente y durante toda la tarde la puerta de la 109 se mantuvo abierta con motivo de que, por ser el primer día, dábamos café gratis. De hecho, fue el primer y el último día, debido a que esa misma noche, al ver el estado de la habitación y notar el intenso olor, las monitoras me obligaron a desmontar la cafetería, aunque estoy seguro de que hubiera resultado un gran negocio.

El imperio se expande

Ya que las monitoras nos prohibieron hacer café para poder estudiar por la noche, Arturo y yo decidimos pasar a otro plan de estudios. El plan era muy sencillo: conseguir la llave de la 105, antigua habitación de Julián, que ahora estaba vacía, e irnos a estudiar allí donde nadie pudiera molestarnos. Nadie, ni tan siquiera las monitoras, entrarían a una habitación vacía, por lo que recurrimos al plan. Conseguimos la llave en el casillero, sin que nadie se diera cuenta – la estrategia fue básicamente la misma que utilicé en otra ocasión para robar la llave de los tres mosqueteros –, y nos adentramos en nuestro nuevo cuarto de estudios.

Martes, 31 de mayo

Tan tranquilos estuvimos estudiando en la 105 la noche anterior, que Arturo y yo decidimos mudarnos allí para las dos semanas que nos quedaban. Así que pedimos permiso a Vicente y al director. Ambos hicieron caso omiso a nuestra propuesta, de modo que hicimos dos copias a la llave, que conservábamos desde la noche anterior, y llevamos toda nuestra ropa a los armarios de la habitación de Julián. Una vez hecho el traslado, y aunque el director nos armó una bronca que no nos detuvimos en escuchar, nos dio permiso para quedarnos. Parrilla, desolado, decidió trasladarse, junto con Fran, a la habitación 104, donde residía Chapi, de manera que ahora eran nuestros vecinos. La mudanza fue acogida con agrado por Merino, a quien prestamos la llave de la 109 para que se fuera allí a dormir plácidamente por las noches, y así librarse de los terribles ronquidos de su compañero Tomás.

Junio

Las últimas dos semanas pasaron rápidamente en el Felipe Solís. A medida que pasaban los días, la residencia se iba quedando vacía poco a poco. Fueron dos semanas de incesantes exámenes para los que aún quedábamos, y cada día que pasaba veíamos más cerca el final, y con él las ansiadas vacaciones de verano.

El día 9 de junio, coincidiendo con el examen final de dibujo técnico, Arturito soltó su última regla, concluyendo un año en el que el dibujo le había hecho pasar momentos tan difíciles como inolvidables; lo que Arturo no sabía es que al día siguiente el profesor le daría su examen suspenso, por lo que tuvo que reencontrarse con sus reglas para recuperar la asignatura.

Abandonamos la residencia el día 13 de junio, día en que las lágrimas y los sollozos no pudieron resistirse a la melancolía que nos producía separarnos, algunos para toda la vida. Por suerte para nosotros, la mayoría de los novatos volveríamos a encontrarnos en septiembre, a excepción de Azahara, para ser los veteranos del Felipe Solís y continuar forjando nuestra amistad al tiempo que conoceríamos a otros nuevos e interesantes compañeros.

Dos años en la Sombra

Libro Segundo

El Regreso

Jueves, 22 de Septiembre

Cuando el despertador daba por primera vez su odiado sonar después de tres sabáticos meses, el corazón me dio un vuelco. Eran las seis de la mañana y había llegado el momento de regresar a Cabra. La rutina del internado era ya añorada y me sentía complacido y realmente feliz de volver al Felipe Solís.

Al llegar allí el ambiente era exactamente el que esperaba. Una atmósfera de lágrimas y melancolía cubría los alrededores del internado mientras una manada de novatos esperaban ansiosos a recibir su número de habitación, con un nerviosismo que me recordaba a mí mismo justo un año atrás. En cuanto a las habitaciones también hay algunos comentarios que hacer, pues las monitoras se habían encargado de reorganizar a los residentes.

En la planta baja – que es la que incumbe mayoritariamente a este diario –, Chapi, Merino y el Sevi habían ocupado la 101, mientras que Patri y sus compañeros habían trasladado el agujero Hobbit a la antigua ciénaga de Zapatones. En la habitación de al lado, Chori y Schevchenko sufrían la desesperación provocada por el abandono de su amigo Luis, quien dejó los estudios para dedicarse por completo a su carrera policíaca; no obstante, un nuevo e intrigante personaje ocuparía su

lugar. Este chico herrereño, Manu, daría mucho que hablar en este segundo año... A Arturito lo habían condenado a vivir con Julián y su siempre ausente compañero, *el montillano*, aunque mi ex-compañero no permanecería mucho tiempo allí. La antigua habitación de Juliancito era para Roberto, Vicente y Javi *el Pichi*, que tendrían como vecinos a Parrilla, Fran y un nuevo carteyano conocido como Jaime, *el Longano*. El antiguo habitáculo de los tres mosqueteros pasaba a ser propiedad de tres novatos a los que les costaba bastante relacionarse con semejantes vecinos como éramos nosotros, y la 108 se destinó a los Pedros – Peter y *el Sobao* –, que junto a su amigo Elías tendrían la suerte, o más bien la desgracia, de tenerme como vecino, porque eso sí, habían respetado mi cariño a la 109 dejando que permaneciera allí un año más. En cuanto a mis compañeros, algo insólito trajo el destino. Como ya mencioné meses atrás, Tomás era el habitante adecuado para *el Templo del Fuego*, y así aconteció, que le tocó vivir conmigo durante todo el largo año que nos esperaba. Junto a nosotros, otro carismático personaje: José Carrasco, *el Yonky*, sería nuestro compañero de sueños, de aventuras y de otras muchas cosas que, por censura, no se pueden relatar en este libro.

Hecho el reparto, cada cual fue a disfrutar de su primer día de clase, que precedería a una intensa tarde dedicada a conocer a nuestras nuevas compañeras (para conocer a los compañeros ya tendríamos tiempo en todo el año).

La primera noche sería, a la vez de mágica, fastuosa y fatídica. Todo comenzó días antes, cuando fui informado

de que Patri, Meyba y Chubesky tendrían que ocupar la antigua habitación de Zapatonos. Tras una desesperada llamada a Meyba hacia mi persona, tuve que prepararme tanto física como espiritualmente para realizar un exorcismo que ahuyentara a los fantasmas de ZP, también llamados “*zapatiestos*”. Llegada la hora acordada, llevé todos los materiales a la 102 para comenzar el ritual: aceite de oliva, trece velas pequeñas, una vela negra – muy importante –, la foto de Zapatonos y la estampa de una Virgen (pensábamos sacrificar a una virgen de verdad, pero lo consideramos un desperdicio para la humanidad y optamos por la estampa). Después de concienciar a todos los presentes de la peligrosidad del evento, comenzó la ceremonia; pero entonces ocurrió una terrible e irreversible tragedia. Magdalena abrió la puerta de la habitación violentamente, irrumpió nuestra concentración iluminativa y, por si fuera poco, nos robó las velas. La ceremonia, por tanto, no pudo concluirse, por lo cual los malos espíritus de Zapatonos estarían condenados a vagar sin rumbo por el internado durante toda la eternidad...

Lunes, 26 de septiembre

Apenas llevábamos dos días en la residencia cuando comencé a notar las primeras anomalías entre los novatos. Sucedió que, en una desvelación nocturna, subí hasta la segunda planta para acompañar a Nani en su puesto de guardia, donde me encontré con otros compañeros veteranos. Juntos, asistimos atónitos a la primera

revolución de los novatos. En la habitación 212, dos salvajes chicos, que pronto pasarían a llamarse *Farruquito* y *Chiquetete*, irrumpían el silencio de la noche con unos violentos movimientos de camas y sillas. En un alarde de valentía y curiosidad por saber lo que sucedía dentro, decidimos entrar. Por supuesto, dejamos que fuera nuestra monitora Nani la que entrara primero en tan misterioso habitáculo; nuestra sorpresa fue enorme cuando, al abrir la puerta, un intenso y desagradable olor a pólvora quemada salía precediendo a una densa nube de humo oscuro, tras la cual se encontraban los dos responsables de aquella masacre de medianoche. Al darse cuenta de que todos los asistentes estábamos en un estado de shock por los efectos del humo, Chiquetete y Farruquito negaron la existencia de fuego alguno. Por supuesto la respuesta de los dos individuos no nos pareció muy convincente. Aturdidos aún por los efectos del humo, nos adentramos en la habitación, y nos sorprendimos ante tan osado desorden. En mitad de la habitación se encontraba una mesita de noche, alrededor de la cual se agrupaban algunos novatos más, que con cara de asombro observaban como Nani descargaba toda su furia contra los dos nuevos personajes de nuestra lista negra. Llegó un momento en el que tuve que abandonar aquel lugar, pues mi mente y mi alma no podrían ya soportar la carga emotiva que conlleva ver unas imágenes tan violentas como inéditas, imágenes en las que llegué incluso a compadecerme de los dos novatos, que conocieron pronto la ira de Nani.

Aunque el ya veterano Pablo, primo del Sevi, no estuvo presente en tal barbarie, fue uno de los precursores

de las revoluciones de la segunda planta. Esto era algo que, durante el primer año, nadie habría podido imaginar, pero el ser ya veterano del internado supuso un cambio radical en la personalidad de Pablo, algo que habrían de remediar dos de mis compañeros semanas más tarde...

Martes, 27 de septiembre

Remitiéndonos a los personajes que todos los lectores de este diario conocen ya, hablaremos del chico más especial y carismático de Noguerones: Chapi. Este nuevo año, como consecuencia de la ausencia de Azahara, Eduardo *el Chapi* tenía que buscar a otra Dulcinea a la que robarle el corazón. De hecho, lo primero que hizo al regresar al internado, y durante los primeros días, fue analizar en profundidad el sector femenino, especialmente a las novatas; y bastó poco tiempo para que nuestro amigo se enamorara... de todas. Y es que el corazón de Chapi es tan grande, que necesita repartir amor. Comenzaba así la frenética búsqueda de Chapi, que se prolongaría durante bastante tiempo mientras el susodicho se dedicaba a recitar poesías y canciones – algunas de su propia producción – a toda aquella muchacha que tuviera tiempo y paciencia para escucharlo.

Miércoles, 28 de septiembre

Si hay algo que marcara notablemente todo el año sería la noticia que nos darían este oscuro miércoles y,

sobre todo, las graves consecuencias que traería consigo. José Manuel, el educador de la segunda planta, y un aliado contra las absurdas protestas de personas tan poco respetadas como el director o algunas monitoras, abandonaba la residencia. Durante el almuerzo se despidió de todos nosotros para irse aquella misma tarde. Según él mismo, el motivo por el que se iba era la obtención de una plaza en una residencia onubense, mucho más cercana a su hogar. Pero estas explicaciones me parecieron, además de insuficientes, absurdas. Estoy absolutamente convencido de que José Manuel fue desterrado por nuestro director; fue una estrategia para librarse de un hombre que podría haber desvelado sus planes más malévolos contra los residentes, como por ejemplo la manipulación genética que sufríamos por medio de los alimentos. Afortunadamente, y aunque perdimos a José Manuel, aún nos quedaba Vicente, el último valiente contra el imperialismo de Greyson.

Ahora quedaba en la residencia una vacante, la de educador para la segunda planta, donde se concentraban los residentes más salvajes y despiadados. ¿Quién tendría el valor suficiente para afrontar dicho reto? ¿Encontraríamos a alguien que supiera sobrellevar la situación tan bien como el desterrado José Manuel? Algunos anarquistas se plantearon la idea de recurrir a Cristóbal, *el Tipo Duro*, que ya en el año anterior había ocupado el cargo a principios de curso, cuando aún no se había incorporado el educador de los salvajes; pero nada más allá de la ficción. Era lógico que ni el director, ni los demás educadores, iban a permitir el regreso de *Tipo*

Duro, por miedo al desorden y el caos. ¿Quién ocuparía entonces el cargo?

Jueves, 29 de septiembre

Dicen que Dios da pan a quien no tiene dientes, y en este caso podríamos decir que el destino no nos trajo precisamente lo que necesitábamos. Si la dirección del internado temía la vuelta de Cristóbal por el desorden que podía provocar, el destino le guardó un castigo más enviando a la nueva educadora. Antoñita, que así se llamaba, llegó el jueves sobre las cinco de la tarde, y tras informarse del funcionamiento de la residencia, ocupó su puesto. Todos habían puesto en ella la esperanza de orden que se necesitaba, especialmente este año, en la segunda planta, llena de viles y crueles muchachos amantes de la barbarie. Pero las esperanzas se agotarían pronto, y apenas habían pasado dos días desde la llegada de la nueva educadora, el caos se había apoderado de la segunda planta y de todo el internado, pues los salvajes individuos que allí residían atemorizaban a todo el edificio con sus golpes y estruendos, y el desorden reinó durante todo el curso.

Octubre

Lunes, 3 de octubre

Llega un momento, cada quién sabe cuántos años, en el que la Luna se interpone entre la Tierra y el Sol... Un eclipse de sol sería el acontecimiento clave de este nuevo curso que haría cambiar radicalmente el metabolismo de los residentes e, incluso, de la gente normal. Ahora que lo pienso, no recuerdo nadie normal, pero sí que ocurrieron cosas extrañas.

Me viene a la mente la imagen de “el Pechuga”, mi profesor de dibujo técnico, sacándonos al patio como niños de parvulario para ver el asombroso eclipse. Sinceramente, era una excusa perfecta para dejar a un lado las tangencias y los abatimientos, pero la intención del profesor no era esa. Él realmente disfrutaba como un niño mientras, en un alarde de inteligencia sobrenatural, perforaba un oportuno agujero en medio de una gran cartulina negra y la exponía al astro rey momentos antes del suceso. Según nos explicó, trataba de demostrar un experimento probablemente inventado por él mismo proyectando las distintas fases del eclipse en el suelo de hormigón del patio del instituto. Sobra decir que el experimento fue un absoluto fracaso, pues lo importante es, siempre, pasarlo bien, y el Pechuga lo hizo, de eso no me cabe duda. Por culpa del profesor y sus increíbles experimentos, me despisté un momento y no pude

contemplar el eclipse, que no volvería a repetirse hasta quién sabe cuántos años... o siglos... o más.

De lo que sí puedo dudar es de los efectos secundarios del eclipse. Quizás la ciencia debería investigar más a fondo estos fenómenos y sus consecuencias negativas sobre las personas. En el internado, la gente parecía aturdida tras el eclipse. Sus miradas estaban como perdidas, sus sentidos no parecían captar lo que pasaba a su alrededor, sus mentes no funcionaban, el tiempo había dejado de existir para ellos. Me alegré entonces de no haber visto el eclipse, y me pregunté si sería yo el único a salvo de esta profunda crisis.

En los campos elíseos, o más comúnmente llamada, la tercera planta del internado, el revuelo se generaría con el regreso de Ángela, la Casimira. Y es que sus veteranas compañeras habían respetado la paz de las novatas con una promesa: no se harían novatadas hasta que la Casimira regresara. Las novatas, en un principio, no entendieron la razón de la tregua, aunque después comprobarían que Ángela, junto con Gloria y compañía, haría las noches de aquella semana inolvidables para las chicas novatas... es lo que tiene preguntar, la curiosidad también mató al gato.

Pero , sin lugar a dudas, el acontecimiento más importante del día habría de producirse aquella misma tarde, cuando, en una de esas profundas charlas con Vicente, nuestro deseducador, él mismo nos mostró algo que cambiaría nuestra percepción de la noche: con el cambio de mobiliario en la biblioteca, había quedado al descubierto un pequeño orificio en la pared, justo en el

lugar donde moría un cable, un cable que nos daría conexión a internet gratuito por todas las noches que allí nos quedaban, y que comenzaría esa misma noche. Pese a que Vicente sólo nos lo dijo, en un principio, a Tomás y a mí, una semana más tarde ya tendríamos que pedir cita si queríamos usar la línea alguna noche. No obstante, fue un gran descubrimiento que, además de robarnos muchas horas de aburrimiento, ocasionaría muchos dolores de cabeza a las monitoras nocturnas.

Miércoles, 5 de octubre

“¿Por qué le llamáis Yonky?”, nos preguntaban las monitoras a Tomás y a mí. La excusa era perfecta porque nuestro compañero se pinchaba cada noche una dosis de insulina (actualmente una droga legal), pero Tomy y yo sabíamos que el Yonky era conecedor de otras medicinas que no se compraban precisamente con receta médica. Lo que no íbamos a imaginar nunca, hasta ese día por supuesto, es que se hubiera metido en el Bachillerato de Artes para inhalar botes de spray; y es que incluso Tomás, cuyo estómago, como ya sabemos, sólo se revuelve con los macarrones, se tuvo que echar para atrás cuando, al entrar en la habitación, vimos a nuestro nuevo compañero rodeado de botes de pintura intentando, sin mucho éxito, pintar una pordiosera escultura que él mismo había construido en poliestireno expandido. El conocido corcho blanco, como comprobaría el propio Yonky, nunca fue compatible con las pinturas en spray que compraba,

aunque eso no lo supo hasta que vio consumirse su escultura bajo los efectos de la corrosiva pintura. Sorprendentemente, y esto es lo que más nos asustó, el Yonky, no dejaba de sorprenderse ante tal descubrimiento, y lejos de preocuparse por su trabajo de clase, disfrutaba pintando por doquier con sus peligrosas pinturas, e inhalando ese humillo de colores que iban desprendiendo. Por suerte para él, Tomás y yo nos dimos cuenta pronto y pudimos, en pocos días, desintoxicar a nuestro compañero de lo que podría haberse convertido, sin duda alguna, en otra de sus innumerables adicciones.

Viernes, 7 de octubre

La fama es algo por lo que hay que pagar muy caro, pero algunas personas se empeñan en ser “populares” por su cara bonita. Cuando accedí a darle a Manu una copia de la primera parte de este diario, lo hice para que se adaptara a nuestro ritmo de vida, para que asimilara la vida aquí, pero quiso el destino que media residencia leyera aquel libro, y a partir de entonces comencé a sentir la presión de ser el escritor de esta historia. Es sorprendente la falsedad de la gente cuando saben que depende de ti lo que se lea de ellos. Hubo muchos que desde entonces tenían siempre cuidado con lo que decían en mi presencia, con lo que hacían, e incluso trataban de hacerme ver cosas que no existían para que yo las redactara en este diario, y poder alardear ellos luego de sus buenas virtudes y su protagonismo. Pues no, señores de la hipocresía,

aprovecho esta página para que sepáis que me daba cuenta de ello y que en ningún momento os hice caso. Sabed que en este libro no se entra por vuestra cara bonita, si bien es cierto que algunos entraron por su cara antierótica, tal es el caso de Casimiro, pero él al menos nunca trató de ser como es, simplemente lo fue, nunca con falsedad. Escrito queda, pues las palabras vuelan.

Lunes, 10 de octubre

Hablando de Casimiro, que ya llevaba tiempo sin hacerlo, tremenda fue la paliza que, no se si con razón, le propinó Tomás, el Lazarillo, aquél lluvioso lunes. Yo me enteré, como me entero de la mayoría de las noticias importantes, estando tumbado en mi cama, que este año era la litera superior, pues el Yonky había llegado antes durante el reparto de habitaciones y se había instalado en la que fue mi cama el año pasado. Dejemos eso. La cosa es que estaba yo, como de costumbre a aquellas horas, aproximadamente las cuatro de la tarde, tumbado en mi cama cuando los berridos de Gloria irrumpieron mi silencio. En la calle, un puñado de muchachos animaban una pelea de la que desconozco su comienzo, y entre ellos, Gloria era, como de costumbre, la que se oía de lejos para anunciar un evento importante. Rápidamente me incorporé para ver desde mi ventana, que tenía una posición privilegiada para ver las cosas que pasaban en la puerta de la residencia durante la siesta, como mi compañero Tomás daba puñetazos a lo que parecía ser una persona. Dudé un

momento sobre si era, o no, persona, pero dicen que el mono aún no habla, y que los orcos no existen, así que lo llamaremos eso: persona. Como ya dije antes, se trataba de Casimiro. Algo habría tenido que decirle al Lazarillo que, por lo que pude ver, no debió sentarle muy bien, porque parecía no cansarse de darle golpes al pobre muchacho. Dudando seriamente entre los que le decían “déjalo ya” y los otros, que lo animaban a pisarle la cabeza, Tomás decidió dejar en paz al pobre Casimiro, seguramente porque mientras lo animaban, se le olvidó por qué lo estaba machacando. De hecho, no encontró un solo motivo cuando se lo pregunté. “Supongo que he tenido un mal fin de semana y necesitaba un desahogo”, me dijo cuando todo se tranquilizó. Ahora que lo escribo me doy cuenta de que el desahogo de los demás, era la razón por la que Casimiro estaba aquí. Le damos las gracias.

Martes, 11 de octubre

“¡Chapi, ha llegado un intruso, hay que echarlo! ¡Hay que echarlo!” gritaba despavorido el Sevi mientras corría como un pollo sin cabeza por los pasillos de la planta baja. Viendo su desesperación, y sin comprender lo que decía, le ayudamos a buscar a Chapi, su compañero, para que lo tranquilizara, pues su estado era lamentable. Chapi aparecía sudando por la puerta, y antes de que pudiera reponerse, el Sevi se lanzaba a por él.

– Hay que echarlo, – repetía el Sevi sin cansarse – lo

han metido en nuestro cuarto.

“Lo han metido en nuestro cuarto, lo han metido en nuestro cuarto”, las palabras del Sevi resonaban en la cabeza de su compañero hasta hacerlo gritar de dolor. Chapi salió corriendo para verlo con sus propios ojos. Entró a su habitación dando una tremenda patada en la puerta, pero el intruso no se encontraba allí. Una maleta vacía yacía en lo alto de la litera, y uno de los armarios que no se utilizaban, lucía ahora un brillante y robusto candado. Entonces lo comprendió.

Chapi y su compañero eran los privilegiados de la planta baja, pues disfrutaban juntos de una habitación doble (las demás eran triples), hasta que llegó él. Algunos lo vieron llegar, pocos hablaron con él. Se llamaba Rafa Blanco, y espero que su maldición, si la hubo alguna vez, sólo estuviera en el apellido.

Por suerte para mi tocayo, el deseo de matarlo que nació aquella misma mañana en Chapi y el Sevi duró poco menos de un día. Aquella misma noche, y después de pasar la tarde sentados en la puerta de la residencia, Chapi se dio cuenta de que el único pecado que había cometido su nuevo compañero era mirar a las chicas de la resi tanto o más, si cabe, que él mismo. No sé si tenían más cosas en común, pero a partir de entonces serían buenos compañeros. El Sevi, tras el consentimiento de Chapi, tuvo que admitirlo en su habitación, y si bien nunca estuvo tan compenetrado con el nuevo individuo como lo estuvo Chapi, al menos su deseo de matarlo remitió. Después de algunos días comprendieron que no era tan malo tener una habitación triple, aunque sólo hubiera dos duchas.

Lunes, 17 de octubre

Tras las innumerables quejas de Tomás y mías, Greyson ordenó a sus secuaces el último cambio de mobiliario que quedaba en el Felipe Solís: las nuevas estanterías de la 109. Desde que llegamos al internado hacía ya un mes, estuvimos luchando por no ser la única habitación que no disponía de estanterías nuevas. Finalmente, tras un lunes muy completito en el instituto, llegamos a nuestra habitación para comprobar con felicidad como, por una vez, nuestro queridísimo director nos había hecho caso. Quizá Greyson pensó que con las nuevas estanterías iba a conseguir que dejáramos de protestar por la reforma de nuestro cuarto de baño, por la que ya llevaba yo luchando más de un año, y por la que lucharía junto con Tomy y el Yonky hasta que abandonásemos definitivamente la residencia, por supuesto, sin obtener resultado alguno. Pero ese día el cuarto de baño no importaba. Teníamos tres estantería nuevas (misteriosamente, una más que muchas de las habitaciones de la planta baja) que el Lazarillo di Touma se encargaría de llenar de artilugios “made in China” durante todo el curso. Ese día, lo celebramos con una siesta hasta las ocho.

El Retorno de Pili

Y fue después de las ocho, al levantarnos de nuestra rutinaria siestecita – dos veces por semana, cuando

salíamos al centro, la siesta terminaba a las seis –, cuando nos dimos cuenta de que en la residencia estaba pasando algo. El vivir al lado del despacho de Vicente hizo que no tardáramos mucho en enterarnos de lo que era. La monitora por excelencia, y una de las dos a la que no juré matar – junto con Magdalena –, había vuelto. Al parecer, sus vacaciones de verano se habían alargado más que el elástico de las bragas de Monserrat Caballé, y fue este lunes soleado de octubre cuando se incorporó como monitora de la resi. Volverían aquellas conversaciones hasta la una de la madrugada en los despachos, volverían esos gritos nocturnos que irrumpían el silencio con nombres como Oteros – en el primer año – o Roberto, en este que comenzábamos. Volverían los tirones de orejas y volverían a despertarme a zapatillazos los martes por la mañana, y todo eso se resume en dos palabras: volvía Pili.

Martes, 18 de octubre

Cambiamos de día, cambiamos de monitora. Y no es que fueran de quita y pon, que no todas eran así, pero el martes Pili dejó de tener protagonismo, y no es para menos. Yo me enteré después de merendar, cuando caminaba hacia mi habitación comiéndome un donut, más que probablemente, caducado, que me acababan de dar las cocineras. Roberto corría. Ana, sin saber por qué, corría tras él como corría detrás de alguien cada vez que pasaba algo que apuntaba a ser importante. Entonces lo supe. Lo

supe yo y lo supo todo el que se encontrara en la residencia aquella tarde, porque de todos es sabida la capacidad de Roberto para ocultar secretos, y sobra decirlo, para propagarlos: Nani estaba embarazada.

Quizá si Nani no estuviera casada esta noticia sería más interesante, o quizá si el niño que iba a nacer fuera producto de una reunión en el despacho de monitores, sería una buena exclusiva... Pero quizá si este libro hablara de cuernos no sería yo quien escribiera. Aquí las cosas se cuentan como fueron, y si bien no puedo expresar con palabras el rostro de Roberto al contárnoslo en los pasillos, si puedo decir que la noticia fue acogida con agrado por la mayoría de los residentes. Unos porque se alegraban por Nani, otros porque suponían que la monitora se daría de baja, pero no importan los motivos cuando la alegría es protagonista. Sin embargo, y esto tengo que decirlo, a los que esperaban la baja de Nani les quedaban muchas semanas que verla por los pasillos, y sobre todo, por escucharla.

Miércoles, 19 de octubre

¿Qué es un friki? Difícil respuesta para tan absurda pregunta. Una vez hablé de lo idiotas que nos ponemos el día de los enamorados. Flores, cartas, dedicatorias, bombones, peluches, e incluso algo que supera toda lógica: gente disfrazada de cupido. Pues bien, he aquí mi respuesta. Enamorado es alguien tan colgado que es capaz

de disfrazarse de cupido el 14 de febrero; friki es alguien que lo hace el 19 de octubre.

Armados con arcos de plástico “made in China” y flechas de goma, Manu y yo nos lanzamos al patio del Felipe Solís para ayudar a un amigo. Y es que lo de Parrilla con Rosario, *la Picachu*, era ya insoportable. Días antes Patri le había regalado a Rosario una cadena de acero para que sacara de paseo a Parrilla, que se había convertido en un perrito faldero de lo más patético. Pero nosotros queríamos hacerle un regalo menos violento, queríamos darle un buen flechazo a *la Picachu* que acabara de una vez por todas con el suplicio de mi antiguo compañero de habitación. Ni que decir tiene que no sirvió de nada el flechazo que le propiné entre ceja y ceja, pero fue una tarde divertida... y una noche, porque cuando a dos frikis les da por algo, les cuesta dejarlo, y Manu y yo, sin ánimo de echarme flores, lo éramos.

Y así, propinando flechazos de amor por doquier, pasamos las horas, brincando con nuestros arcos de plástico detrás de las chicas del internado mientras ellas, despavoridas, corrían pensando que las flechas eran, en verdad, peligrosas para sus delicadas vidas. Sinceramente, al verlas corriendo delante de semejantes locos infantiles, como nos llamaban a nosotros dos, me daba que pensar sobre quién de las dos partes era más estúpida: los cazadores, o las presas.

Más tarde, al ponerse el sol, me daría cuenta que tanto cazadores como presas quedaríamos en un segundo plano cuando vi pasar delante de mi una estampida de chicas que casi me arrolla. Lo peor es que, al reponerme,

vi como entre ellas iban también varios chicos desesperados, corriendo como si tras ellos viniera una plaga de ladillas asesinas del Amazonas. Asustado, pregunté qué pasaba a Arturo, que casualmente se dirigía también al internado. “Va a bailar el gogó”, me dijo, lo que me dejó un poco trastornado. Tras él, entre en el internado en busca de una explicación medianamente lógica. Dentro, una manada de residentes subía hasta la primera planta para contemplar el espectáculo. En el pasillo de la planta baja, estaba Patri, que me explicó lo que estaba ocurriendo arriba.

Al parecer, uno de los novatos de la primera planta trabajaba, en sus ratos libres, y en el bar de su padre según mantenía Patri, como gogó. Esta noche, tras las peticiones de Gloria y amigas, iba a hacer un streeptease antes de que las monitoras pasaran lista. Antes de que Patri terminara de explicarme tal barbaridad, comenzó a oírse una música de la llamada “*Requesón*” encima de nosotros, por lo que corrimos hacia la escalera. Sin intención de contemplar el espectáculo de nuestro compañero, nos asomamos desde la base de la escalera y vimos, sorprendidos, como una gran concentración de gente se agolpaba por ver el dichoso baile, con desnudo incluido, y quién sabe si más de uno no llevaba preparados los billetes de cincuenta para meterlos en los calzoncillos del bailarín. Sin deseo de comprobarlo, nos fuimos al cuarto de Patri, aprovechando el momento para robarle las gominolas a Meyba.

Lunes, 24 de octubre

La Reconquista

Eran ya muchas noches. Demasiadas. Yo pasaba gran parte de mi tiempo acostado, y para eso hacen falta dos cosas: buenas notas, que tengan callados a los educadores en las horas de estudio, y una buena cama. Lo primero lo tenía, y Vicente nunca me obligó a cumplir los horarios establecidos; en cuanto a lo segundo, yo había pasado un año entero durmiendo en la cama individual que había en la 109. En frente, dos literas, y este año me había tocado dormir en la de arriba. Fue algo inevitable, ya que el primer día de clase, durante el reparto de habitaciones, el Yonky fue el primero en llegar, aprovechando para hacerse dueño de la cama individual, dejando las literas para Tomás y yo, a los que aún no conocía. Al parecer, el haber dormido un año entero en esa cama no me daba derecho a reclamarla, al menos por vía legal.

Pero ya no aguantaba, no podía seguir durmiendo en aquella litera en la que dormía cada noche con el miedo de caer al vacío, con la inseguridad de levantarme y encontrarme en mi cabeza el falso techo, que distaba poco más de un metro de mi cama. Ese día, después de comer, el Yonky había ido con algunos amigos a tomar café al bar *Deportivo*. No podía desaprovechar esa oportunidad. Con gusto, el Lazarillo me ayudó a desahuciar la cama del Yonky, despojándola de sus sábanas para dejarla como la encontramos el primer día. Melancólico por la que había sido mi fábrica de sueños durante todo un año, me instale en mi antigua cama y, sin que sirviera de precedente, hice

de forma magistral la que sería la nueva cama del Yonky. Cuando éste llegó a la habitación, Tomy y yo ya estábamos durmiendo nuestra necesaria siesta. Despierto por el portazo que dio al cerrar, abrí lentamente mis párpados sin que el Yonky se diera cuenta y pude ver como, resignado, y después de ver sus sábanas tan bien puestas en la litera alta, no pudo más que comprender que, como novato, tendría que dormir ahí en lo que restaba de año. Un par de noches después, el Yonky ya se habría acostumbrado a la litera, y yo, de nuevo en mi preciada cama, volvería a dormir tranquilo.

Miércoles, 26 de octubre

Había días, sin saber por qué, en que a Greyson le daba por discutir, y la víctima era, supongo que por la facilidad de discusión que tenía, casi siempre Tomás. Quizá por ser su compañero, y por vivir en frente de su despacho, yo era otro de sus favoritos para esos días. Pero Tomy era el primero, y el miércoles ya tocaba. Fue en la biblioteca, mientras Patri y yo planeábamos la misión de aquella noche. Greyson, aburrido como cada tarde, se paseaba por la biblioteca sin saber qué decir. Entonces vio al Lazarillo y reaccionó. De repente, sus ojos cambiaron de color y pudimos ver, una vez más, al auténtico director. Lanzándose violentamente contra mi compañero, y ante la atónita mirada de éste bajo su gorra, comenzó a lanzar amenazas referentes a Maillo (el único nombre que hacía palidecer a Tomás) y, una vez desahogado, se fue. Todo

había pasado, y así hasta la semana siguiente, y como cada semana, cuando Greyson necesitara de nuevo desahogarse y nos buscara a Tomás o a mí.

Mientras, Patricio y yo terminábamos de planearlo todo. Horas después, cerca de medianoche, mi teléfono móvil vibraba. Era la señal. Segundos después, la puerta de Patri se abría a la par con la mía para ocasionar el menor ruido posible. Ambos salimos al pasillo donde Roberto nos esperaba. El primer obstáculo para llegar a la cima del internado era fácil. A Pili, que se encontraba de monitora en la primera planta, le bastó una pequeña mentira: creyendo que nos dirigíamos a la primera planta, nos dejó pasar. La verdad es que no era del todo mentira, sólo que no pararíamos en la primera planta. Esta vez queríamos llegar más alto, y sólo restaban unos minutos para medianoche. Confundir a la monitora de la primera planta sería una tarea, en teoría, mucho más difícil, pues María del Mar era la encargada de que ningún tráfuga pudiera llegar hasta la planta de las chicas. Afortunadamente contamos con una ayuda que no esperábamos. Como cada noche, Arturito estaba tomando su batido de vainilla en el despacho de María del Mar mientras la entretenía con sus especiales temas de conversación. Sin pensarlo ni un momento, Roberto, Patri y yo subimos rápida y sigilosamente la escalera que nos llevaría al Edén del internado. En pocos segundos, lo habíamos logrado. Estábamos en lo más alto, y sin intención de bajar. Por suerte, Patricio se había encargado de esto y había llegado a un acuerdo con Magdalena, monitora que custodiaba a las chicas aquella noche, para

que nos permitiera estar allí arriba con nuestro noble fin.

Antes de darnos cuenta, ya era la hora. El reloj daba las doce y, al unísono, los tres tráfugas, junto con nuestra monitora favorita, cantábamos un desafinado pero melódico “cumpleaños feliz” para las niñas más parecidas que había en aquella planta. Las mellizas Mercedes y Elizabeth acababan de cumplir 17 años, y con motivo de su aniversario acabábamos de despertar a toda la planta. Fue difícil llegar hasta allí, ese lugar que tantos problemas trae a quienes lo frecuentan, pero mereció la pena cuando, tras las Mellis, una docena de chicas despeinadas salían en pijama asustadas por lo que estaban contemplando. Aturdidas, y sin entender lo que ocurría, se acercaron al despacho de Magdalena, donde se sorprendieron al encontrar a tres individuos que, por la política sexista de la residencia, no deberían estar allí. Algunas, avergonzadas, se volvían a encerrar en sus habitaciones, otras aprovechaban los instantes de confusión para deambular libremente por los pasillos. Entregados los regalos a las mellizas, y cumplida por tanto nuestra misión, comenzamos a bajar la escalera que conducía a la primera planta, donde María del Mar se sorprendía al ver que, gracias a Arturo, habíamos logrado burlar su autoridad. Creo recordar que nos hizo algunas preguntas, pero tanto mis compañeros como yo seguimos bajando escaleras hasta llegar a nuestro pasillo, donde Pili, que aún no se había enterado de lo que ocurría, nos dio las buenas noches antes de que nos fuéramos a dormir.

Noviembre

Miércoles, 2 de noviembre

Después del largo puente, que como siempre se hizo corto, del día de los muertos, regresamos al internado. Como era ya rutina, yo fui uno de los primeros en llegar, y Tomás entraría después de mí a la habitación. Algo raro intuí en el momento en que entró el Lazarillo: Normalmente, antes de que él viniera, yo oía a Patri llegar y entrar a la 102, pero aquel día no fue así. Al principio no le di más importancia, pero el miedo llegó cuando entró Manu. Lo vi pasar por el pasillo y rápidamente me dirigí a su habitación para saludarlo. Mientras deshacía su maleta, le pregunté si sabía algo de Patricio, a lo que respondió afirmando con la cabeza. Entonces echó su ropa hacia un lado, sacó un arco de madera de pino de su maleta y, alzando la vista, dijo: “Patri no va a venir”.

Días antes, cuando actuamos como Cupido, Mano propinó varios flechazos a Patricio sin razón aparente, a los que el estepeño respondió con patadas giratorias. Pero yo nunca pensé, hasta ver el arco de madera en la maleta de Manu, que aún le guardara rencor a su, hasta entonces, amigo. Realmente sentí miedo cuando aquel elfo barrigudo comenzó a sacar un puñado de afiladas flechas de entre sus camisas, pensando que quizá alguna de ellas hubiera acabado con la vida de Patri. Rápidamente giré

sobre mí mismo para salir de la habitación del pánico para encerrarme bajo llave en la 109, pero entonces Manu, entre risas, habló de nuevo:

– El sábado, durante un partido, se lesionó – dijo el herrereño –, me llamó ayer para decirme que no vendría hasta mañana, le han puesto una escayola.

De repente, todos mis miedos se desmoronaron cuando creía ya estar al límite de mis posibilidades. Patricio era jugador de rugby de los “Lobos Esteparios”, que habían jugado el sábado anterior el que sería el último partido de mi amigo. Más tarde, Manu me enseñó el arco que había comprado a unos indios en el mercadillo de su pueblo, y con el que pasaría la tarde disparando a los árboles que rodeaban la cancha de baloncesto del Felipe Solís.

Jueves, 3 de noviembre

24 horas después, en la mañana del jueves, Patricio aparecía en la residencia acompañado por su padre, una escayola en la pierna derecha, y dos muletas. Aunque yo confiaba en las palabras de Manu, el miedo de haber perdido a uno de mis compañeros no desapareció del todo hasta que comprobé con mis propios ojos la lesión del estepeño. Su padre, tras dejar la maleta en su habitación, se fue por donde había venido dejando a su minusválido hijo – o miniválido, como él se autodenominaba – en el internado. Casi un mes estuvo Patri caminando a saltos con sus muletas, que fueron objeto de muchas peleas. La

primera, y quizá por ello la que más me entusiasmó, se produjo esa misma tarde.

Fue después de comer, cuando abrieron el internado y, como cada día, la gente entraba agolpada, cuando Longano, el compañero de habitación de Parrilla, comenzó a insultar al Real Madrid. Pese a que todos los residentes nos reíamos con él, había alguien a quien no le hacía ni pizca de gracia que se insultara a los galácticos. Sergio saltó ferozmente encima de Longano para comenzar la que sería una de las peleas más espeluznantes que veríamos en el internado. Cruces de puñetazos que surcaban el vestíbulo de la residencia, dos muchachos, ambos mentalmente divergentes – aunque esto sólo fuera oficial en uno de ellos – que se atacaban, rodeados de la multitud que aclamaba. Tras un sinfín de golpes y bocados por parte de Sergio, y cuando su oponente estaba ya agonizando, un rayo de esperanza lo iluminó. Longano, en un arrebato por no perder la vida ante tal bestia, le arrebató una de sus muletas a Patri, que se encontraba en primera línea del círculo que se había formado alrededor de los gladiadores. Armado con una muleta y una dosis renovada de confianza, Longano se acercaba a Sergio con la intención de vengarse. Pese a las mordeduras, ahora parecía fuerte, seguro de sí mismo. Comenzó entonces a propinar muletazos a diestro y siniestro cual torero se tratara, hasta que, cuando parecía que la pelea tenía ya un claro vencedor, Patri se acercó a Sergio para darle su otra muleta, quedando completamente desequilibrado y cayendo bruscamente al suelo. Una vez recogimos el cuerpo inmóvil de Patri, Sergio lanzó una mirada asesina a

su oponente que hizo estremecer a todos los presentes. A partir de ahí todo fue un monólogo del niño de una sola paleta. Sergio daba feroces golpes a Longano, que sólo podía utilizar su arma para protegerse de los golpes de aquella bestia que parecía querer arrebatarse la vida. Entonces sucedió de nuevo. El rayo de suerte que acompañaba aquel día al carteyano Longano – que por cierto, se llamaba Jaime – volvió en forma de educador. Se acercaban las cuatro de la tarde y Vicente aparecía tras la puerta principal del internado. Nada más cruzar la puerta, Sergio oyó el sonido metálico de las llaves de Vicente, sonido que sólo podía significar una cosa: la sala de informática estaba a punto de abrirse. Sin importarle nada más, Sergio tiró al suelo la muleta de Patricio y recorrió a toda velocidad el pasillo que lo llevaba hasta la sala de informática donde, segundos después, estaría jugando al ya famoso “*juego del pingüino*”.

Por suerte para Longano, aquel pingüino le salvó la vida, y nunca más volvió a meterse con el Real Madrid.

Miércoles, 9 de noviembre

No sólo ocurrían desgracias en el internado y esto era, en parte, gracias a personas como Tomás y yo, que cada día tratábamos de hacer de nuestra residencia un lugar más ameno y agradable. Así, tras pasar la tarde en el bazar de los chinos, decidimos montar un casino. Aprovechando que nuestra habitación, la famosa 109, era una de las más concurridas del internado, no tuvimos

problemas en cuanto a la proliferación de nuestro nuevo negocio. Tomy y yo compramos un amplio surtido de artículos de juego y apuestas: una baraja de póker, cartas españolas, un dominó e incluso una ruleta, algo demasiado sofisticado para nuestro compañero, el Yonky, circunstancia que aprovecharíamos pronto. Y es que, después de una tarde entera entreteniendo a todo el que pasaba por la 109, Tomy y yo nos propusimos un objetivo más productivo: desplumar al Yonky.

Mientras nosotros paseábamos por el centro de Cabra buscando entretenimiento, nuestro compañero se dejaba sus ahorros en el Lidl, llenando su armario de gominolas, galletas, chocolates y demás alimentos que, por su enfermedad, no podíamos permitir que devorara. Así, ambos nos confabulamos para ayudar a nuestro amigo y, de paso, ahorrarnos dinero en chucherías.

El pobre Yonky, tan inocente como siempre, se interesó en aprender a jugar al póker mientras Tomy y yo lo hacíamos, así que, tras una mirada cómplice, decidimos explicarle las reglas del juego. Minutos después, comenzaron las apuestas, y para cuando sonó la sirena que anunciaba la hora de la cena, el Lazarillo y yo ya habíamos ganado medio paquete de galletas Príncipe, una bolsa de ositos de gominola, dos cigarros – que di íntegramente a Tomy a cambio de unas galletas – y una bolsa de patatas. El Yonky solamente había ganado dos amigos con los que apostar siempre que quisiera.

Durante la cena, contamos nuestra hazaña a Peter y Pacoto que, tras reírse a espaldas del Yonky, nos convencieron para que les dejásemos jugar aquella noche.

Tal y como acordamos, después de que las monitoras pasaran lista, Peter y Pacoto entraron silenciosamente a nuestra habitación para seguir despojando a nuestro amigo de todo lo que había comprado aquella tarde. Cerca de las once de la noche, habiéndonos asegurado ya de que el Yonky no se moriría de una subida de glucosa, nos fuimos a dormir, no sin antes prometerle que, si se portaba bien, le regalaríamos unas galletas.

Un par de días después, bajo la impotencia de no poder controlar la cantidad de gente que frecuentaba nuestra habitación, nos vimos obligados a cerrar el casino.

Miércoles, 16 de noviembre

Como ya expliqué en el primer libro de este diario, yo sospeché desde un principio que en el Felipe Solís realizaban experimentos bioquímicos con los residentes, peligrosa afirmación que cada vez tenía más clara. A mediados de noviembre, la investigación estrella era la relacionada con la gripe aviar, tan de moda en estos meses y que tan asustado tenía al gobierno español. No me cabe duda de que la OMS, Organización Mundial de la Salud, llegó a un acuerdo económico con Greyson, nuestro director, para que nos utilizara en la investigación del mortífero virus. Así, esa semana fueron hasta siete veces en las que nos pusieron pollo para comer, en sus distintas formas. Ya fuera frito, asado, empanado o en forma de croquetas de dudosa elaboración, ya fuera en cenas o

almuerzos, el pollo estuvo presente en la mayoría de las comidas que hicimos esa semana. Desconozco si los resultados de tal investigación fueron buenos o malos, pero me parece indignante que a nuestros padres, que se sienten orgullosos de enviar a sus hijos a un lugar donde, suponen ellos, están para estudiar, se les oculten estas investigaciones en las que se nos tiene como conejillos de indias y que, quién sabe, podrán guardarnos graves secuelas para el futuro.

Desde mi humilde perspectiva de redactor de este diario, pido a las autoridades, gobiernos, ONGs y demás colaboradores de la justicia que se tomen cartas en este sucio asunto, espero que estas palabras sirvan para que los futuros residentes no sufran los desequilibrios intestinales que nos tocaron sufrir a mi y a mis contemporáneos en el Felipe Solís.

Lunes, 21 de noviembre

Aunque los residentes del Felipe Solís teníamos ya el estómago inmunizado, las investigaciones con el pollo sí que tuvieron efecto en algunos novatos, especialmente en el Yonky, quien vivió su peor noche en el internado este fatídico lunes.

Después de una frenética tarde, en la que las monitoras se pasearon por todas las habitaciones para apuntarnos a los diversos equipos que se estaban haciendo con motivo de los campeonatos deportivos de 2006 – este año, Tomy y yo fundamos un equipo de voleibol que

llegaría más lejos que el fútbol y el baloncesto –, el Yonky comenzó a sentirse mal. Cierto es, que pese a su diabetes, se había pasado la tarde con Peter y compañía fumando esas plantas aromáticas que legalizaron hace años en los Países Bajos, pero estoy seguro de que, por encima del cannabis, el pollo de la semana anterior fue el culpable de los desequilibrios de mi compañero. Ya en la cena, el Yonky aseguraba no estar bien, pero fue después de acostarnos cuando todo ocurrió.

Pasaban de las once de la noche cuando Pili se sorprendía con los análisis de sangre del Yonky, que presentaba una impresionante subida de glucosa. En términos de Tomás, que dormía justo debajo del enfermo, estaba “*frito*”, lo que nos trajo problemas durante toda la noche. Eran casi medianoche y la 109 se llenaba de monitoras tras conocerse que el azúcar seguía ganando terreno en las venas del Yonky. En la habitación, que cada vez tenía más gente, Tomy y yo no podíamos dormir. Fue entonces cuando Pili decidió llamar a los servicios médicos del hospital Infanta Margarita, que estaba poco menos de un kilómetro de la residencia. En ese momento, la glucosa hizo de las suyas y cambió radicalmente a nuestro compañero. El Yonky, aparentemente sin fuerzas, comenzaba a gritar descaradamente a la monitora:

– A mí no me pincha nadie – amenazaba el Yonky –, atrévete a llamar a esa gente y te parto la cara.

Sorprendida por su actitud, Pili intentaba convencer al moribundo de que la única opción era llamar a los médicos, únicos capaces de salvarle de una muerte más que evidente. Levantándose de su litera, el Yonky seguía

insultando ferozmente a Pili, alegando que se encontraba perfectamente. Sinceramente, llegue a pensar que mi compañero estaba tan sano como yo al verlo discutir, y si no hubiera sido porque cuando Tomy lo soltó, el Yonky se precipitó al suelo, me hubiera convencido.

Minutos después, con la llegada de los médicos, Tomy y yo tuvimos que ayudar a las tres monitoras a sujetar al Yonky, que pese a estar moribundo, seguía sacando fuerzas para evitar aquella terrible aguja. Cerca de las dos de la madrugada, y con nuestro amigo recuperado gracias a aquel pinchazo vital, sus padres llegaban a la residencia para llevárselo a Montilla, su pueblo natal, y en el que estudiaba su hermano gemelo – por alguna razón los separaron –, para seguir allí su recuperación. Por fin Tomás y yo pudimos dormir tranquilos aquella noche, y todas las noches que quedaron hasta el lunes siguiente, cuando el Yonky volvía al internado para pedir perdón a Pili por todas las cosas que, queriendo o sin querer, le había gritado aquella noche.

Martes, 22 de noviembre

Pero, sorprendentemente, no sólo pasaban cosas extrañas en la 109. La noche del martes, algo inquietante sucedería en la 101, donde Chapi y el Sevi estudiaban mientras Rafa Blanco se fumaba un cigarro sentado en la ventana – me gustaría ver la cara de Greyson cuando lea esto –, mientras observaba las luces de los coches que

pasaban cerca del internado. Ahí, sentado en la ventana, Rafa comenzó a escuchar unos extraños sonidos en la calle, a los que no dio importancia. Así, después de relajarse con unos cigarritos, se puso a estudiar junto con sus compañeros.

Pasaban apenas unos minutos de la medianoche cuando, mientras Chapi estudiaba al lado de la ventana, levantó la cabeza para descansar un poco los ojos y, casualmente, miró hacia el exterior. Entonces lo vio: al otro lado de la ventana, un hombre de aspecto extraño – “*chungo*” es la palabra que usó Chapi para describirlo – lo miraba fijamente. Chapi se levantó en un acto reflejo, y a su vez el extraño comenzó a correr por el patio de la residencia hacia las oscuras calles de Cabra. Mi amigo se asomó de prisa a la ventana, pero no pudo reconocer al individuo, que apuntaba a ser un drogadicto de tantos que pasaban las noches en los alrededores del Felipe Solís. Sin embargo, y con el miedo de que aquel desconocido estuviera espíándonos, Chapi salió disparado de su habitación para contarle a Pili lo que acababa de ver. La monitora, aturdida, llamó de inmediato a la policía local, que no quince minutos en llegar al lugar de los hechos. Tras recorrer un par de veces la zona, la pareja de policías se fueron sin darnos muchos datos, alegando que seguramente se tratara de un drogata o un borracho que deambulaba por allí. Sin embargo, algo extraño pudo ver Chapi en los ojos del policía que parecía ser el jefe, lo que nos hizo dudar a todos: ¿Era un simple desgraciado aquel hombre, o acaso estaban vigilándonos? Y si era así, ¿por qué nos vigilaban? ¿Qué estaban investigando? ¿Y por

qué en la habitación de Chapi? Son incógnitas que no pudimos resolver y que, por desgracia, estarían persiguiéndonos durante toda nuestra estancia en aquel lugar.

Miércoles, 30 de noviembre

Desde que, en uno de nuestros rutinarios paseos al centro de la polis egabrense, Tomás y yo compráramos aquel quemador de incienso en la misma tienda donde adquirí los materiales para el exorcismo, muchas fueron las tardes, y las noches, que pasamos estudiando con diversos y suaves aromas. Vainilla, coco, jazmín, marihuana – éste lo compró Tomás – o azahar eran varios de los olores de las barritas de incienso que quemábamos en la 109. Pero aquella tarde se me fue la mano, y al Yonky se le fue la cabeza. Después de merendar, puse una barrita de un incienso cuyo nombre no recuerdo, que Patri trajo de una feria medieval a la que había asistido. Poco después de encenderla, me fui a dar una vuelta para despejarme de la siesta de la que acababa de despertarme, con la intención de volver una hora después para estudiar. Para cuando volviera, la habitación tendría un dulce olor que emulaba a un castillo de la alta Edad Media. Pero no fue así. Al salir, el Yonky cerró la ventana y, sin saber por qué, dejó la puerta abierta, algo que supuse al llegar de nuevo al internado, cuando Tomy y yo comenzamos a sentir un intenso olor a incienso nada más llegar al hall de la residencia. Entonces me temí lo peor. Corrimos los dos

hacia nuestro cuarto, pero antes de llegar, una voz nos frenó. Pili nos dijo que, si queríamos recuperarlo, tendríamos que pedirlo el viernes en el despacho del director. Al principio no sabíamos a qué se refería, pero al llegar a nuestra habitación, que estaba abierta, el quemador de incienso, una preciosa caja de madera india adornada a mano con grabados antiguos y piezas doradas, había desaparecido.

Más tarde, cuando lograron tranquilizarme, el Yonky nos explicó que, cuando las monitoras olieron el incienso desde la primera planta, bajaron con cara de pocos amigos y se dirigieron directamente a la 109, ya que conocían mi afición y la de Patri por los aromas, y como mi habitación estaba más cerca, no lo dudaron. Después de lanzarme contra el Yonky por su indisciplina, y sobre todo por no haber defendido el quemador con uñas y dientes ante las monitoras, Tomy me convenció para que no lo matara, y tras media docena de galletas, hicimos las paces.

En la tarde del día siguiente, y no voy a explicar cómo, recuperamos el quemador.

Diciembre

Lunes, 12 de diciembre

Después de un larguísimo puente, que más bien apuntaba ya a acueducto, volvimos a la rutina. Y lo hicimos, precisamente, el día que Tomás se hacía mayor de edad. El 12 de diciembre, Tomy cumplía 18 años para seguir siendo, rompiendo toda esperanza de Maillo, el mismo Lazarillo de siempre.

Y es que incluso en el día de su cumpleaños, cuando quise llevarlo a un lugar donde fuera realmente feliz, la tienda de los chinos fue el único sitio. Dudé entre los chinos o los moros – que también venden productos chinos –, pero finalmente me decidí por los orientales. Allí, en la cúspide del *made in*, en el almacén de lo imposible, el Lazarillo buscaba algo que aún no tuviera en las estanterías de la 109. Y lo encontró. Después de pasar por el cajero, Tomy salió de la tienda con una bolsa de gomillas y una sonrisa en la cara, cual niño que estuviera a punto de abrir un huevo Kinder.

Cuando le pregunté para qué quería aquellas humildes gomas, Tomy se limitó a sonreír, pero al llegar al internado, lo supe. Mis peores temores se hacían realidad en el aniversario del Lazarillo. Nada más llegar a la habitación, comenzó a destrozar su cuaderno de literatura, fabricando con las hojas de papel la metralla que lanzaría a sus oponentes, usando como arma las

gomillas que acababa de adquirir. Entonces comprendí algo que me salvaría la vida: o mi aliaba a mi compañero, o sería una víctima más de la catástrofe que se avecinaba. Instintivamente, cogí mi cuaderno de literatura y comencé a recortar hojas, a lo que Lázaro respondió con una mirada de agradecimiento. Aquella noche, juntos, comenzamos nuestro particular entrenamiento lanzando bolas de papel al Yonky, nuestro más leal amigo. A la mañana siguiente, nuestro entrenamiento continuaba con el resto de nuestros compañeros del internado, particularmente contra los residentes de la primera planta. Pero no eran ellos nuestro objetivo, sino simplemente, las cobayas de entrenamiento. El objetivo era otro. Tomás lo sabía; yo lo sabía. Y fue precisamente durante una clase de literatura cuando descargamos toda nuestra munición contra él. Se llamaba Montes, y era nuestro compañero en el instituto. No he hablado de él en este diario, pero es que Montes, merece su propia historia.

Martes, 13 de diciembre

Martes. Ni te cases ni te embargues. Pero sobre todo, no patea al Pichi.

Esta fue la conclusión que sacó Tomás cuando ya llevaba un día entero siendo mayor de edad, y es con sus 18 años, no podía ya permitir que el resto de carteyanos le perdieran el respeto. Después de un durísimo día de clases – dedicado aún a batir a bolillazos a Montes –, Tomy regresaba al internado cuando Javi, *el Pichi*, comenzó a

decir obscenidades en voz alta sobre *Il Lázaro di Touma*. Tomás, violento como siempre, se dirigió enfurecido hacia su oponente. Tras sopesar los efectos que conllevaría el lanzarle una de sus bolas de papel, pensó que quizá una patada de las suyas sería más devastadora. Así, acercándose cada vez más al Pichi, Tomy quiso recordarnos aquel episodio de *Street Fighter* en que vimos por primera vez la *Patada de Fuego* de Ken, y alzando su pierna derecha en el aire, la bombeó con fuerza hacia el Pichi, con tan mala suerte que, al golpearle, su rodilla le jugó una mala pasada, cayendo ambos al suelo tras el tremendo choque.

Pasada la conmoción, fuimos a levantarlos. Sorprendentemente, el Pichi conservaba aún sus piernas, y dijo sentir solo un pequeño dolor en su tobillo. En cambio, y como paradoja de este martes 13, Tomy aún yacía en el suelo, y tras un gran esfuerzo entre cuatro compañeros, conseguimos levantarlo y sentarlo en uno de los bancos cercanos al comedor. Tomás, aturdido, nos confesó que en el instante interior al golpe, quiso poner en práctica la famosa *Patada Giratoria* del gran Chuck Norris, pero en ese momento, quizá por falta de práctica, o de destreza suficiente, su rodilla cedió, dejándolo gravemente lesionado. Lo intentamos todo por ayudarlo, incluso hubo un desconocido, de aspecto algo extraño, que se acercó y dijo: “Lázaro, levántate y anda”, pero sólo consiguió hacer reír a Sergio, que se encontraba presente.

Afortunadamente, Tomy y yo, pese a ser vulnerables, nos reponíamos fácilmente tras una buena siesta. Y así, a las ocho de la tarde, recién levantado, Tomy volvía a caminar.

Miércoles, 14 de diciembre

Hacia días, al señor ZP – y me refiero al presidente del gobierno, no al ya olvidado Zapatonos – se le había ocurrido lanzar la LOE, una ley que nunca supe entender muy bien, pero que nos sirvió, al menos, para perder un día de clases en el Felipe Solís. Así, aprovechando la huelga convocada para el día 14, y después de asistir a clase de nuestro esquirolo maestro de matemáticas, Tomy, Merino y yo decidimos dar un paseo por Cabra con dos de nuestros compañeros – o tercios, como se diría en carteyano – de clase, Luis y Montes.

Lo primero fue tomarnos unas copas en el bar de siempre, solo que a Luis resultaba no gustarle aquel local, por lo que nos vimos obligados a dejarle elegir dónde quería tomarlas, con tan mala fortuna, que fuimos a caer, por culpa de aquel menciano, en el mismo bar de mala muerte donde en aquel preciso momento Greyson estaba emborrachándose. Perfecto, Luis acababa de echarnos a perder el día, por lo que acordamos, a partir de entonces, tomar las decisiones Tomy y yo, ya que Luis no nos había traído muy buena suerte, Merino solía acatar las decisiones del Lazarillo y Montes, bueno él no podía decidir por razones obvias.

La siguiente parada, y creo que un poco afectados ya por el *café aliñado* que nos habíamos tomado junto a Greyson, fue la pajarería. Allí, de repente, nos entró de repente un profundo amor por los animales y decidimos, en uno de mis impulsos, comprar una canaria. La llamamos Blancanieves y era, en palabras de Merino,

“una elegante pájara”. Con Blancanieves en una pequeña y agobiante caja de cartón, los cinco acordamos ir a la famosa tienda de los *moros*, el Bazar Canarias, para buscar una jaula donde viviría nuestra nueva compañera, ya que los precios de las jaulas en la pajarería no estaban a nuestro alcance.

Una vez entramos en el bazar, Tomy, Merino y yo nos dispusimos a buscar la mejor jaula para Blancanieves, mientras nuestros dos compañeros del instituto se perdieron de nuestra vista. Escogida la nueva casa de la canaria, una espaciosa jaula verde, nos dirigimos hacia el cajero para pagarla. Al vernos, Luis y Montes se acercaron, y el cajero del Bazar Canarias comenzó a mirarnos de forma un tanto extraña. Al salir de la tienda, un musculoso árabe nos esperaba para registrar mis bolsillos. Mientras aquel hombre buscaba algo que nunca encontraría en mi chaqueta, pude ver como Montes arrancaba a correr con un frenesí impresionante, para esconderse tan bien, que no volveríamos a verlo hasta dentro de una semana. Montes nos había traicionado, y con su huida, y en vista de que yo no había robado nada, el árabe nos dejó marchar. Era evidente que Montes no era un tipo legal, pero mientras sacaba a Blancanieves de su caja para trasladarla a su nuevo hogar, me di cuenta de que Luis, nuestro discreto y astuto amigo, tampoco era de fiar. Con una sonrisa en la cara, comenzó a sacar llaveros de sus bolsillos, que precedían a unos adornos de coche que regaló a Merino. Estaba claro que no podíamos dejarnos corromper por nuestros compañeros, así que, tras abandonar a la deriva a Luis, regresamos al internado.

Una vez allí, cuando Merino se fue a su cuarto – vivía en la primera planta –, Tomy y yo entramos a nuestra habitación para alojar allí a Blancanieves, nuestra mascota, pero un intenso olor nos impedía entrar. De repente, dos limpiadoras con mascarillas nos explicaron que estaban limpiando a fondo la 109, y que no podríamos entrar en todo el día. Resignados, nos echamos a la calle, siempre acompañados por nuestra canaria. No contentos con la explicación de las limpiadoras, Tomy y yo nos asomamos por nuestra ventana para ver que, en el interior, aquellas dos mujeres esparcían un líquido transparente que penetraba en nuestros pulmones y que incluso – y esto pudimos comprobarlo después – podía corroer las losas de terrazo del suelo de nuestra habitación.

Estaba claro que ese producto no era un simple desinfectante pero, ¿por qué sólo en la 109? ¿Querían acaso matarnos? ¿o era una prueba más de las que realizaban con los residentes? Y si esto era cierto, ¿por qué sólo querían probarlo con nosotros? ¿Era algo demasiado peligroso para el resto del internado? A estas alturas de curso, parecía ya evidente que Greyson, que no nos había reprochado nada aquella mañana pese a vernos beber alcohol, quería deshacerse de nosotros cuanto antes...

Jueves, 15 de diciembre

Hay gente que, cuando le das la mano, intentan tomarte todo el brazo, y gente, como Parrilla, que no se

conforman con un solo día de huelga. Así, con la inercia del día anterior, mi ex-compañero de habitación decidió saltarse algunas clases sin recordad que, aquel preciso jueves, su madre tenía que arreglar unos papeles en la secretaría del instituto. Como buena madre, y de forma cariñosa, aquella señora decidió hacer una visita a sus hijos. Pero ocurre que, con Parri y su hermano, Aarón, las visitas de la madre nunca eran amistosas, y por ser jueves no se harían excepciones. Primero, la vista fue para el hijo menor, Aarón, que estuvo amenizada por su profesora de francés, casualmente la mujer de Greyson. Al parecer sus comentarios sobre Aarón pusieron a su madre bastante nerviosa, más incluso de lo que estaba Farruquito al examinarse del permiso de conducir.

Con los nervios a flor de piel, aquella madre desesperada se dirigía hacia el ahora 27, donde los alumnos de ciencias recibían una clase de biología a cargo de Toñi, una carismática profesora. Fue ella quien, ante la llegada de la madre, admitió que no sabía nada de Parrilla, y dijo, además, que la costumbre de su hijo era, por decirlo de una forma sutil, disfrutar de las clase de biología al aire libre. Los nervios, en aquel momento, se convirtieron en furia, y aquella mujer salió disparada del instituto para buscar al que le quedaban pocas horas de hijo.

Disfrutando del aire puro, cerca de la cancha de baloncesto, Parrilla estaba a punto de sufrir un tirón de orejas que lo dejaría marcado de por vida. El miedo que sintió al ver a su madre subir las escaleras que llevaban hasta la zona donde los amantes del cannabis pasaban las

tardes, no estuvo a la altura de la vergüenza que debió sentir ante sus compañeros de clase cuando su madre, en un alarde de sangre fría, entró en clase de biología con su hijo cogido de la oreja izquierda, llevándolo lentamente hacia su pupitre y dedicando una sonrisa de complicidad a la profesora. Agradecida, y sorprendida tal vez, Toñi continuó con su clase.

Miércoles, 21 de diciembre

El caso de Parri fue, sin lugar a dudas, uno de los temas que más risas provocaron en el botellón de fin de año, que se celebraría justo el día más corto del año. Esto tenía una explicación lógica, y es que, ya que a los residentes sólo se nos permitía salir por la tarde, escogiendo el solsticio de invierno podíamos tener la impresión de que estábamos en mitad de la noche a las siete de la tarde, con lo que la fiesta cobraba protagonismo.

De todas maneras, hay que reconocer que aquella fiesta fue un completo desastre. Más maduro que en mi año de novato, supe desde un principio que aquella fiesta clandestina no auguraba una buena tarde, ya que desde la organización las cosas se empezaron a hacer mal. Sin meterme en detalles, y basándome en lo que me contó en Yonky de aquel botellón, me limitaré a decir que las cosas, simplemente, no salieron bien, en gran parte por la incapacidad de control de los novatos, y la incompetencia de los veteranos para la organización del evento.

Demasiado alcohol, mala música, badolatoseñas y carteyanas que vomitaban a la par, y un sinfín de menores que llegaron borrachos al internado antes de las 8 de la tarde, hicieron que Greyson, que se encontraba por allí aquella tarde, subiera hasta la ya mencionada cancha de baloncesto, donde tenía lugar la reunión.

Expulsiones, cartas a los padres y llamadas de teléfono fueron el tópico de esa nefasta última semana del año en el Felipe Solís.

Jueves, 22 de diciembre

Con ese plantel, era de esperar que la ansiada cena de Navidad no tuviera demasiado éxito. Con media residencia expulsada, la inversión que se había hecho este año para mejorar la navidad anterior fue un fracaso total. Más lujo, mejores manteles y más comida que el año anterior, pero mucha menos asistencia y, en los que fueron, los ánimos por los suelos debido a los altercados de la tarde anterior.

De todas formas, y tras comprobar por la radio que los niños de San Ildefonso no nos habían solucionado la vida aquella mañana, entramos al comedor. Al entrar, nos percatamos de que, pese a las expulsiones, el comedor estaba casi lleno, y es que este año, a diferencia del pasado, no sólo eran los residentes los que disfrutarían de esta prestigiosa comida, y los usuarios del comedor del instituto, así como algunos profesores, estaban también invitados. Lo de los profesores, hay que decirlo, fue un

detalle que impidió, y los maldigo por ello, la guerra de comida voladora que tanto dio que hablar en mi primer año en la resi.

Todo había cambiado. Sin embargo, eso no me haría dejar de disfrutar, y tampoco a los que coincidieron conmigo en aquella mesa redonda. Fue precisamente durante la comida cuando, a coro, cantamos un villancico escrito por Manu, titulado “Los Pastores”. La canción fue un auténtico éxito entre los presentes, por lo que, después del segundo plato, nos hicimos un propósito para el nuevo año: grabar un disco.

La fiesta continuó, y la gente, animada con nuestras canciones, disfrutaba de la comida hasta que llegó Antonio, nuestro conserje de este año, para dar la noticia: había llegado el momento. Las caras de los residentes cambiaron en ese momento, y aunque nuestro querido conserje ya nos había avisado hacía una semana que abandonaría el barco, las lágrimas afloraron cuando llegó el momento de la despedida. Nuestro almuerzo de navidad se convirtió de repente en la despedida de un conserje como, y de esto estoy seguro, ningún otro de los que había trabajado en la residencia. Siempre lo recordaremos.

Y ahí, mientras nos despedíamos de Antonio, nos dimos cuenta de que era nuestro último día del año en la resi, y las lágrimas terminaron por salir.

Enero

Lunes, 9 de enero

Lunes. Comienza la semana. Comienza el segundo trimestre y prosiguen las aventuras en nuestro particular campo de concentración. Tras volver de unas merecidas vacaciones en nuestros respectivos pueblos, mis amigos y yo volveríamos al internado para comprobar, una vez más, que los objetivos de Greyson para el nuevo año no se habían cumplido. Hablo de nuevo, porque es lo único que de verdad me importaba, de la mítica 109. En mi preciada habitación, Tomás y yo comprobamos que, pese a la promesa de nuestro director, la reforma del váter no había sido efectuada. Perdidas todas las esperanzas, el Yonky, Tomy y yo tendríamos nos habíamos acostumbrado ya a controlar nuestros esfínteres para compartir el único retrete que quedaba vivo en el *Templo del Fuego*.

Además, nos enteramos aquella tarde de que en ciertas habitaciones de la primera planta no se habían llevado a cabo las reformas previstas, y que el internado, durante las vacaciones, había sido completamente abandonado.

Lo peor era que, además de todos los problemas internos que sufría la residencia, la famosa *puerta verde*, por la que salíamos los residentes para comunicarnos con el mundo exterior, había sido sellada. Por si fuera poco,

Vicente, que solía abrirnos aquella puerta en momentos de necesidad, a cambio de galletas y otros productos del Mercadona, no había aparecido aquella semana. Al parecer, había sufrido un accidente mientras paseaba en bicicleta, accidente dudoso que me hizo sospechar si realmente fue un accidente o un terrible atentado de los matones de Greyson. Sorprendidos, caminamos hacia el instituto para dirigirnos hacia la puerta oficial, por la que entraban los vehículos. Nuestra sorpresa fue tremenda cuando, aturdidos, nos dimos cuenta de que aquella puerta tampoco se abría.

¿Querían encerrarnos de por vida? ¿Planeaban una matanza aquella noche? Desesperados por buscar una salida, nuestros amigos *los porreros* nos mostraron, y gracias a ellos estamos vivos, lo que ellos llamaban “*el agujero*”, un pequeño espacio entre dos grandes árboles que comunicaba la cancha de baloncesto con las huertas de Cabra. Tras recorrer un camino arenoso, se alcanzaba de nuevo la civilización.

Fueron muchas las tardes que estuvimos utilizando aquel hueco para salir al exterior, quizá semanas o incluso meses, hasta que Greyson, resignado al ver que no podría mantenernos encerrados siempre en sus dominios, decidió abrir de nuevo la *puerta verde*, dándonos esa libertad que tanto ansiábamos.

Martes, 10 de enero

Libertad que, algunos, no necesitábamos que

Greyson nos diera, pues los que vivíamos en la planta baja teníamos, gracias a nuestro educador Vicente, algunos privilegios, entre los que se encontraban las salidas al exterior. A comienzos de este año, por ejemplo, y para no perder las viejas costumbres, Arturo y yo volvimos a hacer nuestra ruta estrella – hay que aclarar que Arturo no vivía en la primera planta, pero su educadora, Antoñita, no le inducía el respeto suficiente como para exigirle cumplir sus horarios –. Esta ruta era, como ya se explicó en el primer libro, salida a las 6 del internado tras la merienda, llegada a la heladería valenciana media hora después, donde comprábamos unos helados de queso para, acto seguido, visitar a Rosa, nuestra compañera de clase, y a su madre, buena amiga nuestra. Después de esta visita, la ruta tenía dos variantes, una de ellas eran los bares de la Plaza de España, y la otra, que fue la que tomamos esa tarde, se trata de hacer la segunda merienda en *Dani's Pizza* para volver al internado a la hora de la cena.

El radar de Pili: submarino detectado

Eran las 11 de la noche cuando Pili, después de pasar lista, buscaba al Yonky para hacerle sus rutinarios análisis. Pero esta vez, Tomás y yo estábamos solos en la habitación, y explicamos a la monitora que no conocíamos el paradero de nuestro compañero. Pero Tomy estaba mintiendo, y tras la marcha de Pili, me lo explicó todo: el Yonky, bajo los efectos de lo que se conoce como *el mono*, se había colado en la habitación de nuestros

vecinos, Peter y el Sobao, para fumar las plantas que nuestro amigo había comprado días antes a un camello que frecuentaba el parque donde mi amigo solía pasar las clases de literatura.

Mientras Pili seguía buscando al desaparecido Yonky, Tomás y yo dábamos fuertes golpes en la pared de nuestros armarios – que coincidía con la pared de la 108 – para avisar a nuestro compañero antes de que Pili lograra pillarlos con las manos en la masa. Por desgracia para ellos, no oyeron nuestros golpes. En la habitación 108, los Pedros y el Yonky hacían, en el cuarto de baño, lo que en su gremio llamaban “*el submarino*”. Por casualidad, el Sobao salió del ahumado cuarto de baño para buscar su teléfono móvil en la mesita de noche. Quiso el destino que, en ese preciso instante, Pili introdujera su llave en el pomo de la 108 para buscar a nuestro compañero, que solía frecuentar aquella habitación. Veloz como un rayo, el Sobao se introdujo en su litera para hacer honor a su nombre, y para cuando la monitora entró, él ya estaba emulando los ronquidos que le salvarían de la ira de Pili. Ésta, al ver la luz que salía del cuarto de baño, abrió violentamente la puerta de madera, sorprendiendo a Peter y el Yonky bajo un tul de humo aromático. En vista de que cualquier excusa era mala, los dos muchachos se limitaron a sonreír, a lo que Pili respondió saliendo en silencio de la 108 con el Yonky de la mano. No sin antes prometerles, por supuesto, una reunión con Greyson para el lunes siguiente.

Lunes, 16 de enero

Pasada una semana del regreso de las vacaciones, las cosas se iban poniendo en orden. Vicente, nuestro educador, se había recuperado de su supuesto accidente de bicicleta y se encontraba ya en su sillón de la sala de informática. Por su parte, Greyson también llegó aquella tarde para juzgar al Yonky y a Peter por los graves altercados de la semana anterior.

Tras una acalorada reunión, Peter fue condenado a una semana de expulsión, que se contarían a partir del martes. Mi compañero, el Yonky, tuvo algo más de suerte: tras una larga charla a solas con el director, y alegando que estaba en época de exámenes, el Yonky consiguió, aunque iba a ser eminentemente expulsado, escoger su fecha. Greyson, para quitarse de en medio el cargo de conciencia que le perseguiría si mi amigo suspendía por su culpa, decidió darle a elegir la semana en la que sería expulsado. Así, el Yonky esperó a que Peter acabara sus vacaciones, el lunes 23 de enero, para comenzar las suyas. Durante las vacaciones forzadas de Peter, su compañero Pedro, el Sobao, dormía solo en la 108 – ya que su otro compañero, Elías, rara vez estaba en su habitación – y experimentaba con todo lo que tenía a su alrededor. Creo recordar que el experimento que más problemas – gástricos sobre todo – le trajo fue la ingesta de Beefeater con agua del grito de la resi.

Pese a que el caso de los fumadores fue cerrado de inmediato, esta historia tuvo graves consecuencias cuando, algunas semanas después, Peter se atrevió a presentarse en

la Diputación de Córdoba para denunciar que fue juzgado de forma injusta, y tras varios días de dudosas deliberaciones, el caso fue reabierto, con lo que Greyson tuvo que abonar a nuestro osado amigo el importe de los gastos que le ocasionó el transporte desde su pueblo, Montilla, hasta el instituto en la semana que estuvo expulsado. El Yonky, de coeficiente intelectual notablemente inferior a Peter, no consiguió sacar nada positivo de su expulsión, pero la denuncia de Peter bastó para que Greyson se llevara su primer gran palo en el Felipe Solís. El segundo se lo llevará, con total seguridad, cuando lea este diario.

Martes, 17 de enero

A diferencia de Greyson, los residentes, o al menos los de la planta baja, sí cumplimos nuestro principal propósito de año nuevo, y este era, como ya expliqué con anterioridad, grabar nuestro primer disco. Para esta ardua tarea, el primer paso era formar un grupo.

El proyecto, que nació en Manu, tuvo desde el primer momento el apoyo incondicional de Patri y Parrilla, que junto con Meyba, grabaron las primeras canciones, éxitos internacionales como *Pinocho fue a pescar*, *Con un porrito en la mano*, *Uno de enero*, *Tapitas* o *Fiesta Pagana*, esta última con una pésima actuación de Parrilla. Meyba, que no llegó a cantar ninguna canción, abandonó pronto el grupo, por lo que Manu y Patri se

vieron obligados a reclutarme. Con el grupo al completo, y con el propósito de buscarle un nombre, comenzamos a trabajar en nuevos éxitos que lanzaran al grupo al difícil mundo de la fama.

Jueves, 19 de enero

Y al fin, tras dos días de incansable trabajo, logramos terminar la grabación de nuestro primer disco, al que llamamos *The Best of Suspent Points*. Bajo el nombre *No somos un grupo, somos un puñado de cabestros que se pelearon por dar berríos*, grabamos temas como *Dragon Ball*, *Dragon Ball Z*, *El Mamut*, *Marco*, *In the Jungle*, *Doraemon* o *En un país multicolor, nació Chubesky por error*, tributo a nuestro amigo Chube. Él mismo colaboró conmigo en un Bonus Track que se incluía en el CD, en el que ambos grabamos una conversación al más puro estilo de Pingu, su serie favorita. El disco se completaba con un tema de Celtas Cortos, *Ha cambiado*, interpretado a dueto por Patri con la colaboración de Chapi, para cerrarse con nuestro más rotundo éxito, *Los Pastores*, villancico que había nacido un mes antes en la clase de Manu, y que había sido la razón por la cual formamos el grupo.

En pocos días, el disco era éxito de ventas en la residencia, y en algunas semanas, amigas de Manu nos confirmaron haberlo oído en tierras gallegas. Lo dicho: un éxito.

Lunes, 23 de enero

Ante el inminente comienzo de la temporada deportiva, que tendría su primer encuentro en Priego el martes, las monitoras se volvían locas al descubrir, ante su sorpresa, que faltaba una equipación para el equipo de baloncesto. La razón era que, por recortes de presupuesto, consecuencia directa de la cena de navidad, Greyson había decidido no comprar este año equipaciones de baloncesto, ya que la mayoría de componentes del equipo ya tenían la suya del año anterior. Pero Manu, que era novato, no disponía de esas gigantes camisetas naranjas que tan mala suerte nos traían, por lo que acudió a Nani. La monitora, a la que el embarazo parecía haber puesto, si cabe, de peor humor del que tenía normalmente, corría a buscar las listas de los antiguos jugadores del equipo de baloncesto, para localizar a aquellos que este año no formarían parte de él. Nani se percató de que en la residencia había dos individuos que, si bien este año no participarían en este deporte, no habían entregado sus uniformes, y esos éramos Patri y yo. El estepeño, que no se había recuperado aún de su lesión por completo, no jugaría este año en el equipo, pero sus constantes despistes, fruto del golpe que recibió en la cabeza al nacer, cuando se resbaló entre los dedos del ginecólogo, habían hecho que se olvidara por completo de entregar su equipación. En mi caso, la fundación del nuevo equipo de voleibol me había ocupado por completo, por lo que tuve que abandonar a mis antiguos compañeros de equipo. En cuanto a mi equipación, aunque es verdad que me daba pena ver a mi

pobre amigo Manu sin esa gran camiseta, tenía demasiado cariño a mi dorsal 88, por la que me negué a entregarla, no sin antes alegar que la había perdido.

Desesperada, Nani pensó en buscar al único que quedaba del antiguo equipo al que no habían preguntado. Alguien cuyo nombre llevábamos tiempo sin oír, alguien tan especial como Eduardo *Zapatones*. Buscar a ZP era la única solución viable para conseguir tan ansiada equipación, lo que parecía un suicidio seguro. Misteriosamente, y tras la conmoción que desató la idea de Nani, la equipación de Patri apareció en el último momento.

En cuanto a las equipaciones del nuevo equipo, el de voleibol, las promesas de Greyson se quedaron en lo que eran, promesas, ya que no fue hasta el último día del plazo cuando nos entregaron unas camisetas que, para nuestro asombro, eran producto de propaganda de una marca de pinturas local. Pese a lo vergonzoso de nuestras equipaciones, el equipo de voleibol llegaría más lejos que ningún otro en el polideportivo de Priego.

Martes, 24 de enero

Llegó, al fin, el día. El recuerdo del antiguo y triunfador equipo de fútbol aún deambulaba por la residencia, y veteranos como el Sevi o el Pichi, que formaron parte de su plantilla, guardaban aún aquellas míticas banderas que pasearon por toda Andalucía. Pero a excepción de ellos dos, los jugadores que llevaron al

equipo al mítico triunfo de Cádiz ya no se encontraban entre nosotros, y los nuevos futbolistas no tenían la calidad necesaria para jugar a tan alto nivel. Lo que no esperábamos, al menos al principio, es que no fueran capaces de pasar la primera ronda. Pero así fue, y tras enfrentarse a Baena y a Córdoba, nuestros jugadores salieron derrumbados y con dos derrotas a la espalda, resultados similares a los del equipo de baloncesto, que no superó las derrotas de su primer año, y volvió a perder. En fútbol femenino, las chicas lucharon como ningunas, pero la mala suerte, y la calidad de sus rivales, les hizo perder los dos partidos que jugaron.

Sorprendentemente, y contra todo pronóstico, el equipo de voleibol fue el que llegó más alto. Deportistas de la talla de Aarón, Tomy o yo llevaríamos a nuestro recién fundado equipo, después de un solo entrenamiento, a lograr la victoria ante Baena, lo que generaría una ola de esperanza que barrería a nuestros compañeros de los otros equipos. Derrotados en sus respectivas categorías, todos ellos se volcaron con nuestro equipo, el mejor de la residencia. Pero las alegrías vienen y se van, y tras empatar con el equipo de la capital cordobesa, tuvimos que jugar un desempate en el que, manifestándose nuestra falta de entrenamientos, perdimos antes unos rivales que no merecieron la victoria por su ego. Pese a no lograr la clasificación, dimos una buena lección a nuestros compañeros, que pensaron que el voleibol no podría abrirse un hueco entre los deportes que no lograron victoria alguna.

Pero aunque en deportes de equipos no logramos

llevarnos ningún trofeo, los deportistas solitarios sí que consiguieron poner a nuestra residencia en lo más alto. Fueron Carmen y el Pichi en atletismo, y Parrilla en ajedrez y ping pong, durísimo partido en el que consiguió la victoria por no tener un adversario. Tras media hora de retraso, le proclamaron campeón.

Miércoles, 25 de enero

Aquel miércoles, una decisión de Greyson haría cambiar el curso de la historia de la residencia para siempre. Como castigo para los alumnos que hubieran suspendido más de dos asignaturas en las calificaciones de diciembre, nuestro director había pedido a Saruman – el jefe de estudios del instituto – un aula del propio instituto para obligar a los malos alumnos a estudiar por las tardes.

Pero, sin duda, el más afectado fue Vicente, ya que a él se le encomendó vigilar a aquellos malvados niños, en su mayoría procedentes de la primera planta. La razón de escoger a Vicente venía dada por la incompetencia de su propia educadora, la carismática Antoñita. Nuestro educador, ahora, tenía un grave problema, ya que como todos sabíamos, su lugar estuvo siempre en el sillón de la sala de informática.

Ante tan grave situación, Vicente acudió a la 109 para reclamar mi ayuda. Además de darle mantecados, galletas y gominolas, yo tenía que ayudar a Vicente en casos extremos como este para que él me permitiera tener mis privilegios, así que tuve que ceder ante su petición.

Así, Vicente consiguió llevarse mi más preciado amigo: el ordenador portátil, “*la Tati*”, como yo lo llamaba.

Además, un nuevo problema se planteaba, ya que al no estar Vicente, ya que la sala de ordenadores se quedaría cerrada, con lo que personas como Sergio o Casimiro no podrían jugar al *pingüino*, lo que les haría empeorar de los nervios. En un principio se pensó trasladar a Antoñita a la sala de informática, pero esta idea se descartó rápidamente y Vicente nombró a Peter encargado de los ordenadores.

En cuanto a Vicente y mi Tati, el problema se resolvería en un par de días, cuando el educador atracaría Urende para hacerse con su propio ordenador portátil. A partir de ese día, y gracias a la nueva norma de Greyson, Vicente pasó de ser fijo en la sala de informática a ser un educador nómada siempre acompañado de su nuevo ordenador.

Martes, 31 de enero

Pero el cambio radical de Vicente traería, como era de esperar, consecuencias nefastas para la residencia. Aunque Peter era el encargado de la sala de informática, oficialmente todas las monitoras podían entrar y disponían de llaves para hacerlo cuando quisieran. Nani, por ejemplo, utilizaba los ordenadores por la mañana, mientras hacía su turno de guardia; pero el caso más grave era el de Antoñita. Esta “*deseducadora*”, a diferencia de los demás empleados del Felipe Solís, vivía toda la semana como un residente más, disfrutando de su propia

habitación individual. Esto provocaba que, por las noches, ante la negativa de la gente por conversar con ellas y contarse esas cosas que se leen en el *10 minutos*, se acostumbrara a pasar las horas de aburrimiento en la sala de informática, según ella misma confesó, chateando.

Cuando la última tarde de enero, Vicente descubrió que el ordenador principal de la sala estaba roto, Nani y Antoñita fueron sus objetivos. Como todos los residentes sabíamos, las relaciones entre nuestro educador y Nani nunca habían sido muy buenas – de hecho, un nombre que no ha aparecido aún en este diario, la Rottelmeier, era con el que Vicente denominaba a la monitora en cuestión –. En cuanto a Antoñita, bueno, de ella podía esperarse cualquier cosa, y casi todas las investigaciones apuntaban a que fue ella la culpable de los daños que sufrió el ordenador – a saber, docenas de películas Disney y la discografía de Pink Floyd se perdieron en la masacre –.

Febrero

Miércoles, 1 de febrero

Tras la desgracia acaecida en la sala de ordenadores, Vicente se propuso mejorar los sistemas informáticos de la residencia, por lo que, después de arreglar el ordenador principal, instaló una antena wifi en el router, lo que permitiría a los residentes disfrutar de conexión a internet directa y gratuita desde sus habitaciones. En agradecimiento por los días que había estado utilizando mi portátil, Vicente me contó lo de la instalación de la antena aquella misma tarde. Contento como Sergio cuando ganaba una pelea a Casimiro, corrí hacia mi habitación para encender el ordenador y comprobar la eficacia de la nueva antena. Tomás, sorprendido, se unió a mi alegría cuando comprendió que ya no tendríamos que pasar más noches en la biblioteca peleándonos por aquel orificio en la pared, que ahora todos disfrutaríamos de internet en las habitaciones.

Lamentablemente, pocos fueron los compañeros que pudieron compartir nuestra alegría en la residencia. Aquella misma noche, cuando Vicente abandonó la residencia, Greyson aprovechó para introducir una contraseña secreta que sólo permitiera a él el acceso a la red que Vicente había configurado con tan buenas intenciones.

Definitivamente, nuestras relaciones con el director

se rompieron aquel día por completo, y si cabía más odio hacia nuestro vecino de en frente, ahora lo teníamos. Por su parte, Vicente aprendió que en el Felipe Solís, resistir es vencer, y no se rendiría ante aquel cruel individuo que acababa de romper otro de nuestros efímeros sueños. Y aunque efímero, fue bonito mientras duró.

Miércoles, 8 de febrero

Una semana después, haciendo una excepción en mi rutina diaria, fui con Roberto y las Mellis a tomar café al bar Deportivo, algo que lamentaría minutos después. Al llegar a mi habitación, una atmósfera turbia me dio la bienvenida mientras una mezcla de exóticos aromas – de los que pude distinguir, había flor de loto, aroma de coco, matapulgas ZZ y desodorante de naranja – casi me hacen perder el conocimiento. Intentado aguantar la respiración y soportar la presión de gases que había en el interior de la 109, conseguí abrir la ventana, y en ese instante un sople de aire fresco me ayudó a desinfectar mi cerebro de aquella mezcla letal.

Una vez se disolvió la espesa nube, pude distinguir dos siluetas inconfundibles: Tomás y Yonky, con dos botes de spray cada uno, luchaban por imponer su aroma en lo que parecía ser un intento desesperado por destrozarse la capa de ozono aquella misma tarde.

Después de convencer a mis dos compañeros a colaborar con el medio ambiente, e instarlos a que no utilizaran sprays en mi ausencia, me percaté de un

pequeño detalle: mientras los botes que lanzaba Tomy eran el de matapulgas ZZ y el desodorante de naranja, el Yonky sujetaba con delicadeza los aromas de coco y flor de loto, algo muy poco masculino, aunque en aquel momento, ni Tomás ni yo le dimos gran importancia.

Jueves, 9 de febrero

Cuando Tomás y yo nos disponíamos a dormir nuestra necesaria y merecida siesta, un reflejo nos hizo ver algo que, a primera vista, nos pareció un espejismo. Tras sopesar los hechos, y confirmarme Tomás que aquel día no habíamos bebido nada, volvimos nuestras miradas hacia la cama del Yonky. En la litera alta, una bolsa del Lidl dejaba transparentar una caja. Una caja de una conocida marca, la cual tiene el presupuesto más bajo en publicidad de todo el territorio nacional: Evax.

En ese momento, una duda nos rondó el pensamiento: o Evax fabricaba galletas, o el Yonky era más extraño de lo que imaginábamos. Tras unos minutos de bloqueo mental, Tomy se atrevió a abrir la bolsa, y su contenido era, lamentablemente, el que más temíamos. La cara de Tomás era un poema cuando descubrió con sus propios ojos que, el chico que dormía encima suyo cada noche acababa de comprar una caja de 32 tampones.

Ante tal prueba, Tomy y yo temíamos, con razones claras, que nuestro compañero fuese un homosexual reprimido. Pero en esta historia, como en casi todas las historias, faltan datos. Y es que el Yonky, en aquellos

días, estaba saliendo con Carmen, la Jerrera, ante lo que nos surgió otra duda aún más peligrosa: ¿Era Carmen, en realidad, un hombre?

Miércoles, 15 de febrero

Después de un día de San Valentín que es mejor olvidar, en el que el único dato de importancia fueron los 27 euros que el Lazarillo invirtió en flores y peluches para, una vez más, toparse con una piara de niñas desagradecidas, a mediados de febrero llegaría una nueva monitora a las filas del Felipe Solís.

Precisamente en el primero de los cuatro días que estuvimos sin agua caliente en el internado, llegó Olga, una nueva y joven monitora destinada al cuidado de niños especiales como Sergio y Ana. El resto de internos nunca entendimos por qué no se le encargó a Olga el cuidado de Casimiro, aunque nuestras dudas quedaron en un segundo plano cuando Vicente nos contó toda la verdad sobre la contratación de Olga. Según nos dijo, hacía algunos días se habían tramitado las fichas de dos hermanos gemelos que, si bien recibirían la misma educación que Sergio y Ana, eran mucho más sádicos y peligrosos, y si a esto añadimos que eran gemelos, el problema se multiplicaba. Sin duda, un nuevo reto para los residentes del Felipe Solís que, muy pronto, llegaría para amenizarnos las tardes.

Jueves, 16 de febrero

En su política de penalizar a los alumnos que no hubieran dado la talla durante el primer trimestre, Greyson decidió organizar una excursión a la que sólo podríamos asistir aquellos que no necesitábamos estudiar por las tardes con Vicente. Este, que era el primero del programa de viajes que nuestro director planeaba organizar, tenía como destino la sierra de Cazorla.

Montados en el autobús, y acompañados con la música de los 40 principales, partimos hacia el este poco después de que saliera el astro rey. Tras un camino lleno de dificultades y obstáculos varios, la suerte nos hizo una de las suyas y el cielo, de repente, se nubló con un tul de oscuras nubes que nos hacían temer lo peor. Y lo peor llegó. Rodeados del precioso paisaje que nos brindaban las tierras jienenses, de repente un haz de luz muy potente dividió en dos el oscuro cielo y un ruidoso trueno hizo estremecerse el bosque, a lo que seguiría un inmenso caudal de agua que se desprendía sobre nosotros. Los “*chicos buenos del Felipe Solís*”, ataviados con bolsas de basura que querían emular un improvisado chubasquero, corríamos por el Monte de las Ánimas atemorizados por el diluvio que, si no nos dábamos prisa, acabaría por sellar el acceso a nuestro autobús. Pasados por agua, llegamos a un pequeño descampado donde, a la orilla de un río desbordado, nos esperaba el autobús. Subidos ya en él, y con los zapatos llenos de barro y lo que el Pichi llamaba “*trufas de invierno*”, que por cierto tenían un olor característico, llegamos hasta el pequeño pueblo donde,

más tranquilos, pudimos merendar en un bar.

Entrada ya la tarde, regresamos agotados a la residencia donde, envidiosos, nos esperaban los “*chicos malos de Vicente*”. Ante ellos, por supuesto, fingimos haber vuelto de la mejor excursión que se haya visto jamás.

Lunes, 20 de febrero

Aquel lunes, como ya se nos había avisado, llegaron los gemelos. Fue un acontecimiento único. Los residentes, que esperábamos a los ya anunciados clones de Sergio y Ana, vivimos con estupor la llegada de Álvaro y Alejandro, dos muchachos que, aunque estaban repetidos, eran los más especiales que había visto el internado en mucho tiempo.

Con mirada de tigre, los *terribles gemelos Crump*, como se les conoció durante un tiempo, perdieron la vergüenza al poco tiempo de estar allí, tras la marcha de sus familiares, saludaron a Olga, la que sería su monitora y cuidadora, con un manotazo en el pandero. Olga, sorprendida ante tal desfachatez comenzó a regañar a Álvaro mientras su hermano le propinaba un tirón de pelo que casi deja calva a la nueva monitora. Con ayuda de María Dolores, Olga llevó a los gemelos a la que sería su habitación, que casualmente estaba justo en frente del cuarto de Arturo y Merino.

Los gemelos habían llegado. Sergio y Ana, presentes en el acto, comprendieron que tendrían que madurar

pronto, pues habían perdido protagonismo en una residencia en la que, mis amigos y yo, empezamos a sentirnos algo raros, hasta que de repente, una pregunta comenzó a rondar nuestras mentes: ¿éramos todos iguales y acaso no nos dábamos cuenta? ¿Vivíamos en una residencia normal? Después de dos años aquí, dudaba más que nunca con que fin me enviaron mis padres.

Marzo

Miércoles, 1 de marzo

La habitación 109 era conocida, además de los extraños ruidos que se podían distinguir desde el despacho de las monitoras por las noches, por las innovaciones a las que Tomás y yo la teníamos continuamente sometida. Esta vez, sin visitar la tienda de los chinos – ni tan siquiera el Bazar Canarias –, ideamos un sistema que, de acuerdo con la filosofía pícara del Lazarillo, permitía abrir la puerta a nuestros innumerables visitantes sin tener por ellos que levantarnos de la cama. El sistema constaba de una cuerda que robamos al Yonky que, tras pasar por el pomo de la puerta del cuarto oscuro – el armario que utilizábamos para guardarartilugios, galletas y láminas de dibujo técnico –, subía hasta el techo para acabar bajando hacia la litera de Tomy, que con un simple movimiento de muñeca, podía abrir la puerta sin el más mínimo problema. El invento, fruto de nuestra colaboración de toda una tarde, fue un éxito rotundo hasta que, unos días después, a Patricio le dio por entrar a nuestra habitación, con todo lo que ello conlleva, y el artilugio fue destruido.

Lunes, 6 de marzo

Decepcionados por el destrozo de Patri, que echó a perder todo el derroche de inteligencia aplicada y el empeño que Tomy y yo habíamos puesto en el prototipo de portero automático, decidimos visitar a nuestros amigos, los chinos. Y es que mientras sus vecinos, los japoneses, se explotan las neuronas llevando el carro de la tecnología mundial, ellos emplean todo su tiempo libre – hay que dejar claro que el día chino tiene 40 horas, por lo menos – en inventar, desarrollar y vender todo tipo de artilugios que, si no fuera por gente como nosotros, no sobrevivirían en esta sociedad tan capitalista y cruel.

Esta vez, nuestro descubrimiento fue una pequeña pero potente alarma que, nada más volver al internado, instalamos sin dificultades. A estas alturas de curso, en que media residencia disponía de llaves de la 109, nuestra compra resultó ser bastante práctica, ya que ahora, cada vez que un intruso osaba robarnos gominolas durante la siesta, Tomás y yo nos despertábamos gracias a su potente y mortífero sonido y podíamos, aprovechando los instantes de confusión del intruso, partírle la cara.

Sin embargo, este nuevo artilugio nos trajo algunos problemas ya que, a raíz de la enfermedad del Yonky, las monitoras se veían obligadas a vigilarle por las noches, y hay que reconocer, que esa alarma después de medianoche, era un poquito... porculera.

Lunes, 13 de marzo

Una de las claves para sobrevivir en el internado, es callarse ante determinadas cosas. Una de ellas es Nani que, como ya dije, estaba especialmente susceptible desde que quedó embarazada.

En la tarde del lunes, mientras Parrilla se encontraba ausente, Longano y compañía cogieron prestada su radio para acompañar sus charlas con algo de música a unos cuantos decibelios por encima del nivel adecuado para el estudio. La reacción evidente de Nani, como cabía esperar, fue presentarse en la habitación 106 para requisar la ya mítica radio de Parrilla. Pese a que sus amigos pidieron perdón a la monitora, al más puro estilo Longano, Nani no cedió, y siguió en su plan de llevarse la radio, con CD incluido.

Horas después, cuando Parrilla regresó, su compañero de habitación le daba la horrible noticia, que se clavó como puñal en el pecho de mi amigo. Fue entonces cuando, en un ataque de ira, se dirigió a la primera planta para exigir una explicación. La explicación, por supuesto, fue clara y concisa: si quería recuperar la radio tendría que pedírsela al director cuando este regresara. Pero Parri, al que no le agradaban demasiado las conversaciones con Greyson, tuvo una idea mejor.

Armado de furia y su DNI, Parrilla esperó a la hora de la cena para actuar, y aprovechando el momento de salida al comedor, utilizó su DNI para abrir con maestría la puerta del despacho de Greyson. Tengo que decir que nosotros, sus amigos, tratamos de convencerlo para que no

llevara a cabo tan desesperado plan. Pero Parrilla, valiente como ninguno cuando de su radio se trataba, no lo dudó. Radio en mano, salió sigilosamente del despacho vacío para emprender su frenética carrera hacia su habitación, donde el armario le serviría de refugio para su preciada radio, que no volvería a ser robada.

De noche, tras la cena, Nani contraatacaba en lo que parecía ser una guerra sin fin. Al verla llegar, Fran y Longano salieron voluntariamente de la habitación, dejando solos a Parri y su oponente. Mi amigo, duro como una loncha de salchichón viejo, aguantaba el tipo mientras Nani descargaba su ira de forma verbal contra él, a lo que contraatacó alegando que él no se encontraba presente cuando requisaron su radio, y que por lo tanto, había sido injusto. Nani, por su parte, que tenía una idea de la justicia, inducida por el propio Greyson, muy distinta a la que tenía Parrilla, exigió explicaciones acerca de cómo había conseguido abrir Parri el despacho del director, a lo que éste respondió mostrándole su DNI. Nani, con aires de grandeza, dirigió una mirada de rayos odio a mi amigo y abandonó la habitación. La próxima expulsión estaba ya a la vuelta de la esquina.

Miércoles, 15 de marzo

Y tal como se esperaba, dos días después, Parrilla era llamado al despacho que él mismo abrió el lunes. Esta vez, Greyson le esperaba para confirmarle lo que ya todos temíamos. La expulsión de Parrilla, después de hacerle

repetir el procedimiento que utilizó para abrir aquel despacho, fue inmediata. Parri, en un intento por sobornar al director, se puso observador para advertir que en aquel despacho había un cenicero de cristal lleno de colillas, desechos del mismo hombre que trataba de erradicar el consumo de cigarrillos en todo el Felipe Solís. La indisciplina de Parrilla ante el máximo mandatario de nuestro campo de concentración fue castigada de inmediato, lo que aceleró aún más su expulsión. Aquella misma noche, su madre lo recogía.

Jueves, 23 de marzo

El día de la entrega de notas correspondientes al segundo trimestre fue, como era de esperar, un día terriblemente largo. Aquel jueves comenzó con una anécdota más de los terribles gemelos Crump. Uno de ellos, Alejandro, se cortó el dedo en el desayuno porque, según sus propios testimonios, “*creía que era pan*”. Ante semejante situación, la polifacética y omnipresente Olga tuvo que reaccionar rápidamente para evitar que uno de los gemelos tuviera un dedo menos que su hermano, lo que podría haber generado un brutal complejo.

Tras el desayuno, otra mala noticia nos dejó anonadados: Daniel Chubesky, uno de los personajes más extraños de este diario, y por lo tanto de la residencia, desaparecía sin decir adiós. Marzo era el mes en el que los alumnos de Grado Superior terminaban sus estudios en el Felipe Solís para comenzar sus tres meses de prácticas en

el mundo exterior. Chubesky, que a lo largo de estos dos años había sido un amigo fiel, se fue sin tan siquiera despedirse. Patri, compañero de habitación del chaval con más cabeza de la resi, nos informó que su extraño compañero había hecho las maletas aquella misma mañana y, tras el desayuno, partió hacia Priego, el pueblo donde vivía, y donde haría también sus prácticas. Sin duda, una pérdida para nuestra planta baja.

Pero el plato fuerte del día estaba aún por llegar, y por ello más personas abandonarían nuestro barco aquel día. La razón, como no, fueron las notas. Sobre las siete de la tarde, los alrededores del instituto estaban plagados de coches de nuestros padres, que recogían, unos con más agrado, y otros con menos, nuestras calificaciones.

Las tragedias más notables fueron, entre otras, las de Alba, Parrilla y Tomás. Alba, una novata de la resi, abandonaba obligada por sus padres tras recoger las notas que, como esperaba, serían catastróficas; Parrilla, por su parte, acababa de cumplir su castigo de la radio para entrar en el que le impondría su madre a partir de entonces. Ella, que salió enfurecida del instituto, aseguró a todos los presentes tener un niño tonto y otro peor, supongo que refiriéndose a Aarón; el otro gran amonestado, Tomy, salió con la cara de un muerto del instituto, acompañado de su padre. Desde el coche, Maillo le dio a Tomás un ultimátum de 24 horas para buscar una buena razón que le permitiera seguir estudiando en el Felipe Solís. Destrozado, Tomy entró en la habitación y se echó una siesta. Aquella misma noche, y tras hora y media de conversación telefónica, su padre lo perdonó.

Para contrarrestar la plaga de malas noticias que estoy dando, también diré que aquel jueves tuvo su parte buena. Y es que, tras las peticiones de nuestro ya incontable club de fans, terminamos de grabar nuestro segundo disco, esta vez en un tiempo récord de un solo día. Este segundo trabajo, mucho más instrumental, se trataba de una recopilación de grandes éxitos del panorama musical mundial interpretados por nuestro grupo, que esta vez contaba con las colaboraciones estelares de Meyba, con *I'm Blue*, Fernando, que participó en el coro de *My heart will go on* con su frase “*mira, al fondo Málaga*”, e Inma, con una impresionante actuación en *No puedo estar sin ti*. Otros de los temas que completaban el disco eran *Bailar pegados*, *La bella y la bestia*, *La senda del tiempo*, *The filder* o *Cada vez*, entre otros éxitos. El trabajo se cerraba con *Every breath you take*, tema interpretado por algunas fans del grupo, y *Dos gardenias para Cris*, dedicada a la novia de Manu.

Tras dormir esa noche en el internado, nos fuimos a nuestros respectivos pueblos al día siguiente para disfrutar de nuestras vacaciones, y una semana después, el 30 de marzo, los alumnos de segundo de bachillerato partiríamos hacia Jaca en el que sería un viaje inolvidable.

Abril

Martes, 18 de Abril

Entre el viaje de fin de curso, la Semana Santa y los días de resaca, casi un mes había pasado desde aquel día negro en el que tantos malos ratos se dieron en el internado. Más calmados, estábamos todos – o los que quedábamos – de vuelta para comenzar la que sería, para muchos, la recta final de sus estancia en este lugar, entre los cuales me encontraba yo.

A la vuelta, me di cuenta de varios cambios. El más notable el de Pili, que tras un par de semanas en la playa, parecía haber cambiado de raza. Su piel se había vuelto de un castaño oscuro, como de persiana antigua, y su figura era, si cabe, más delgada, casi consumida. Por suerte, tras varios almuerzos en el internado se fue recuperando.

El otro gran cambio, aunque parezca una tontería cualquiera que no es digna de ser contada, era el de la gorra de Tomás. Esto es así, este diario se nutre de pequeños detalles, esos que cada día hacían posible nuestra vida aquí, y para la vida de Tomy, uno de los detalles más importantes era su gorra. Tras las vacaciones, en las que me aseguré haber tenido más de una charla con Maillo, había decidido cambiar su conocida gorra azul y roja por una blanca, con adornos también en rojo, que lo acompañaría hasta el fin del curso. Quizá fuera una

decisión arbitraria, pero dado que las cosas no ocurren porque sí, supuse que las discusiones con su padre le habían hecho cambiar de actitud, tal vez incluso de personalidad. Y la personalidad del Lazarillo estaba, como todos sabíamos, en su gorra.

Jueves, 20 de abril

Más pruebas. Este tema, más allá de ser pedante, resulta ya incluso cansino, lo sé. Pero cuando pienso que mi aportación literaria puede ayudar a futuros residentes del Felipe Solís, no me canso de manifestarlo. En la tarde del jueves, tras nuestro regreso de las que serían nuestras últimas vacaciones, volvieron a experimentar con nosotros. Esta vez, y para seguir con los recortes de presupuesto, Greyson ordenó a las cocineras, que de inocentes poco tenían, que nos sirvieran unos dulces, o un sucedáneo de dulces de dudosa procedencia, que habían caducado antes de Semana Santa.

No me creo, sinceramente, la vieja historia de que en la Semana Santa la comida se vuelve buena, y preocupado por mi salud, aquella tarde me negué a merendar en el internado. Muchos eran los que, como yo, preferían merendar en Dani's Pizza, la heladería valenciana o, incluso, en la tienda de los argentinos, pero ¿cuántos pobres muchachos, tarde tras tarde, ingerían aquellos alimentos que, con total seguridad, estaban acabando con ellos? Estaban vivos aún, prueba más que evidente para asegurar que, en cualquier momento, podían dejar de

estarlo.

Lunes, 24 de abril

Nueva semana, y esta vez, tras analizar la poca asistencia a la merienda del jueves pasado, Greyson y la cocineras se lo pensaron mejor... Esta vez, aunque volvieron a repetir los mismos dulces cuadrados, eran mucho más duros y, como prevención, se le había borrado la fecha de caducidad.

Señores cocineros y cocineras, haced el favor. Manifestaos, y decid de una buena vez que vuestro humilde trabajo no merece la falta de escrúpulos que estáis obligados a manifestar para con los residentes, todo por culpa de un dictador que poco o nada hace por la salud de sus internos. Un hombre que, deliberadamente, colabora con quién sabe qué mafia para investigar con niños y jóvenes que, día tras día, se ven obligados a comer alimentos que ni las ratas perseguirían.

Una vez más, lo reconozco, volví a equivocarme. No sólo comíamos alimentos en mal estado. Aquella noche, bebimos fanta caducada.

Jueves, 27 de abril

Mayo se acercaba y, ante el mes de las flores, ante la presencia inminente de lo que sería un eterno y caluroso verano, las chicas empezaban a lucir cada vez menos ropa y a querer impresionar al personal con la carne que, algún

día, se habrían de comer los gusanos de la tierra.

Y así, aquella tarde, la badolatosaña Sara nos sorprendería con un pequeño tatuaje en su hombro izquierdo. Nos sorprendería a los chicos, porque las mujeres, lejos de sentirse impresionadas, se sienten como desafiadas en una sensación que, por ignorante quizá, no puedo definir con claridad. Se abriría entonces la temporada veraniega por anticipado, y tras Sara, muchas serían las chicas que se iban a unir a la moda, a cada cual más extravagante tatuaje, llenándose la segunda planta de un sinfín de formas y colores.

Viernes, 28 de abril

Los viernes eran días de encuentros y desencuentros, de llegadas y partidas, y aquel día, en la última luna llena de abril, Tomy, Merino y yo nos reencontramos con uno de los personajes más especiales de la residencia.

Los tres íbamos caminando por el patio durante una clase de historia – ejem -, cuando de repente lo vimos. Con su particular forma de caminar, bajaba la escalera de hormigón que llevaba a los talleres. El único. El inigualable. El original. El auténtico Juliancito.

Semanas habían pasado ya desde que este particular baenero abandonara la residencia, pero cada dos viernes, él y sus compañeros visitaban el instituto con motivo del regular control de sus prácticas, que realizaba en su pueblo. Juliancito nos contó como se ve el internado desde fuera, desde el mundo exterior al que pronto, muy pronto,

saldríamos; como se sentía tras liberarse de Greyson, a quien con el paso del tiempo, se le acaba cogiendo cariño, según nos dijo July. Merino, a punto de llorar, se quedó con el eterno deseo de abrazar a su amigo en una unión carnal deliberada, pero, quizá por la presencia del Lazarillo, tuvo que contenerse.

Continuando con nuestro paseo de la clase de historia, nos encontramos por los pasillos con Chubesky, a quien 36 días después de abandonarnos sin decir adiós, se le saltaron las lágrimas sin que pudiera ocultarlo bajo sus oscuras gafas de sol. Fue cerca de donde Saruman impartía sus clases de electrónica y, tras hablar pocos minutos con nosotros tres, Chube aprovechó un pequeño despiste para volver a desaparecer ante nosotros, esta vez para siempre.

Mayo

Martes, 2 de mayo

Después del día internacional del trabajo, que paradójicamente, se celebra no trabajando, una carteyana, Dulce, sería la última en unirse a la moda interna de los tatuajes corporales, con uno de los diseños más impresionantes que se vieron allí. Un Sol inmenso, que con su negra tinta parecía radiar luz, tostaba su espalda como la sabana en la que, cualquier fin de semana en el *Callejón del Infierno*, conocido por todos los carteyanos, saltaría algún león solitario. Después de esto, le propuse mi nuevo plan al Lazarillo, mi incansable compañero. Aquella tarde, fuimos al bazar de *los moros*.

De vuelta en la residencia, el Yonky se encargaría de hacer publicidad a la puerta de la 109. El mensaje era claro: se hacen tatuajes. Pese a que el anuncio iba dedicado a las mujeres que, por miedo al dolor o por su precaria economía aún no habían podido hacerse su tatuaje, todos nuestros clientes fueron hombres. Armados con dos cajas de rotuladores *Carioca*, Tomás y yo hicimos posible que personas como Chapi, Parrilla, el Yonky o incluso nosotros dos, pudiéramos lucir originales y variopintos modelos, a todo color, de tatuajes made in la resi, que poco o nada tenían que envidiar a los modelos de las niñas. Una ventaja: los nuestros cambiaban cada día.

Lunes, 8 de mayo

Los días eran largos ya en la residencia, y como se nota en la intermitente producción de este diario, la monotonía del calor y los exámenes llenaba ya nuestras vidas en esta recta final en la que, cansados ya de aventuras y fechorías, sólo queríamos salir ilesos de estos dos largos y maravillosos años que teníamos ya a las espaldas.

Pero hay gente que, por su debilidad, o quizá porque les tocó vivir momentos difíciles, en un lugar que no era el suyo, o con gente que era como ellos, no fueron capaces de aguantar hasta el final. Es el caso de Sensi, por poner un ejemplo, que cuando apenas restaba ya un mes de que todo acabara, abandonó el internado. Según pude saber, el cansancio de un año que no había sido nada bueno pudo más que su deseo de terminar el curso, el cual pensaba reanudar, al año siguiente, en Castro del Río.

Como Sensi, fueron muchos los que, por muy diversos motivos, fueron dejándonos poco a poco, y la residencia iba, conforme pasaban los días, perdiendo gotas de vida lentamente.

Lunes, 22 de mayo

El 22 de mayo, superada al fin la que parecía interminable época de exámenes finales, los alumnos de

segundo de Bachillerato dábamos por finalizadas las clases. Felices – unos más y otros menos –, no nos desanimábamos ante el que sería el mes que decidiera todo nuestro futuro. Con vistas al 20 de junio, día en que comenzaría la Selectividad, mis compañeros y yo nos preparábamos para la prueba final. A partir de entonces, la rutina en el internado sería bien distinta a la que estábamos acostumbrados. Unos días estudiábamos en nuestras casas, otros íbamos a la residencia para poner ideas en común y para asistir a clases de matemáticas que nuestro profesor, desinteresadamente, nos impartía para prepararnos. La orden del día era la siguiente:

8:30 a.m: recogida del profesor en el bar.

9:30 a.m: salida de clase. Junto con Luis, Merino, Tomás y yo salíamos al bar para leer el Marca – en Junio comenzaría el mundial de fútbol – y tomar café.

10:30 a.m: paseo por el centro de Cabra. Visita al Bazar Canarias y, esporádicamente, a la heladería valenciana.

13:45 p.m: vuelta al internado. Estudio.

15:00 p.m: almuerzo.

15:30 p.m: siesta.

20:15 p.m: estudio.

20:45 p.m: descanso para no llegar tarde a la cena.

21:30 p.m: cena y paseo.

22:30 p.m: tertulia con los compañeros.

23:00 p.m: a dormir. El día siguiente volvería a empezar con las clases de matemáticas.

Así, entre paseos por Cabra, visitas a los bares y continuas peleas con Greyson, pasaríamos nuestros

últimos días, que fueron salpicados, en el Felipe Solís.

Miércoles, 31 de mayo

Catástrofe. No tiene otro nombre. Podría llamarlo maldición o simplemente mala suerte, pero catástrofe es la palabra más adecuada. Nueve días después de terminar las clases, nuestra profesora dio las notas del examen de recuperación de inglés, al que Tomy se había presentado. Cuál fue nuestra sorpresa cuando, al presentarnos ante la profesora, un horrendo y malsonante cuatro paralizó nuestros tímpanos. El continuo espacio-tiempo había sido paralizado y, por unos instantes, pude ver como el techo del aula 35 se desplomaba sobre el Lazarillo. Maillo había sido tajante al respecto, y por si fuera poco, las leyes lo avalaban esta vez. Tomás no podría presentarse a Selectividad, por lo que, en ese preciso instante, abandonó la clase para hacer su maleta.

Tomy, mi más leal compañero, se fue por la puerta trasera, pero en la 109 quedaron cosas como el Bingo, el ambientador de Flor de Loto o una bajara de cartas del Tarot que, sin duda alguna, el Yonky y yo siempre llevaríamos orgullosos como *El Legado de Lázaro*, por siempre nuestro compañero.

Tras él, Greyson se fue cargando a los pocos que iban quedando, como Aarón, el Yonky o Carmen. Ésta última, que residía aún en el Felipe Solís para, como hacía yo, prepararse ante uno de los exámenes más importantes de su vida, tuvo una fuerte discusión aquel miércoles con

nuestro director.

Un día después, bajo el pretexto de que una chica no podía estudiar bien bajo el mismo techo que su novio, el Yonky, Greyson expulsaba a Carmen de la residencia. Simplemente, lamentable.

Junio, el adiós

El lunes 5 de junio viajé por última vez al internado para recoger las pocas cosas que quedaban en mi armario. El Yonky, que ya había perdido a Tomás días antes, se mostraba triste ante mi despedida. Aunque al menos, le quedaba el consuelo de que Carmen, gracias al apoyo incondicional de las monitoras, había regresado al internado para pasar allí los últimos días antes de los exámenes de Selectividad, haciendo caso omiso a las órdenes de Greyson.

Para eclipsar su tristeza, le propuse al Yonky hacer una operación. La última, la definitiva. Aquella tarde nos fuimos al Lidl para comprar las últimas bolsas de patatas fritas que nos comeríamos juntos. Pero antes de celebrar nuestra última reunión, al Yonky y a mi nos quedaba una travesura que realizar. De regreso a la 109, encendimos unas antorchas de aceite que acabábamos de adquirir. El Yonky, en uno de sus conocidos despistes, derramó el aceite original del artefacto, y no tuvo mejor idea que llenarlo de uno de sus disolventes. Cuando mi amigo acercó el mechero a aquella peligrosa antorcha, las llamas se hicieron dueñas de nuestro cuarto de baño, y ante la pasividad de quien sujetaba la varilla, el líquido se desparramó por el suelo, ascendiendo por la puerta del váter hasta convertirlo en un auténtico infierno.

Afortunadamente, tras un par de cubos de agua, salimos ilesos para comernos las patatas y gominolas que compramos minutos antes.

Aquella misma noche, junto con los compañeros que aún quedaban en la planta baja, celebramos la reunión más melancólica que recuerdo. Entre risas y lágrimas, recordábamos muchos de los momentos que relata este diario, incluso otros de los que yo no había sido testigo – uno de ellos, según me contaron, fue cuando Chenoa, una chica que abandonó la residencia en marzo, intentó pegar una máscara a Ana con pegamento superglue.

El día siguiente, casualmente el 6-6-06, abandoné el Felipe Solís, marcando el fin de los días de este, nuestro diario.

Epílogo

Hoy, meses después de decir el último adiós a la que fuera mi casa durante dos estupendos años, mi vida ha cambiado mucho. Como dijera Juliencito aquel viernes, es verdad que desde fuera las cosas se ven muy distintas, y ahora se ve, vaya a donde vaya, echaré siempre de menos aquella residencia.

El 20 de junio llegó pronto, y todos los que nos presentamos, por suerte, salimos bastante contentos con la Selectividad que habíamos hecho. Granada, Córdoba, Málaga y Sevilla, en mi caso, fueron los destinos hacia los que nos dirigimos tras aquel examen. Patri, Chube, Meyba y compañía, después de triunfar en sus prácticas, todos tienen trabajo hoy, pero eso es otra historia.

Yo, en Sevilla y estudiando arquitectura, como soñé los dos últimos años, me encuentro a punto de comenzar un período de mi vida que se gestó, durante dos años, en el Felipe Solís. Dicen que un hombre es de donde está su corazón, y una parte del mío, siempre estará en la 109.